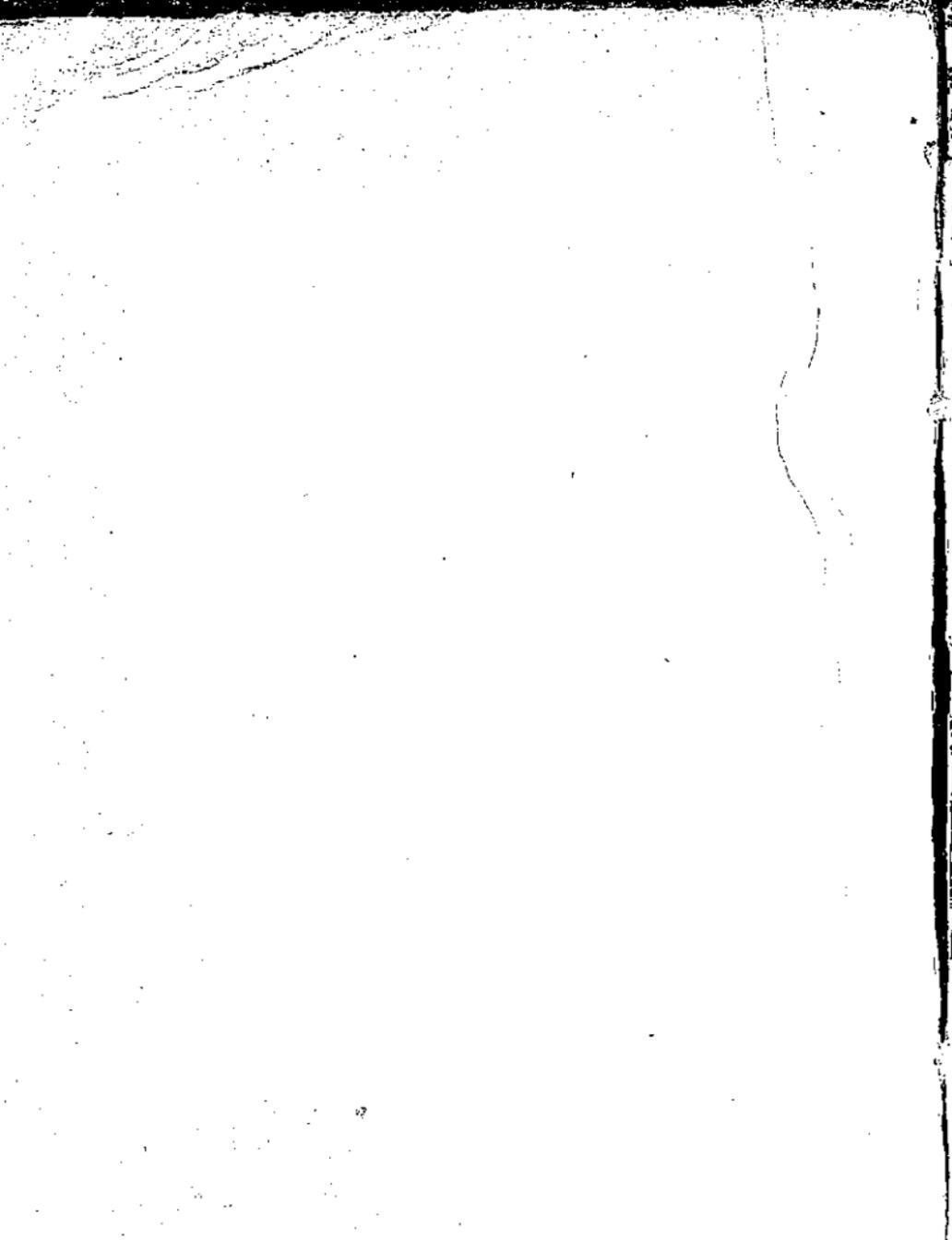


595



Es de Soledad de Lama de Guardeno
LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

MEDITADA

SEGUN LOS CUATRO EVANGELISTAS,

ó sean

ELEVACIONES PARA CADA DIA DE LA CUARESMA
SOBRE LA PASION Y MUERTE DE NUESTRO DIVINO
SALVADOR !

Obra escrita en italiano por el presbítero LUIS MARCHETTI,
y publicada en Roma con singular aceptación.

La da á luz en nuestro idioma

D. Juan de Villaseñor y Acuña.



Madrid.

IMPRESA DE D. B. GONZALEZ.

Calte de la Madera baja, Núm. 8.

1849.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



610430414X



Esta obra es propiedad de su editor D. E. GONZALEZ,
quien perseguirá ante la ley á quien la reimprima.

A. L. EL TRABA

Es de Pedro de Lama y Galves; de Guand^{no}
C/2595

Los Exemos. é Ilmos. señores arzobispos de Zaragoza y de Cuba se han dignado conceder cada uno ochenta días de indulgencia, à los que leyeren cada un capítulo de los cuarenta y tres que contiene este libro; de manera, que leyéndole todo entero pueden ganarse seis mil ochocientos ochenta días de indulgencia.

instintos, cuya fogosa impetuosidad debe siempre enfrenarse. A esas almas profundamente enfermas que quieren entretener sus ocios con aventuras de un interés selvático, no les recordaremos ni aun indirectamente que poseemos en el catolicismo santas y adorables realidades mil veces mas patéticas; porque esto casi sería altamente inconveniente. Temeríamos poner otra vez al hombre Dios frente á frente con Barrabás y presentar al crimen nueva ocasion de triunfar de la inocencia y de la justicia increadas. Sin embargo no es menos cierto que nuestros libros sagrados contienen páginas del mas tierno interés. Por nuestra parte confesamos con gusto que no hemos podido jamás leer el testamento que el Verbo eterno firmó con su sangre trándrica, sin sentirnos como oprimidos de dolor y anonadados á vista de aquellas asombrosas humillaciones de un lado y aquella resig-

nacion sublime por otro. A cada renglon, á cada palabra se nos viene involuntariamente á la boca la exclamacion del filósofo de Ginebra: *Si la vida y muerte de Sócrates son de un filósofo, la vida y muerte de Jesus son de un Dios.*

En efecto ¿qué vemos en esta maravillosa historia, aun considerándola solo humanamente? Un hombre ha vivido largo tiempo en el retiro y la obscuridad, ejercitando sus brazos en un oficio vulgar, exento de toda ambicion humana, pobre, aunque descendiente de los reyes de Judá, humilde, sumiso y respetuoso para con aquellos que pasan por los autores de sus dias segun la carne, fiel á todos sus deberes y despidiendo mas de una vez rayos de sabiduria capaces de excitar el entusiasmo de los que fueron dichosos testigos de estas escenas. Como á los treinta años de su solitaria existencia sale del retiro donde ha

dado un temple vigoroso á todas las facultades de su alma: escoge discipulos entre los pescadores que frecuentaban los rios y lagos de la comarca; y forma aquellas inteligencias rudas para el apostolado. Hecho esto, empieza á recorrer los lugares enseñando la palabra de la vida eterna que Dios le ha inspirado. No pronuncia discursos hinchados de soberbios pensamientos y brillantes por la pompa de una elocuencia mundana, sino que los llena de una doctrina celestial y de verdades divinas, que proporcionan un alimento sólido á las almas y llegan hasta la raiz de nuestras enfermedades. Unas veces atrae á los pueblos con la mansedumbre, y otras los reprende con un imperio y autoridad que no conoce ni los cobardes miramientos, ni la condescendencia pusilánime. Nunca se presenta en las casas de los grandes para mendigar su favor; nunca se mete en los negocios del mundo; y

no se le sorprenderá jamás halagando la ambicion y arrogancia de los príncipes, como dice Bossuet. Lejos de eso, su admirable simplicidad busca á los indigentes, á los pequeños, á los desheredados de la tierra, á todos los que padecen persecucion de sus semejantes. No obstante este hombre extraordinario que vive obscuro y despreciado, goza de un poder maravilloso; camina por cima de las aguas, manda á la tempestad, cura con una palabra las enfermedades mas rebeldes y resucita del sepulero á los muertos que ya se hallaban en estado de putrefaccion. ¿Quién le ha comunicado esta virtud incomparable? Se ignora; pero á donde quiera que llega manifiesta su poder por el bien que obra. Además es el mas hermoso de los hijos de los hombres: no se sabe qué cosa sobrenatural resplandece en su mirar y en toda su persona: todo en él es gracia, bondad y persuasion. La pu-

reza de sus costumbres corresponde á la de su doctrina. Si visita á los pecadores ó se digna de sentarse á su mesa, es para sembrar en su alma alguna idea saludable y reducirlos á sentimientos mas conformes con la dignidad humana. Con una indulgencia compasiva y misericordiosa perdona á la mujer adúltera diciendo á sus acusadores: «Tírcle la primera piedra aquel de vosotros que no tenga pecado.» Su sonrisa es grave y modesta: su voz no ha resonado jamás en las plazas públicas: no sabe quebrantar la caña medio rota ni pisar la tea que humea aun. Una sola vez se le ha visto con el rostro encendido de santa indignacion armarse de un látigo vengador. Mas ¿de qué intereses se trataba entonces? Habia que probar á unos indignos traficantes que la casa de oracion no es una cueva de ladrones. El justo enojado arroja del templo á los vendedores que le profanaban.

Mas en la inalterable rectitud de su corazon no quiso pactar con la malicia del sacerdocio judaico. Encontró en el curso de su predicacion á los fariseos, que fijándose en la letra de la ley con una minuciosa exactitud habian perdido completamente el sentido de aquellas prescripciones graves y saludables. Lo que conocian mejor era su propio mérito; y lo que menos practicaban era la circuncision del corazon. El habia condenado valerosamente la astuta hipocresía de aquellos sepulcros blanqueados que por fuera ostentaban la pureza, mientras que por dentro todo se volvian inmundicia y corrupcion. Esto basta: poco á poco se va á formar una coalicion terrible contra él. Sacerdotes, magistrados, escribas, ancianos, fariseos, todos se coligan contra el importuno que con sus hechos, sus palabras y su silencio mismo censura tan desapiadadamente la conducta de ellos. En vano el pueblo llevado de su

piadosa gratitud y sensatez natural prepara un inocente triunfo á su bienhechor que vuelve á Jerusalem. Aquellos gritos solemnes de *hosanna al hijo de David*, aquellas vestiduras tendidas para que pase el pacífico héroe, las palmas esparcidas con profusion por el camino, todas las demostraciones del gozo público no sirven mas que para precipitar su muerte. También él aprenderá á su costa, si es lícito aplicarle este dicho tomado de la historia profana, que por un cambio repentino de la fortuna no está lejos el Capitolio de la roca Tarpeya.

Dejemos al pueblo entregado á los transportes de su alegría para seguir á los enemigos del hijo de María y de José. Están alerta y sobre las armas, y empiezan por comprar á uno de los discípulos, que les vende su maestro mediante algunas monedas de plata. Apenas han transcurrido tres dias desde que la multitud se inclinaba con amor á

recibir las bendiciones de aquel á quien no há mucho quiso tener por señor y soberano en un momento de entusiasmo, y ya van á empezar para él las escenas mas lamentables. Una turba de gente armada llega á prenderle á la entrada de la noche mientras estaba en oracion en un huerto á donde acostumbraba retirarse, y es entregado á sus enemigos con un beso, es decir, con el simbolo mas tierno de la amistad. El traidor es uno de los que se sentaban á su mesa, estaba iniciado en todos sus secretos y habia sido colmado de beneficios y pruebas de amor. Los otros discípulos, viendo al ilustre cautivo llevado de tribunal en tribunal, bafado, envilecido y azotado, le abandonan cobardemente, y el primero de ellos llegará hasta el extremo de negarle tres veces con la solemne afirmacion de que no conoce á aquel hombre. Se necesita á lo menos una apariencia de proceso para condenar á

muerte el supuesto reo, y se entablan unos vergonzosos procedimientos: en los debates del sanhedrin todo es contradicción, absurdos, superchería y escandalosa iniquidad. Los testigos están evidentemente sobornados; mas ¿qué importa? Son oídos con pérfida complacencia. Los jueces no toman siquiera la precaución de disimular que son enemigos del acusado: ¿qué importa? Se declaran contra él con una facilidad monstruosa. Si Jesús calla, es convencido por su silencio; y si responde, por sus palabras. Preguntado acerca de su doctrina, el testimonio que invoca le vale una bofetada: preguntado acerca de su persona, es declarado blasfemo por manifestar la verdad. En una palabra es sentenciado sin forma de proceso y condenado sin delito.

El preso tiene sentencia de muerte contra sí; pero ¿cuál será el género de su suplicio? No lo dice la sentencia.

Sus enemigos que podían quitarle la vida por su propia autoridad, quieren que la pierda en medio de los tormentos mas dolorosos é infamantes. La ley no les permitía imponerle la pena de muerte ignominiosa en una cruz: ¿cómo harán para deshonrar al que quierera matar? Por una astucia muy digna de ellos tratan de arrancar al magistrado romano una sentencia que satisfaga su implacable furor. Llevan pues á Jesus ante Pilato, gobernador entonces de la Judea, y se le presentan como un reo que ellos han juzgado ya digno de muerte. Aquí ponen por obra un nuevo amaño. Ante el sanhedrin le habian acusado de que aspiraba á destruir la religion del pueblo; y ante Pilato es un sedicioso que ambicionando la púrpura de los reyes amenaza á la autoridad de César; imputacion absurda en sí, pero concertada diestramente para suscitar una terrible emulacion en el corazon del

lugarteniente del emperador. Este ardid les sale bien. Pilato despues de luchar con su conciencia algun tiempo y á pesar de las amonestaciones de su mujer que le cuenta una vision misteriosa, entrega la víctima, cuya inocencia publica, á los implacables enemigos de la misma, y luego se lava las manos de la sangre que va á derramarse: como si el dejar cometer un crimen que se puede evitar, no fuera lo mismo que cometerle por su propia mano.

Jesus pues es condenado á perecer con el género de muerte de los esclavos. Antes que nosotros hizo un prelado eminente esta observacion: por un consentimiento universal se ha establecido el axioma protector de que todo desgraciado es un objeto sagrado. No hay ninguna nacion civilizada donde un reo, aun cuando esté para sufrir próximamente la pena de muerte, no inspire una profunda compasion. La justicia se apodera de él, no solo

para aplicarle la pena que ha pronunciado la ley, sino para impedir que se le imponga otra. Aunque se prepare á descargar el golpe, se constituye hasta lo último la guardadora misericordiosa de aquella cabeza, que no debe sufrir la vindicta pública sino dentro de los límites conocidos y determinados de antemano. Mas aquí no hay nada de eso, y en la sangrienta tragedia del Gólgota va á enmudecer todo sentimiento de humanidad y todo principio de justicia. Nos faltan las palabras para expresar estos dolores inefables. Busquemos en Bossuet alguna de aquellas figuras con que solia su ingenio adecuar las palabras á los ultrajes y tormentos. Acababa de probar que Jesus no habia esquivado ninguno de los insultos que se le habian preparado, y dice: «Le quieren atar, y presenta las manos: le quieren abofetear, y alarga las mejillas: quieren darle de palos, y pone la espalda: quieren azo-

tarle inhumanamente, y se dispone á recibir los azotes. Acusarle ante Caifás y Pilato, y se da por convicto. Herodes y toda su corte se mofan de él y le echan como un insensato, y él lo confiesa todo con su silencio. Le abandonan á los criados y á la soldadesca, y él se abandona todavía mas. Aquel rostro antes tan majestuoso que arrebatava de admiracion al cielo y la tierra, le presenta derecho é inmovil para que le escupa la canalla: le arrancan los cabellos y la barba, y no dice palabra ni alienta: es una pobre oveja que se deja trasquilar. Venid, venid, camaradas, dice aquella soldadesca insolente: ahí está en el cuerpo de guardia ese loco que se figura ser rey de los judios: es menester ponerle una corona de espinas. Él la recibe; pero no teniéndose en la cabeza se la encajan con fuertes golpes. Herodes le ha vestido de blanco como un loco: lleva esa túnica vieja de escarlata para

mudarla de color: da, da tu mano, rey de los judíos; ten esta caña en forma de cetro. Ahí la teneis, haced lo que querais. ¡Ah! ahora no es cosa de juego: está dada tu sentencia de muerte: presenta la mano para enclavarla. Tomadla, ahí la teneis.»

Despues de habernos manifestado el ilustre obispo de Meaux á este reo de nueva especie gimiendo dos ó tres veces al recibir los crueles azotes, haciendo espaldas á los duros y multiplicados golpes, despuntando las espinas en su cabeza y causando á todos sus verdugos, nos convoca al rededor de la cruz y dice: «¿No basta para conmoveros este cúmulo terrible de males que os he presentado de un golpe á la vista? ¡Cómo! ¡todavía veo vuestros ojos secos! ¡Cómo! ¡todavía no oigo sollozos! Pues bien contemplad ahora lo que padece un hombre que tiene todos los miembros quebrantados y descoyuntados por la

suspension violenta; que traspasados los pies y manos no se sostiene ya mas que por sus heridas, y mantiene con sus manos dislaceradas todo el peso del cuerpo enteramente aniquilado con la pérdida de la sangre; que en medio de aquel exceso de penas parece que solamente está tan alto para descubrir un pueblo innumerable que se mofa, menea la cabeza y hace escarnio de una situacion tan deplorable. »

Esto es lo que descubro con los ojos de la carne en la pasion; mas ¿no hay en ella un manantial de emocion religiosa? ¿Cuál es la situacion inventada de capricho, cual el heroe imaginario mas capaz de arrancar lágrimas, ya sea por los contrastes y peripecias del drama, ya por la grandeza y el valor que no desdicen jamás? Consultad los anales de la antigüedad cuanto querais: ¿dónde hallareis una sentencia mas céle-

bre, una tragedia mas funesta y una víctima resignada con mas nobleza? Y nótese bien que no hemos presentado esta historia lamentable mas que en sus caractéres generales, sin detenernos en ninguna circunstancia, ni aun indicirlas todas. Hemos dejado á un lado aquellas santas mujeres, que mas fuertes que su sexo acompañan hasta el monte fatal á aquel á quien amaron castamente en vida y al que permanecen fieles en su dolorosa agonia, mientras que sus discípulos le abandonan ó le venden. Además ¡qué compasion no inspira esa madre incomparable, modelo de todas las madres! Ella ha visto á los verdugos desnudar á su hijo, tenderle inhumanamente en el terrible madero y clavar con redoblaños martillazos los clavos que le traspasan pies y manos: ha visto correr la sangre á chorros por todas partes: oye confundirse sus sollozos y suspiros con los gritos de

furor y los insultos bárbaros de sus enemigos; y no se le oculta ninguno de tantos tormentos. Con todo, á pesar de la afliccion que la abate, no nos dicen los libros sagrados que llorase; al contrario nos la muestran en pie junto á la cruz en la actitud de sacerdote y víctima, porque tambien tenia ella que dar un consentimiento y ofrecer su holocausto. En una palabra las patéticas escenas que se representan en aquellas horas fúnebres, aquel don de la amistad que lega al dolor materno otro hijo que le pueda consolar, aquella resignacion heroica del hijo y de la madre, aquel inocente conducido lentamente á la muerte por unos bárbaros perseguidores, que apuran todas las invenciones mas ingeniosas de la crueldad en punto á tormentos fisicos y morales, aquellos saludos irónicos, aquellas adoraciones sacrílegas, los dos ladrones, uno que se salva y otro que se condena, aquel

populacho amotinado que baja del monte en medio del trastorno de los elementos golpeándose el pecho, todas aquellas iras que suben como las olas del mar y se aplacan repentinamente, todos aquellos arrepentimientos instantáneos despues de tanto furor, todos aquellos accidentes variados de un drama que concluye con sangre, producen en el alma una ternura que va á comover las últimas fibras del corazón. Pero bien pronto se dilata el horizonte, cuando acallando á la razon humana, ó mejor penetrando mas allá que sus impotentes revelaciones, entramos en los caminos de Dios bajo de la conducta de Dios mismo. En efecto la fé nos enseña que este justo que espira en el Calvario entre dos facinerosos, es nada menos que el hijo de Dios, prometido de siglo en siglo como el Mesías y Salvador desde que los hijos de Adam se ven oprimidos con el pecado heredi-

tario. Acerquémonos pues, no con lágrimas arrancadas por una sensibilidad esteril, sino con otra cosa mas grave y menos efimera, es decir, con sentimientos de fé y adoracion. Ved á ese inocente, á ese cordero sin manilla, que se ha ofrecido á la justicia de su padre para sufrir el castigo que habíamos merecido nosotros, cargando con nuestras iniquidades para expiarlas en su persona. Ya no le oiréis ahora exclamar: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? No, no se atreverá ya á pregonar su inocencia: se ha hecho pecado y maldicion para librarnos de las consecuencias calamitosas del pecado y de la maldicion eterna. Así pues desapareced, simples testimonios de los sentidos: las llagas de que está cubierto son nuestra salud: la cruz en que espira, es nuestro altar: su corona de espinas nos asegura la corona de la gloria: la sangre que derrama es nuestro bautis-

mo: su rostro desfigurado con los golpes y bofetadas y su cuerpo inhumanamente desgarrado con los azotes nos prometen la inmortalidad: su muerte es nuestra vida, y su resurreccion gloriosa es la prenda y el fundamento de la nuestra. « ¡O maravilla! exclama aquí el filósofo que dió su sangre por consagrar estas augustas verdades: ¡ó cambio incomprensible y sorprendente artificio de la sabiduría de Dios! Dios castiga á su hijo inocente por amor de los hombres culpados, y perdona á los hombres culpados por amor de su hijo inocente. Uno solo es castigado, y todos son libertados. El justo es deshonrado, y los culpables recobran el honor: el inocente paga lo que no debe, y absuelve á todos los pecadores de lo que deben; porque ¿qué es lo que podia cubrir nuestros pecados sino su justicia? ¿Cómo puede expiarse mejor la rebelion de los siervos que por la obe-

diencia del hijo? La iniquidad de muchos se oculta en un solo justo, y la justicia de uno solo hace que sean justificados muchos.» Este fué el gran consejo de la sabiduría de Dios en la obra de la salvacion; consejo que no habia comunicado el Padre, segun el mismo filósofo mártir, mas que á su hijo y al espíritu que procede de los dos; consejo que se manifestó en los últimos tiempos, como dice el apóstol, y consejo en fin que no sospechaba la inteligencia humana y que no hubiera ocurrido jamás al hombre sin una de esas ilustraciones sobrenaturales que le envia la infinita omnipotencia.

Bien sé que la razon humana se turba y se confunde á la vista de un Dios que nace en un pobre pescbre, envueltos sus delicados miembros en miserables pañales, que empieza la vida llorando como una criatura desheredada, se sujeta á todas las miserias que nos son propias, excepto el

pecado, oculta por treinta y tres años el esplendor de su origen inmortal bajo las exterioridades mas obscuras, y por último espira en el suplicio de los clavos. Pero ¿qué hay de nuevo en estas flaquezas de nuestro entendimiento? Desde que el Verbo eterno apareció en el mundo, fué un objeto de escándalo para el judío, el gentil, el incrédulo y hasta para el católico. Aceptaríamos con gusto un Dios humanado que viviese en la opulencia, distribuyese tesoros, fuese servido por legiones de ángeles, satisficiese la ambicion y halagase la vanidad; pero no queremos un Cristo que holló todas las grandezas terrenales y nos impuso todos los sacrificios. En una palabra se aceptan sin dificultad las glorias del Tabor; pero se rechazan las ignominias del Calvario. A estos temerarios acusadores podríamos responder con las graves palabras de Tertuliano, que tan noblemente co-

mentó Bossuet, desafiando á la sabiduría de la tierra con la sublime locura de la cruz. « Si mi Jesus es despreciable ; si no tiene brillo y es vil á los ojos de los mortales; ese es el Jesucristo que yo busco. Necesito un salvador que cause vergüenza á los soberbios y miedo á los delicados del mundo , á quien no pueda aprobar este, ni comprender la sabiduría humana, ni conocer nadie mas que los humildes de corazon. Necesito un salvador, que con su generosa pobreza condene nuestras vanidades ridículas y extravagantes, y que me enseñe con su ejemplo que todo cuanto veo no es mas que un sueño : que debo referir á otro mis temores y esperanzas: que no hay nada grande mas que el seguir á Dios y despreciar todo lo demas ; y que hay otros males que debo temer. Ya le he encontrado y le conozco por estas señas. » Asi le conocen igualmente todas las almas piado-

sas que se han dado á él en una casta union y se han desposado con él, por decirlo así, con todos sus clavos y espinas, con toda la bajeza de su establo y pesebre y con todos los rigores de su cruz. Mas no se reduce á esto solo nuestra respuesta.

Los racionalistas de todos tiempos, llámense como se quiera, Porfirio, Celso, Juliano el Apóstata, Voltaire, Hegel ó Strauss, se forjan un Cristo á su autojo, y no echan de ver que incurren aquí en una singular contradiccion. No conocen al Saivador mas que por la tradicion católica, que estriba en la revelacion y los libros santos. Ahora bien en la revelacion y en las sagradas escrituras hay que admitirlo todo ó desecharlo todo, sin tomar de una parte los abatimientos del Redentor para oponerlos á su gloria, ó esta para oponerla á aquellos. El libertador del género humano al tomar un cuerpo semejante al nuestro no

dejó de formar un todo completo, indivisible y absoluto á pesar de la distincion de las dos naturalezas. ¿Por qué pues se ha de atentar violentamente á su unidad indestructible? Hasta en sus últimas humillaciones se revela á cada paso el Dios que es inseparable del hombre ; y limitándonos á los sucesos solos de la pasion , ¿en qué periodo de su vida se mostró Jesucristo mas grande y mas verdaderamente divino? Si se trata de las profecias que le prometian á la tierra, las cumplió una por una con la mas rigurosa exactitud : no hay una circunstancia descrita que no se verifique , ni un dolor anunciado que no sufra. La condicion del pérfido que le entrega, el precio de la traicion , el escarnio y los insultos , el manto de escarlata, los pies y manos atravesados con los clavos , la hiel y vinagre que le dan á beber , el doloroso instrumento de muerte , los dos ladrones entre quie-

nes es crucificado, y hasta la despedida de la moribunda víctima, todo fué predicho siglos antes con la perspicacia de una presciencia infalible y con aquella verdad que no pertenece á la criatura. ¿Se cumplió todo esto por casualidad? La suposición es absurda. ¿Es un designio premeditado en los consejos eternos? Pero ¿qué hombre es ese por quien se interesa el cielo de un modo tan milagroso y que el Omnipotente ha querido marcar con tan luminosos caracteres?

Si se trata de la firmeza de alma y de las incomparables virtudes que ostenta en medio de unos dolores y ultrajes que no tienen nombre; siempre dueño de sí mismo, sereno y resignado no exhala una queja. Que le acusen de crímenes que no ha cometido; que la multitud le escupa en su adorable rostro; que una soldadesca insolente haga irrisión de él y le vista un traje de ignominia; que le

paseen por la ciudad como un rey de farsa y le atormenten del modo mas cruel antes de enclavarle en el madero fatal; él permanece mudo y tan impassible como la oveja que se deja esquilarse. Hace aun mas; se olvida de sus tormentos para consolar á los amigos que le han acompañado hasta el pie de la cruz: perdona á sus verdugos con una indulgencia misericordiosa, suplicando á su padre que no les impute el crimen mas monstruoso de todos, porque no saben lo que hacen: en una palabra en todo el tiempo de su pasion se muestra constantemente con aquella serenidad de alma majestuosa é inalterable que no se vió nunca antes de él, ni se verá despues, porque nuestras virtudes son siempre pasajeras y débiles por algun lado.

Si se trata del poder milagroso que debe acompañar siempre á un Dios, no tardan en obrarse los prodigios. Al salir del cenáculo profetiza con un

acento de amor infinito las tribulaciones que le van á asaltar. En el huerto de las olivas con una sola palabra derriba á sus pies á los numerosos satélites armados que van á apoderarse de su persona, y eternamente quedáran tendidos en tierra, si su bondad no les permitiese levantarse. Se presenta Judas, el infame Judas. Nadie ha descubierto al hijo del hombre la odiosa conspiracion que se ha tramado; mas no por eso deja el Salvador de dar á entender al pérfido discípulo que conoce todos sus intentos. Pedro hiere á un criado del sumo sacerdote, y Jesus cura al punto la herida. En el camino del Calvario anuncia la próxima ruina de la ciudad deicida y predice aquellos dias horribles para toda la nacion judaica, en que se dirá: Dichosas las entrañas que no engendraron, y los pechos que no dieron de mamar. En aquella hora fatal se dirá á los montes: Caed sobre nos-

otros; y á los collados: Cubridnos. ¡Qué autoridad no conserva Jesucristo hasta en el instante de la muerte! ¡Con qué dignidad promete a aquel rey tan degradado un reino! ¡Qué majestad en medio de sus humillaciones! Muere predestinando á unos y reprobando á otros: aquí entrega Judas, los judíos y el mal ladron á la condenacion eterna: allí asegura un lugar en el Paraiso al ladron arrepentido. El patíbulo de la infamia se convierte ya, por decirlo así, en la nube triunfante que le ha de servir de tribunal, y pronuncia las mismas sentencias con el mismo poder. Otra consideracion (y es observacion de Bossuet): todos los reos que mueren en este género de suplicio, van desfalleciendo poco á poco, despiden con dificultad el aliento, tienen la boca siempre abierta y amoratada, y exhalan lentamente los últimos suspiros, hasta que por fin sale el alma y deja el cuerpo frio é inmóvil. Jesus

no muere así. Hace sucesivamente todo lo que debe de hacer con la plenitud de su libertad y de su inteligencia: repasa cada una de las profecias para ver si queda aun alguna por cumplir, y se vuelve á su eterno padre para leer en sus miradas y cerciorarse de que está verdaderamente aplacado. Cuando ve que se ha colmado la medida y que ya no falta mas que su muerte para desarmar por completo la justicia paterna, encomienda á Dios su espíritu, y levantando la voz y dando un gran grito, que atierra á todos los circunstantes, dice: *Está consumado*. Entonces entrega voluntariamente el alma á su padre con un acto libre y esforzado para cumplir la profecia que él mismo habia hecho: *nadie me quita la vida por fuerza: la doy yo mismo de mi plena voluntad*. Pregunto otra vez: ¿es de un hombre ó de un Dios cada accion de estas? ¿Reconoceis ahí

el caracter de una débil criatura ó la radiante aureola de la divinidad?

Pero esperad, que aun no lo hemos dicho todo. La naturaleza entera va á tomar parte en la muerte de su autor. Ya se habian esparcido unas tinieblas misteriosas por toda la faz del universo algunas horas antes de espirar la víctima augusta, y el sol se habia obscurecido como para no alumbrar el crimen mas enorme. En el instante de morir Jesus tiembla la tierra, se parten las piedras, se abren los sepulcros y echan de sí á varios justos, que entran por las puertas de la ciudad santa y se aparecen á muchas personas. El velo del templo se rasga de arriba abajo, y el santuario antes invisible queda patente á todos: dos misterios que significaban por un lado que Dios repudiaba el templo de los judíos para sustituir un culto de mas encumbrada espiritualidad, y por otro que desaparecian todas las sombras de

la ley antigua á presencia de una realidad siempre viva. Que se nos haga ver, si es posible, otra muerte acompañada de iguales ó parecidos fenómenos.

Mas veamos unos prodigios que aunque de diferente orden no son menos admirables. Jesucristo habia anunciado que desde el arbol de la cruz lo atraeria todo así: todavía está pendiente del madero regado con su sangre y ya se cumple la prediccion. El centurion y los soldados que antes de hacerle la guardia le habian sin duda azotado cruelmente en el pretorio é insultado hasta en el Calvario, movidos ahora de un santo terror en medio de los prodigios que presencian, gritan con temor y temblor: *Verdaderamente este hombre era hijo de Dios.* Muchos de los mismos judios que habian pedido la muerte del Salvador con atroces imprecaciones, se vuelven dándose golpes de pecho con dolor y

confusion. Así empezaba la gloriosa conquista de las almas que habia venido á librar el Verbo de la antigua esclavitud. El divino crucificado, apenas concluido su sacrificio en el altar que habia escogido para hacer nuestro rescate, se levanta con arrogancia y mirando de frente al enemigo que creia haberle vencido, le dice: ¡O muerte! ¿dónde está tu aguijon? ¡O muerte! ¿dónde está tu victoria?

¿Y no daremos nosotros el grito del centurion y de los soldados convertidos con el mismo temor y temblor? ¿Será mas tenaz nuestra resistencia que la de los judios que bajaban llorando del monte santo? ¡O mi Jesus crucificado! Nosotros volvemos contra tí mismo los milagros de tu caridad: porque padeciste mucho, rehusamos reconocerte por Dios y hombre juntamente: porque te humillaste profundamente para reconciliarnos con tu padre celestial, te pedimos desdño-

sa cuenta de tu abatimiento. A cada hora del día debieramos bendecirte, adorarte y entonar el cántico de nuestra libertad: deberíamos pagarte lágrimas por lágrimas, ternura por ternura, sacrificio por sacrificio y vida por vida; y en vez de eso ¿qué hacemos? Contamos tus llagas para saber si son reales, y metemos el dedo en tus heridas con el deseo de hallar que son imaginarias. El discípulo incrédulo despues de haber visto y tocado los gloriosos testimonios de tu amor se postraba á tus pies para proclamarte su Señor y Dios; y nosotros por un singular abuso de las palabras proféticas te decimos: Tú fuiste herido por nuestras iniquidades y entregado por nuestros crímenes, y nosotros sanamos por tus heridas: entonces retírate, que no eres el Dios que buscamos.

Extraño es que el exceso del amor venga á ser un motivo de condenación

ó incredulidad para algunos. Pues bien este concierto de imprecaciones por una parte y de bendiciones por la otra es un nuevo testimonio dado á la divinidad de Jesucristo. Los libros santos nos afirman que el Señor es una señal de contradicción para el mundo. ¡Qué bien se ha cumplido la profecía! Mientras vivía en la tierra, todas sus acciones y palabras fueron contradichas maliciosamente. Sana á los paralíticos, á los ciegos de nacimiento y á otros enfermos incurables; pero porque escoge el día del sábado para obrar estos milagros, le acusan de haber quebrantado la ley de Dios. Arroja á los demonios, y dicen que lo hace en nombre de Belzebuth: le llaman insensato, seductor, impío y endemoniado. Los doctores de la ley no se acercan nunca á él sino para injuriarle ó sorprenderle en lo que habla. Le han suspendido en la cruz, y el redentor de Israel se ha hecho el es-

cándalo de los idólatras. Los gentiles contradijeron la palabra de Jesús por medio de las crueldades inauditas que ejercieron con los siervos que la adoraban en espíritu y en verdad. Responded, ¿se sació jamás Roma pagana de la sangre de los mártires? ¿Armó bastantes verdugos, levantó bastantes cadalsos con potros y ruedas, aguzó bastantes puñales y encendió bastantes hogueras? ¿No tuvo las verdades y el Evangelio del crucificado por la mayor locura que ha aparecido en la tierra? Pero no bastaba con los judíos y gentiles. Entre los que se habían alistado bajo el estandarte del Dios encarnado, ¡cuántas y cuántas veces ha sido contradicho! Todos los fundamentos de nuestra salvación han sido combatidos por los hombres que hacían profesión de cristianos. El pérfido arriano negó la divinidad de Jesús, y el insensato Marcion la humanidad: el nestoriano di-

vidió las personas, y el eutiquiano confundió las naturalezas. De tal modo se han agotado todas las invenciones diabólicas en cuanto á la persona de Jesucristo, que es imposible imaginar un error que no solamente no se haya defendido, sino que no haya producido alguna secta. ¡ Cuán innumerables herejías se han levantado contra las verdades de Jesus! Todas han venido á tropezar en esta piedra que ha resistido á sus embates, y se han escandalizado del que es el príncipe de la paz, el angel del gran consejo y el autor de la caridad fraternal.

¿Hablabamos de los siglos modernos? Lutero y Calvino arrebatados de un orgullo indomable, y llamando en su auxilio todas las rebeldías de una naturaleza que se indigna de ser contenida por la autoridad evangélica, rompen el lazo y la grande unidad cristiana, y la túnica inconsútil del hombre Dios, símbolo místico de su igle-

sia, es dividida en dos pedazos. Aquí los hijos sumisos de la revelacion, que piensan que el Infinito tiene sus misterios, á los cuales no debe uno acercarse sino con luces superiores, y que el detenerse respetuosamente ante los límites puestos por la mano divina no es flaqueza de inteligencia ni falta de ánimo, sino discrecion y sensatez: allí los hijos soberbios de la razon, que exagerando su fuerza se figuran depender todo de su tribunal, hacen de su juicio particular la regla de su fé y costumbres, abolen todo lo que no pueden comprender, y queriendo ensanchar los términos de las ideas llegan á lo finito y encuentran la nada; atentado contra la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y atentado contra el Verbo que vino á completar las revelaciones sobrenaturales hechas al género humano hasta su venida.

A los turbulentos sectarios de Wi-

temberg y Gitebra sucede la filosofía del siglo XVIII. El hombre que al parecer la compendia mejor en las infamias de su vida, en la movilidad de su inteligencia y en las contradicciones de su carácter, ¿no cobró un odio fanático á la persona misma de Jesucristo? No repetiremos las infames expresiones que habia dado como santo á la multitud de sus discípulos. Echemos un velo sobre esa guerra de odio, escándalo y cinismo. Mas seguramente si el Verbo ha hallado contradictores, es especialmente en esos escritores que con su insolente jactancia se atrevian á anunciar *que dentro de veinte años veria Dios la ganancia*. Nosotros mismos ¿en qué estado nos encontramos hoy? Si no fermenta ya en las almas el ardiente rencor del siglo pasado, ¿son mas firmes las convicciones? ¿Es mas sólida la fé? ¿Hubo nunca mas forjadores de religion con su sistema ya hecho y su

Dios improvisado, como si se tratara de alguna utopia científica? Jesucristo ¿no es para unos un gran profeta, para otros un seductor, un impio, y para muchos un simple filósofo que gracias al progreso de los tiempos adelantó un poco mas que Confucio, Platon ó Sócrates? ¿No se ha soñado un Cristo *humanitario* sin personalidad real, que se transforma de siglo en siglo en una serie de reveladores y renace ó muere alternativamente poco mas ó menos como el Dalai-Lama de las tribus tártaras? Se han compuesto voluminosos libros para probar estas extravagancias no menos desmentidas por la historia que por el corazon humano y las necesidades espirituales de nuestra alma. Estas sacrílegas necedades se contienen todas en los renglones siguientes que son la conclusion de un libro (1), en el cual bajo el aparato

(1) Strauss, *Vida de Jesucristo, tratada críticamente.*

de la erudicion mas frivola y falaz se desvanecen en humo y en niebla nuestras mas santas verdades : « La moral de Cristo habia sido sin duda un progreso grande y feliz ; pero la barbarie de los siglos pasados la rodeó de grandes absurdos. Ademas no era sino una evolucion de la humanidad , y ya ha pasado su tiempo. Hoy no se puede mirar ya á Cristo como el hombre Dios : es una idea ó mejor un simbolo, á saber, la humanidad , el género humano. Ese es el Dios hecho hombre : ese es el hijo de la Virgen visible y del Padre invisible, es decir, de la materia y del espíritu : ese es el Salvador , el Redentor, el impecable : ese es el que muere , resucita y sube al cielo.»

A la verdad si las generaciones que viven un dia en este valle de lágrimas, no tuvieran mas que ese Dios simbólico del sofista aleman para enjugar su llanto y fortificarse en sus inmortales esperanzas, las compadece-

riamos de todo corazón. Por fortuna no hay nada de eso. Tenemos un pontífice real que sabe compadecer nuestros males. Cristo era ayer, es hoy y será mañana. La verdad que este rey de los mártires selló con su sangre, está en pie siempre inmutable á pesar de las amenazas y halagos, de las dádivas y proscripciones, de los crímenes y herejías, de todas las tentaciones y escándalos, y subsiste en medio de la descrecion de sus hijos infieles y la caída funesta de aquellos mismos que parecían ser sus columnas.

Nosotros para protestar en cuanto está de nuestra parte contra las sacrílegas aberraciones de la época, y para aumentar la fé de los que se edifican en nuestro Señor en vez de encontrar en él un motivo de ruina y muerte, ofrecemos á las almas fieles *La pasion meditada segun los cuatro evangelistas.*

Este libro nos ha venido de Italia, ese país clásico de la piedad, que ha enviado ya varios libros excelentes, tales como *El combate espiritual* del P. Scupoli; las *Reflexiones* del P. Quadrupani y las obras de San Alfonso de Ligorio. Quisieramos que este hallase la misma acogida que los que le han antecedido. El señor Luis Marchetti, eclesiástico joven y dotado de talento, le compuso hace unos cuantos años, dominado de una idea que cada cual puede verificar en sí mismo. Lee uno friamente la historia de la pasión, porque hace mucho tiempo que conocemos todas sus particularidades lamentables. La costumbre nos ha habituado á estas escenas dolorosas, que por la misma razón pierden para nosotros gran parte de las emociones que debían producir en nuestra alma. ¿Qué ha hecho pues el piadoso autor? En primer lugar para no dejarnos ignorar ninguna de las preciosas circunstan-

cías que encierran lecciones tan sublimes y saludables, ha examinado escrupulosamente los cuatro historiadores sagrados, ya para tomar de este una particularidad interesante que haya omitido aquel, ya para explicarnos el uno por el otro cuando el texto ofrecia alguna dificultad de concordancia. No menos detenidamente ha estudiado la topografía de los santos lugares, los procedimientos judiciales de los judíos, las costumbres de esta nación dura y rebelde y la descripción del suplicio de la cruz según se ejecutaban los romanos. De esta operación ha resultado una narración completa de la pasión. Aquí no se ha sacrificado nada á la imaginación ni á la conjetura. El autor camina siempre apoyado en los datos evangélicos cuando hablan, y en los comentarios más acreditados cuando callan aquellos. Después como sabe que el pensamiento es perezoso ó distraído, le obliga á permanecer algún tiempo cara á

cara con aquel Dios paciente y abatido, y entonces él explica el texto de la pasión con todo el fuego de que es capaz. Para esto invoca en su auxilio toda la energía de la fé, todas las aspiraciones ardientes de la esperanza, todas las emociones vivas de la caridad y todas las reflexiones de vergüenza, confusión y arrepentimiento, que puede hacer un corazón penitente. La poesía es inseparable de los grandes movimientos de la imaginación y del corazón: así no se deberá extrañar que venga á dar su colorido á unas escenas tan dolorosas. El estilo de la obra es vivo, animado y dramático. No se nos ocultan las grandes dificultades que ofrecia esta materia, porque al lado de las lágrimas del corazón que conviene hacer brotar, hay que guardar una severa medida: pasar el blanco ó errarle en tal circunstancia es cosa tanto mas peligrosa, cuanto mas augusta es la víctima y de mas subido precio el sacri-

ficio. El autor italiano ¿se ha detenido siempre oportunamente? El lector decidirá; pero de cualquier modo que juzgue, no podrá negar á aquel por lo menos las dulces efusiones de una alma que ha vivido mucho tiempo en íntima comunicacion con el amado.

Hemos dicho cuál es la parte del sacerdote extranjero: la nuestra es bien debil. Hemos traducido con la mayor fidelidad que nos ha sido posible estas páginas llenas de fé, que han recibido la mas alta aprobacion en Roma; y solamente hemos hecho algunas leves variaciones, que nunca alteran el sentido, en razon de los modismos diferentes de ambas lenguas, del temor de multiplicar las exclamaciones ó del deseo de completar el pensamiento.

La meditacion de la pasion del Dios humanado ha producido siempre los mas sazonados frutos en la iglesia. ¿Dónde se formaron los santos en las

sublimes virtudes que son el objeto de nuestra admiracion y respeto? Al pie de la cruz. ¿Quién hizo los heroes y mártires cristianos? La cruz. ¿Quién sostuvo el valor de los solitarios en la larga carrera de una vida penitente y mortificada? La cruz. Esta es el doctor universal del género humano : todo procede de la cruz para rematar en ella. ¡Ojalá que las páginas que ofrecemos á los fieles, contribuyan á hacer amar el divino modelo cuyas huellas debemos seguir! Si suspendiesen la duda en una sola alma ; si reanimasen las últimas centellas de una fé próxima á extinguirse , si encaminasen hácia Jesus moribundo sus miradas desengañadas ; por fin si la determinasen á exclamar con el Salvador: Tengo sed, sed de la verdad y de la salud ; ésta obra conseguiria una recompensa infinitamente mayor que la que merece.





CAPITULO PRIMERO.



Y habiendo rezado un himno salieron al monte Olivete (SAN MATEO, c. XXVI, v. 50).

PRELUPIO. Figuremonos que al caer la noche estamos en Jerusalem á la puerta de la casa donde Jesus celebró la Pascua.

El sol ha desaparecido del horizonte, el cielo se obscurece, la noche se acerca (1).

(1) Nuestra escena empieza al caer la tarde. Cualquiera que sea la hora señalada para la celebracion de la Pascua por estas palabras del texto hebreo (Exodo XII, 6): *entre dos luces*; es cierto que Jesus salió de noche del cenáculo, porque segun San Juan, cuando Judas se retiró, era de noche: *erat autem nox* (capitulo XII, v. 30). Asi por mas que se extienda la significacion de esta palabra, nunca podrá indicar un tiempo anterior al ocaso del sol.

Jesús habrá concluido su última cena, la última ; ó dolor! Todos han cantado á Dios el himno de alabanza ; dentro de poco saldrá (1); le aguardo... Ahí está; adelántase en medio de los once discípulos fieles con sereno y alegre continente, y encamina sus pasos hácia el lugar donde acostumbra retirarse hace algunos dias. ¿A dónde vais, mi divino maestro? ¿A dónde vais tan gozoso? ¡Ah! bien lo sé, aunque guardais silencio; correis voluntariamente á sufrir los tormentos, la agonía y la muerte. ¿Y yo? Yo os seguiré como compañero inseparable, caminaré en pos, siguiendo vuestras adoradas pisadas: á donde quiera que vayais quiero estar á vuestro lado, y si reducido á ser espectador impotente no puedo conjurar la tempestad que os amenaza, os ofreceré á lo menos un leve tributo de lágrimas afectuosas.

(1) Nosotros pensamos con otros muchos que el himno rezado por Jesús con sus discípulos después de la cena precedió inmediatamente á la salida del cenáculo, y por consecuencia siguió al discurso que trae S. Juan. Las razones que nos han convencido de esto, se deducen de la naturaleza misma de la narración evangélica.

Jesus se adelanta. El aire sereno y fresco, el silencio universal de la naturaleza, la espantosa soledad de aquel valle, las sombras que proyectan á lo lejos las montañas en las llanuras circunvecinas, todo penetra mi alma y me causa un profundo recogimiento. Ya no pienso en la tierra; no veo mas que á Jesus, y en él tengo fijas las miradas. O luna, despide tus rayos mas puros, disipa la obscuridad de la noche, para que con la claridad de tu luz pueda yo descubrir el rostro de mi bien mas querido y leer en cada una de sus facciones.

Con su afabilidad y dulzura ordinarias conversa con los apóstoles, respondiendo ya á este, ya á aquel; en sus ojos brilla un vivo gozo, y á sus labios asoma una modesta sonrisa. ¡Oh! ¡Cómo se alegra al acercarse la hora para la cual ha venido al mundo, y que desea tanto tiempo hace! Con todo es hora de pena, de tribulación y de muerte. Pues precisamente eso es lo que quiere, porque tal es el medio que ha escogido su eterno padre para salvar al género humano. Aquí ¡qué terrible reflexion me asalta! Jesus se alegra de ir á padecer por mí; y yo

me rebelo y me arredro con la idea sola de padecer por él. Jesus va resueltamente á consumir la obra de la redencion, aunque tan caro debe costarle; y yo vacilo en aprovecharme de los frutos de una obra tan maravillosa, aunque no me cuesta nada ó muy poco. ¡Cómo no he de exclamar entonces: *Mi buen Jesus, padre mio muy amado, ¡qué hijo tan ingrato tenéis en mí!*



CAPITULO II.



Y llegan á una heredad que se llama Gethsemani (S. MARCOS, e. XIV, v. 32).

PRELUPIO. Imaginemos que seguimos á Jesus atravesando el valle de Cedrón con los apóstoles.

¡Oh! ¡Cuán hermosa es la noche para quien camina con el sol de justicia! Veamos y observemos á Jesus; que no se me escape ninguno de sus movimientos; ¿no es cada uno de ellos una lección? Se detiene á la mitad de su discurso, echa una mirada de compasión á los apóstoles, suspira y les dice: *En esta misma noche os escandalizareis todos en mí, porque escrito está: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas. Pero despues de mí*

resurreccion iré delante de vosotros á Galilea (1). ¡Ah! Jesús habla claramente de su muerte próxima; pero la mansedumbre y ternura que no le abandonan, mitigan esta funesta idea con la halagüeña imagen de su resurreccion: *iré delante de vosotros á Galilea; allí estaré antes que volvais de Jerusalem*. Si, este pensamiento gozoso y consolatorio de una resurreccion gloriosa mitiga el horror de una muerte ya próxima.

Mas ¿qué significan estas palabras: *en esta misma noche os escandalizareis todos en mí?* ¿Hará Jesús alguna cosa que sea capaz de ofender á sus apóstoles? No dice mas; pero la profecía que debe cumplirse entonces segun declara, se explica bastantemente. *Heriré al*

(1) Fundado en pruebas que he estudiado con todo el cuidado posible, me he decidido á poner aqui la prediccion de la dispersion de los apóstoles, aunque segun la opinion de algunos se hizo en el cenáculo. Sin embargo no negaré que Jesús hiciese á la hora de la cena una prediccion con corta diferencia idéntica sustancialmente, porque S. Juan trae estas palabras: *Ved que llega la hora, y ya ha llegado, en que os dispersareis cada uno por vuestro lado y me dejareis solo*. Por eso hago esta observacion. Pero todo el contexto prueba que no debe confundirse esta proposicion con la otra.

pastor. ¿Y quién es el pastor sino Jesús? Y se dispersarán las ovejas; ¿quiénes son las ovejas sino los apóstoles? Luego el escándalo y la dispersion son de los apóstoles que huirán todos del Señor y le abandonarán, prediccion á la verdad vergonzosa para el amor y fidelidad de los compañeros de Jesús; pero que ciertamente se cumplirá: el Salvador lo ha dicho.

Los apóstoles no se atreven á responder: ya habia empezado á apoderarse de su corazon la tristeza; ya los habia afligido esta prediccion en el cenáculo (1). Mas Pedro se acerca á Jesús con viveza; su rostro se inflama, y sus ojos centellean; echa á su maestro una mirada de fuego y le dice: *Aun cuando todos los demas se escandalizaren en tí, yo no me escandalizaré jamás.* ¡Ah! Pedro siempre es el mismo; sin aconsejarse mas que de su amor se considera como invencible y superior á todos los sentimientos de temor y cobardía. Mas Jesús, volviéndose con

(1) En cuanto á la tristeza, que segun digo se apoderó de los apóstoles en el cenáculo, me parece que resulta del testimonio de S. Juan (XIV, 1, 27, XVIII, 22).

mansedumbre hácia el discípulo, y considerándole con una mirada en que iba mezclada la compasion con la reprehension, como para traerle á la memoria lo que le habia dicho otras dos veces (1), le responde con una firmeza indulgente: *En verdad te digo que esta misma noche antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres.* Pedro, sé que tu amor es grande; tambien es grande la energía de tu santa conviccion. La primera vez hubiera atribuido yo esta expresion demasiado confiada á tu ardimiento; pero cuando Jesus lo repite y confirma por su propia boca en dos ocasiones diferentes... ¿No crees pues en Jesus? ¿Conoces lo porvenir mejor que él? ¡Ah! me faltan las palabras para disculpar tu presuncion. Pedro, desdichado Pedro, caerás: la cosa es certísima, pues Jesus lo ha declarado, y con tu caída nos enseñarás á desconfiar de nuestra

(1) No se extrañe que al hablar de la apostasia de Pedro suponga yo otras dos. He adquirido la prueba, y esto y pronto á demostrarlo, de que en tres ocasiones diferentes predijo Jesus que le negaría. Véase el capítulo XXII, v. 34 de S. Lucas, el XXI, 38 de S. Juan y el XXVI, 34 de Sau Mateo.

virtud, á no contar con nuestras propias fuerzas y á buscar nuestro único apoyo en la gracia de Dios.

Pero Pedro no conoce su error. Enardeciéndose mas y mas da una patada en el suelo con indignacion, y grita y repite con fuerza: *No, no, aun cuando fuera preciso morir contigo, yo no te negaré jamas.* Al punto aplauden todos los demas las palabras y la accion de Pedro. ¡Desgraciados! Dentro de poco veremos en qué vienen á parar vuestras promesas.

Ya hemos llegado al torrente de Cedrón que divide el valle en dos, y le atravesamos fácilmente, porque no tiene mas de tres pasos de ancho, y ademas está casi seco su alveo. Jesus le habia pasado ya antes mas de una vez; pero hoy es la última. ¡La última! Deteneos pues, Jesus mio, no le atraveséis, volvámonos atrás y entremos en Jerusalem. Pero no, ya está en la otra orilla, sin que hayan podido detenerle mis palabras. ¡O torrente fatal! déjame postrarme á tus orillas y besar las ultimas huellas que ha dejado estampadas mi amado. Cuando las aguas vengan á hincharte, que

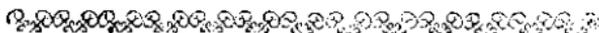
respelen estos vestigios sagrados, para que convirtiéndose en objeto de veneración para todos, los bañe el pasajero con algunas lágrimas.

Pero mientras yo estoy hablando, desaparece Jesus y camina con celeridad hácia la calzada de Gethsemaní. Su modo de andar, aunque contenido por la modestia que acompaña á cada una de sus acciones, manifiesta bien la santa impaciencia que le aguija para ir á consumir la grande obra por la cual dejó el trono de su padre celestial. Su frente erguida, sus ojos que de cuando en cuando dirigen al cielo una mirada juntamente apacible y ardiente, la majestad de sus facciones, cierta cosa sobrehumana que se descubre en toda su persona, me recuerdan las palabras del salmista : *Se arrojó á la carrera como un gigante*. Siguenle los apóstoles perplejos, confusos y tímidos.

Ya estamos al pie del monte Olivete; delante de nosotros se levanta Gethsemaní. ¡Oh! ¡Cuán corto me ha parecido el camino, aunque tiene mas de media milla! ¡Cuán cierto es que el que camina con el Salvador no echa de ver lo largo del camino! Padre mio muy amado, tierno Jesus mio, os con-

juro que me permitais acompañaros siempre en el difícil y trabajoso viaje de la vida presente. Una vez que yo llegue al término final, echaré con gusto una mirada atrás, y me parecerá corto el camino, porque le habré andado con vos. No obstante conducidme á Gethsemani, es decir, á la pena y á la tribulacion. Aquí me teneis dispuesto: todo lo quiero hacer y padecer por no separarme jamás de vos.





CAPITULO III.



Y empezó á entristecerse y alligirse (S. MATEO, c. xxvi, v. 37).

PRELUDIO. Figurémonos que entramos con Jesus y los apóstoles en el huerto tenebroso de Gethsemani.

Ya hemos pasado la calzada de Gethsemani, y tocamos al huerto: ¡qué aflictiva escena! Esos añosos olivos que se inclinan unos hácia otros y enlazan sus ramas siempre verdes, ofrecerian al viajero un agradable asilo para resguardarse del calor de la siesta; pero en este instante no hacen mas que aumentar la densidad de las tinieblas, las cuales crecen ademas con la sombra del monte que corona el huerto. La aridez

de este terreno arenisco y seco parece que indica la afliccion y la pena. El viento penetrante que sopla, produce en el alma cierto amargo sentimiento de tristeza.

Jesus se detiene un instante. ¡Ah! ¡qué nube de dolor obscurece su serena frente! Echa una mirada por el huerto, y luego baja los ojos al suelo lentamente y con melancólica gravedad. Dios mio, Dios mio, ¿qué va á suceder? Contempla á los apóstoles unos despues de otros, separa á Pedro, Santiago y Juan, los lleva consigo y dice á los demas: *Quedaos aqui mientras yo voy allá y hago oracion: orad vosotros tambien para que no os sorprenda la tentacion.* ¿Qué significa todo lo que veo? La tristeza con que Jesus ha dicho estas palabras, la recomendacion de que oren, las advertencias de que estén alerta contra la tentacion, son otros tantos indicios de que ha penetrado en su espíritu la turbacion y que espera alguna tribulacion próxima y penosa. ¡Ah! poco hace no se hubiera expresado asi. Pero ¿por qué escoger solamente tres apóstoles? ¿por qué dejar á los demas lejos? Tal vez... Recuerdo que estos mismos tres apóstoles fueron siempre los testigos privilegiados de

los misterios mas secretos y asombrosos del Redentor, y á ellos solos les fué dado contemplar un rayo de la gloria divina en el Tabor. No, mis conjeturas no me engañan; si el Señor lleva consigo á los mismos tres discípulos que habiau presenciado las pruebas de la divinidad de su maestro mas que los otros, esta circunstancia me presagia que se acerca alguna singular humillacion.

¡Ah! padre mio, ¡y me quedaré yo aqui con los débiles! ¡No podré estar presente y ver! No, no, ya os lo he prometido solemnemente, quiero seguiros á donde vayais. ¿Y quién sabe las sublimes lecciones que perderia yo quedándome lejos de vos? Os suplico pues que me permitais acompañaros. Yo no me atreveria á confundirme con vuestros tres bienaventurados escogidos, porque soy demasiado indigno de esta honra; pero á lo menos os seguiré en silencio y aparte.

¡Oh! ¡qué cambio en toda la persona de mi Jesus! En el valle de Gadrón caminaba con aire gozoso y festivo conversando alegremente con los suyos: en este huerto camina á paso lento, con la cabeza ligeramente inclinada, los ojos fijos en el suelo y en

profundo silencio, como un hombre forzado á acometer una empresa llena de peligros y sinsabores. O Pedro, amante tan fogoso del divino maestro, y tú, Juan, discípulo predilecto, hablad: ¿podriais manifestarme lo que pasa en el alma del Señor? Aunque no respondais, creo descubrirlo: gracias á un rayo de luz que penetrando por entre las ramas mas espesas de los olivos disipa algo la densidad de las tinieblas, descubro el rostro de mi adorado Jesus. ¡Ay de mí! ¡Qué palidez! En la frente lleva estampadas la turbacion y afliccion que le agitan. No, no me equivoco: procura sofocar en lo íntimo de su corazon el abatimiento de su alma; pero las facciones de su rostro lo manifiestan bien. Esa frente arrugada, esas cejas que se contraen en fuerza de los pensamientos graves y aflictivos, esa boca que apenas se abre para respirar con dificultad, esos labios que de cuando en cuando tiemblan ligeramente, esas miradas que fijas de ordinario en el suelo se levantan lentamente hácia el cielo aumentando mas la contraccion de las cejas, y vuelven á fijarse otra vez en la tierra, ¿no son sin duda alguna los indicios de un hom-

¿bre que á la vista de una catástrofe cruel é inevitable se aflige , se turba , se amedrenta y se arredra por el peligro ? Jesus , mi querido Jesus... Vanas palabras ; no las oye. Está enteramente sumergido en la melancolía de sus pensamientos y angustias. Yo no comprendo ya nada de este abatimiento : ¡es tanto lo que ha padecido ! Ya ha sufrido el trabajo , la fatiga y el pesar bajo todas las formas : mil veces ha deseado esta hora y ha hablado de ella con los suyos como de una cosa por la cual suspiraba ardientemente : un instante há se alegraba de verla tan próxima ; y ahora que ha llegado , la teme , se aflige y mira hácia atrás. Bien sé que los hombres que hacen alarde de audacia y valor mientras está lejano el peligro , pero que á vista de este se vuelven cobardes y pusilánimes , son capaces de semejante contradicción ; pero Jesus lo preveía todo , y lo que es mas lo deseaba ; ¿ cómo pues pasa esto ?... ; Ah ! Ya levanta la cabeza , y parece que quiere romper su penoso silencio. Callad , vientos : por fin va á hablarme Jesus : prestemos ansiosos el oído á sus acentos : *Mi alma está triste hasta la muerte. Sí, Jesus mio , lo decís con una voz tan apaga-*

da, con un aire tan afligido y con tanta languidez en los ojos, que enterneceriais á los mismos tigres. ¡Oh! ¡Que no pueda yo arrojarme á vuestro cuello, reclinar la cabeza en vuestro regazo, confundir mis lágrimas con las vuestras, compartir vuestra pena y consolar vuestro corazón! Os parece que vais á morir. ¡Cuán profunda es vuestra tristeza! ¡Qué negras imágenes y qué siniestros pensamientos se aglomeran en vuestro espíritu! Si lo que os turba y abate es la idea de los atroces tormentos que estais destinado á padecer, ¿no podriais alejarla? Si podría; pero no quiere, y no quiere por padecer con la perfeccion que requiere el Señor, por beber el caliz de su pasion puro y sin mezcla alguna de consuelos humanos, por acrecentar aquellos dolores á los cuales quitarian una parte de su aguijon los auxilios de la compasion, y por ofrecer al padre eterno un holocausto enteramente consumido con el fuego de los tormentos.

O mi afligidísimo redentor, vuestro abatimiento exterior no me inspira ningun pensamiento de desesperacion y desaliento: digo mal; vuestro aspecto solo me da for-

taleza para sobrellevar las penas y aflicciones, cuando tengais por bien de enviarmelas enteras y sin una sola gota de consuelo.





CAPITULO IV.



E hincado de rodillas oraba
(S. MARCOS, c. XXII, v. 41).

PRELUDIO. Figurémonos que hemos entrado en lo mas espeso del huerto de Gethsemani siguiendo á Jesus, aunque á cierta distancia.

Ya estamos casi en medio del huerto. Jesus se detiene, se vuelve á los tres apóstoles que le siguen turbados y tímidos, y les dice con tono afectuoso, pero desmayado: **Aguardadme aquí y velad conmigo. ¡Cómo! ¿Quereis privaros de los discípulos fieles que habeis traído con vos? ¡O Jesus mio! En el abismo de vuestra tristeza necesitáis una mano amiga que os sostenga y fortalezca: ¿qué hareis de aquí adelante solo y en-**

¿regado al dolor? Pero ¿qué digo yo? ¿Tendrían bastante fortaleza vuestros tres compañeros para ser espectadores de la funesta escena que se va á representar? ¿Podrían ellos confortar á Jesus? ¿No necesitarian mas bien de asistencia para sí mismos? Ahora comprendo por qué aquel padre tierno quiere que se detengan y le dejen solo. No puede tolerar la idea de exponerlos á tal asalto: quiere excusarles un espectáculo que los afligiria vivisimamente; y se complace en padecer sin el mas leve consuelo. Mi amadisimo Jesus, cuando vuestra mano compasiva me distribuya alguna gota de vuestro cáliz de amargura, concededme la gracia de imitaros, y haced que sepa guardar para mí solo las penas y tristezas, ahorrando á mis prójimos la afliccion y los lamentos. ¡Ah! Yo quisiera que todo el mundo padeciese conmigo y me manifestase compasion, sin echar de ver, insensato de mí, que por este medio me aparto de vuestro ejemplo y me privo del mérito mas precioso.

Pero ¿habré yo tambien de detenerme aquí? Y vos ¿á dónde os dirigis? ¡Ah! Yo padeceria mil veces mas separado de vos

que á vuestro lado en medio de los mas bárbaros tormentos. Pero tal vez me faltará el valor. Pues bien, si espiro de dolor á vuestros pies, muero contento.

¡Ay de mí! ¿En dónde estamos? En cuanto puede distinguirse entre estas densas tinieblas, nos hallamos donde acaba el huerto y empieza el monte Olivete, y estamos como un tiro de piedra distantes de los tres apóstoles. ¡Qué temblor! Este silencio y obscuridad me infunden un horror sagrado, y si no me apoyára en ese añoso olivo, estaría á pique de caerme. Dadme, Dios mio, la fortaleza necesaria para resistir á la escena dolorosa de que vos y yo somos los únicos espectadores.

Jesús se adelanta solo y con lentitud, y ya veo que á cada paso se aumenta su tristeza interior. ¡Qué mudanza ha habido en ese amable semblante, cuya vista sola daba la serenidad! Detiéndose el Señor bajo las bóvedas de la roca abierta en el monte; y allí arrodillándose humildemente y pegada su divina faz contra la tierra, ora con fervor. ¡Ah! la oracion no es cosa nueva para el Salvador. Bien sé que despues de haber empleado todo el dia en hacer bien á los

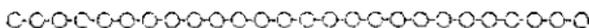
hombres, ya con sus predicaciones y advertencias, ya con sus conversaciones, ya con sus gracias prodigiosas, acostumbraba por la noche buscar la soledad para orar, no por él, porque no lo necesitaba, sino por nosotros; y aun hace algunos dias que concurría á este sitio. Pero ¡qué diferencia, Dios mio, entre la hora presente y las horas pasadas! Entonces se postraba gozoso y lleno de consuelos por los frutos que habia recogido de sus fatigas hallando las ovejas penitentes: ahora; ah! no puedo ignorarlo yo, que soy triste testigo de ello, ¡con qué tedio, angustia y repugnancia ha llegado hasta aquí! ¡Qué violencia ha tenido que hacerse á sí mismo! ¡O remordimientos! ¡Con que es cierto que Jesus, á pesar de la mas viva repugnancia, combate con esfuerzo para cumplir hasta el último dia los actos de obediencia que debe á su eterno padre! Yo me imagino que la sequedad, el tedio, la turbacion y la causa mas leve bastan para dispensarme de mis obligaciones.

Vedle ahí postrado en tierra: ¿quién sabrá decirme en qué meditacion está absor-ta ahora su alma? ¡O Dios mio! Sus pen-

samientos son tales como puede producirlos el estado de profunda tristeza en que se halla sumergido. Ya no es posible dudar; dentro de algunas horas descargará sobre él una deshecha borrasca de tormentos inauditos: mañana tal vez se acabará su vida en medio de los suplicios mas horribles; funestas ideas que acuden en tropel á su imaginacion. La noche, cuya lóbreguez se aumenta con la sombra de los árboles, aviva todas estas imágenes fúnebres de muerte; y el profundo silencio de la soledad que le rodea, las presenta á su alma con los mas negros colores. ¡O Jesus mio! ¿No recordais ya el infinito provecho que deben proporcionarnos vuestros dolores, el honor inmenso que resultará á vuestra sagrada humanidad, y en fin toda la gloria que vá á recaer sobre vuestro eterno padre? Consolaos, os lo suplico: desechad las melancólicas ideas que os atormentan, y todo lo sufrireis, todo lo vencereis y triunfareis de la muerte misma... Pero en vano hablo; Jesus no me oye: su alma mil veces bendita está abismada en sus angustias, y ya no oigo mas que sollozos interrumpidos y suspiros profundos.

¡Ah! Ya que mis palabras no llegan á vuestros oídos, permitid que me postre otravez, que gima, suspire y llore con vos y compartá todas vuestras penas. Logren mis lágrimas á lo menos apartar de vuestro ánimo la funesta idea de las culpas que he cometido á pesar de vuestros infinitos padecimientos, y que aumentan desmedidamente vuestra aflicción.





CAPITULO V.



Padre , si quieres aparta este caliz de mi; sin embargo que no se haga mi voluntad , sino la tuya (S. Lucas, c. xxii, v. 42).

PRELUDIO. Figurémonos que vemos á Jesus postrado en tierra durante su oracion.

Jesus continúa afligido de sus tristes pensamientos. ¡Ah! ; qué profundos gemidos! ¡Ah! ; qué lamentables suspiros! Me despedazan el alma. ¿Y quién sabe las tinieblas, el terror y las imágenes que vienen á asaltarle en este instante? ¡Si á lo menos hablára! ;Si á lo menos supiera yo lo que mas le aflige! No lo he preguntado en vano. Ya levanta la cabeza, dirige al cielo una mirada lánguida y enternecida , y

Luego exhalando un gran suspiro exclama: *Padre , si quieres , aparta este cáliz de mi.* ¿Qué palabras han herido mi oído? ¿Sueño ó estoy despierto? Tal vez me ha engañado el deseo de oír su voz. No , Jesus ha hablado verdaderamente. Mas ¿qué significa esta mudanza? Antes de llegar al huerto se regocija de que se acerca la hora de sus tormentos: llegado aquí se entristece y aflige: sin embargo se queda y se postra para orar ; pero luego al considerar los tormentos que le esperan , se atierra de nuevo hasta el punto de conjurar á su padre que le libre de ellos. Bien lo veo ; mi Jesus ha querido tomar las flaquezas de nuestra naturaleza , y de consiguiente experimenta todos los contrastes de la sensibilidad humana , la cual se estremece , se turba y se arredra de terror , cuando considera el estado deplorable á que debe quedar reducida.

O Jesus mio , yo os estoy contemplando. Habeis caído con el rostro en tierra ; ¿cómo os late el corazón ! ; Qué descolorido está vuestro semblante ! ; Qué trastorno en toda vuestra persona ! ; Ah ! Preciso es confesarlo ; vuestro dolor ha llegado al colmo ,

pues ha arrancado de vuestros labios esta súplica, y os ha reducido á pedir que se aparte de vos este cáliz por el que habeis suspirado tanto, y del que conversabais con Moisés y Elías hasta en la gloria del Tabor.

Mas oigamos, que habla de nuevo y parece que hace un esfuerzo sobre sí mismo: *Sin embargo que no se haga mi voluntad, sino la tuya.* ¡O expresion que hace correr de mis ojos lágrimas de ternura! ¡O resignacion admirable y perfectísima! Sí, Jesus es siempre el mismo. ¡Cuántas veces en los dias de su predicacion protestó la plena conformidad de su voluntad con la de su padre! Cerca del pozo de Jacob cuando le convidaban sus discipulos á tomar algun alimento, ¡con qué tierno amor les respondió: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió, y cumplir su obra!* Todavía tengo presentes en la memoria estas tiernas expresiones: *Yo hago siempre lo que quiere mi padre: he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.* Así en este mismo instante, en el combate generoso de la parte superior de su alma con la inferior,

triumfa su perfecta resignación de la manera mas visible. Pero ; cuánto le cuesta el ofrecerse humildemente á beber un cáliz que tanto le repugna , y de que pedia poco há verse libre!

Dulce Jesus mio , vuestro sumo abatimiento constituye todo mi valor. Sí , yo aspiro á recibir tranquilamente de vuestra mano toda especie de cáliz , aun el mas amargo. ; Oh ! si la naturaleza flaca y desfallecida pide algunas veces en medio de sus terrores que se aparte de mi la desabrida pócima , al punto replicaré con vos: *Señor , no se haga mi voluntad , sino la vuestra.*

Mas Jesus trata de levantarse ; ; qué de esfuerzos para ponerse en pie ! Con el dolor y la angustia pintados en el semblante se vuelve y camina á paso lento hácia el lugar donde dejó á los tres discipulos privilegiados. Y ¿ á dónde vais , ó mi divino Señor , así vacilante y abatido ? ; O noche de misterios y tribulaciones ! Sigámosle.

Ya ha llegado cerca de los tres apóstoles. ¿ Qué les quiere ahora ? Duermen con el sueño mas profundo. El Redentor se detiene con aire de extrañeza mezclada de disgusto , y fija en ellos una mirada de compasion.

¡Ah! mi buen Jesus, estoy leyendo en vuestro corazon: vos decís con el profeta: *Yo estoy aquí aguardando las humillaciones y los oprobios; busco un hombre que se entristezca conmigo, y no hay ninguno; un hombre que me consuele, y no le hallo.* Si, el descubrir la llaga interior á quien nos manifiesta compasion y responde á nuestras lágrimas con lágrimas, es un consuelo siempre dulce, aunque muy débil, para el afligido. El Redentor seguramente no necesitaba de tal auxilio; con todo como se ha sujetado voluntariamente á todos los efectos de la flaqueza humana, va á buscar la asistencia de sus mas amados discípulos; pero al ver que mientras él sufre las agonías de la muerte, duermen ellos tranquilos; ¡oh! ¡qué golpe recibe su corazon ya inundado de amargura! ¿Cómo pueden dormir, Pedro con todo el fervor de su amor, y Juan, el discípulo amado, mientras su maestro gime y llora? ¡O maravillosa economía divina! Permites que los rinda el sueño, para que Jesus no tenga siquiera el consuelo de confiarles sus dolores, y continúe padeciendo como empezó, es decir, sin que reciba la menor asistencia del cielo ni de la tierra.

O Jesus mio, ¡ cuántas veces me he parecido yo á esos discípulos negligentes! ¡ Cuántas veces me he dormido en el sueño de la tibieza, mientras debiera haber velado con vos para soportar los contratiempos de esta vida ! Despertadme , Señor, despertadme. Mas vale velar con vos en la pena y el trabajo, que descansar sin vos en las delicias mundanas.





CAPITULO VI.



Y separándose otra vez oró diciendo las mismas palabras (SAN MARCOS, c. XIV, v. 59).

PRELUDIO. Figurémonos estar contemplando á Jesus en pie al lado de los tres apóstoles dormidos.

¿Qué hará mi Jesus con estos discípulos ingratos? Bien merecían una severa reprension. Los toca con la mano, los despierta; pero ¡con qué mansedumbre y tranquilidad! Les habla; pero ¡con qué voz tan compasiva! *¿Por qué dormis? Simon, ¿tú tambien duermes! ¿No has podido velar una hora conmigo? Vamos, levantaos, velad y orad para que no caigais en la tentacion.*

El espíritu está pronto; pero la carne es flaca. ¡Qué acentos tan preciosos, Jesús mío! Si no me detuviera un santo respeto, iría á estampar mil besos en esos labios divinos. ¿Podía discurrirse un lenguaje mas dulce, afectuoso y penetrante y mas á propósito para insinuarse en el corazón? Siempre, sí, siempre la suavidad y la mansedumbre caracterizaron las palabras de Jesús; y ahora manifiesta que ni la turbación, ni la tristeza, ni las penas interiores han podido alterarle. Los tres discípulos despiertos levantan la cabeza y miran á Jesús con una especie de sorpresa nacida de la confusión de sus ideas, vacilantes aun entre el sueño y la imagen que ven; pero bien pronto se ruborizan con los dulces acentos que escuchan: parece que quieren hablar; mas las palabras antes de articuladas espiran de vergüenza en sus labios. Sea como quiera, esta confusión indica bastante que las dulces quejas de su maestro han penetrado mas íntimamente en su alma que lo hubiera hecho la reprensión mas amarga. Así es como se debe reprender siempre, ó Jesús mío. Os suplico que no permitais jamás que el desden, el desprecio y el orgullo motiven y

acompañen las correcciones que me imponga la caridad para con el prójimo. ¡Ah! Bien sé que me acontece con frecuencia no corregirme en efecto á pesar de las apariencias, sino descargarme del peso que me oprime, buscando realmente mas bien mi satisfaccion personal y la péfida dulzura de la venganza que la enmienda de otro. O Jesus, derramad en este corazon una gota de vuestra bondad misericordiosa y de vuestra divina mausedumbre.

Pero esas palabras dirigidas á los tres apóstoles negligentes ¿no me tocarán á mí tambien? Lo confieso, ó mi bondadoso Jesus, con el rubor y la confusion en el rostro: vos habeis dirigido á tres corazones solamente la flecha que os inspiró vuestro amor; pero habeis herido á cuatro. Si, yo merezco igualmente esa dulce reprehension, porque asaltado, no por una sola tentacion ni por un solo peligro, sino por mil tentaciones y peligros, me duermo tambien, y ¡con qué sueño! Sueño de muerte, porque es un sueño de tibieza é indiferencia. No digo bastante: vuestras palabras, dulce Jesus mio, me tocan mas directamente aunque á vuestros tres apóstoles. Ellos á lo me-

nos tenían por disculpa la postracion de la tristeza, el cansancio del día y el aire pesado de la noche; pero ¿qué disculpa he de alegar yo? ¿No tengo todas vuestras gracias para fortalecerme, resistir á la tentacion y velar con vos? ¡O mi divino maestro! ¡O padre mio misericordiosísimo! ¡Ojalá que no se hayan abierto inútilmente vuestros labios!

Ahora volvamos atrás. Jesus contento con haber despertado á los tres discípulos y reprendíolos con tan indulgente bondad se vuelve por el mismo camino al lugar de su penosa oracion. O Jesus, yo sigo vuestros pasos: pero lo preveo, no se ha disipado vuestra afliccion. ¡Ay de mi! No me equivoco: las ideas que acuden de tropel á su espíritu, son todavía mas terribles que antes, y mas horrendas las imágenes que se le representan. ¡Ah! El mal que se figura en este instante, ¿es quizá todavía mas cruel que el mal mismo? Ved con qué intensidad se aumenta su opresion. Un gemido lastimero y continuo me despedaza el corazon. Jesus, Jesus mio, reanimaos y alentaos: os suplico que os consoléis un poco. Pero no se halla en estado de oirme: se pone pálido,

tiembla y padece una convulsion general y no interrumpida en todo su cuerpo. O luna, esconde ahora tu luz. O noche, haz ahora mas densas tus tinieblas y ocúltame un espectáculo tan funesto. En efecto ¿cómo he de resistir á esta vista? ¿Cómo ver á mi amado padre desfallecido y casi agonizante sin poder proporcionarle ningun alivio? Venid de hoy mas, aflicciones, tormentos, angustias y amarguras de toda especie, y caed sobre mí: yo no sentiré nada de vuestro doloroso peso al considerar las miserias que á manera de un mar sin diques han venido á caer sobre mí bien mas precioso. O Jesus, si no se borra de mi memoria el recuerdo de la situacion en que os he visto, estoy seguro que en adelante no me parecerá pesada ninguna pena.

Pero Jesus levanta por segunda vez su lánguida voz, y dice: *Padre mio* (¡O invocacion de infinita dulzura!), *padre mio, si no se puede apartar de mí este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad*. Así no se ha concluido la lucha interior. Si, la sensibilidad humana se rebela mas que nunca con la idea de sufrir los horribles golpes que la aguardan, porque la imágen de ellos se le

presenta mas viva y cruenta. Pero ¿qué ejemplo y qué estímulo para mí! La resignación mas perfecta con la voluntad divina sostiene al Señor. Basta por ahora, mi amado Jesus, demasiado habeis padecido; levantaos.

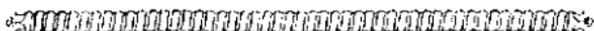
En efecto se levanta; mas ¿cuán agitado está! ¿Cuán vacilantes é inciertos son sus pasos! Parece que se va á caer á cada instante: sigámosle, tal vez me cabrá la dicha de tenerle para que no se caiga. Pero ya estamos otra vez al lado de los tres discípulos. ¡O maravilla! todavía duermen: esta vez castigadlos, Jesus, con una reprobacion severa: si poco há los perdonó vuestra ternura, ahora ya no tienen disculpa. Decidles... Pero Jesus despues de haberlos considerado con una mirada compasiva los despierta, y viendo que no le oyen ni pueden responderle (tan profundo es su sueño) vuelve pies atrás (1). Yo me volveré con vos, ó tierno maestro. Mas ¿por qué no insistis con mas empeño en despertarlos? ¿Ha querido vues-

(1) Aunque segun la opinion de algunos Jesus no despertó á los tres discípulos cuando volvió á buscarlos por segunda vez; yo he seguido

tro compasivo corazón evitarles esa incomodidad? ¡O caridad infinita! ¡ó caridad misericordiosa de mi bien! ¡con que tenéis que agotar hasta las heces el cáliz de amargura sin que nadie os consuele! ¡Ojalá que yo, imitando tan admirable ejemplo, sufra con valerosa resignación el abandono de los hombres en medio de mis tribulaciones!

no obstante otra fundado en la autoridad de San Marcos, cuando dice: *ellos no supieron qué responder*. Esta proposición no tendría sentido, si no los hubiese despertado entonces Jesús y dirigidoles algunas palabras.





CAPITULO VII.



Y empezó á sudar como gotas de sangre que corrian hasta el suelo (S. LUCAS, c. XXII, v. 44).

PRELUPIO. Imaginemos ver á Jesus postrado y en profunda oracion en el huerto bajo de las bóvedas de la roca del monte Olivete.

Ya estamos por tercera vez en este lugar de tristeza. Jesus ha llegado hasta aquí con trabajo, se ha postrado de nuevo con el rostro pegado á la tierra, de nuevo ora para que se aparte de él el cáliz amargo, y de nuevo se conforma con la voluntad de su padre. Dios mio, Dios mio, ¿cuándo se con-

cluirá esta congojosa oracion? ¡Ah! temo que si dura no pueda Jesus resistir á esa inmensa avenida de aflicciones y dolores. Su tristeza en vez de aliviarse algun tanto no hace mas que aumentarse; sus lúgubres ideas, lejos de disiparse le importunan mas que nunca, y ahora son tan vivas, tan agudas y estan tan cruelmente adheridas á él, que dentro de unos instantes ¡ó cielo! sí, dentro de algunos instantes va á rendirse al peso que le oprime. ¡Oh! si yo pudiera penetrar en esa alma... Pero no, me seria imposible soportar el aspecto de sus dolores interiores.

Veid cómo tiembla todo su cuerpo de pies á cabeza: ¡qué lastimero gemido! Cualquiera diria que es el gemido de un moribundo. O Jesus mio, ¿qué teneis? Me acerco paso á paso... Jesus... ¡ó dolor! se halla en los horrores de la agonía, y parece por momentos próximo á exhalar el último aliento. Me postro á sus pies: mi amado Jesus, ¿queréis ya morir? ¡Ah! recibid el á Dios de vuestro ingrato hijo. Pero no, habeis declarado que espiraríais en la cruz, y debe cumplirse la profecía. Sin embargo estais agonizando. ¡O funesta agonía! ¡ó muerte sin morir!

¿Qué haré yo? Discipulos, negligentes discipulos, ¿dormís? ¿y cómo podeis dormir en semejante ocasion? Acudid volando, porque vuestro maestro está á punto de entregar el alma. Pedro, ¿dónde estás? que se muere aquel á quien has declarado que no querias abandonar. Juan, precipitate hácia aquel sitio; dentro de unos minutos ya no latirá el corazon sagrado sobre el cual reclinabas la cabeza no hace mucho. Espíritus angélicos, ¿por qué tardais mas? Volad pronto á socorrer á vuestro Señor: vosotros, que le servisteis cuando tenia hambre en el desierto, ¿le abandonaréis ahora moribundo en el huerto? Padre eterno... Pero ¿qué digo, insensato de mí? Nadie me escucha: solo el eco responde á mi voz lastimera, y el silencio profundo que reina en torno, no es interrumpido mas que por los sollozos de la víctima ya espirante. Voy pues á despertar á los discipulos. Pero ¿qué veo? ¿Qué arroyo es ese que corre lentamente hácia donde estoy? ¡O dolor! es sangre. Mi cuerpo todo se estremece con un temblor mortal: yo fallezco. ¡Sangre! ¿y de quién otro puede ser que de Jesus? ¡Horrible espectáculo! Jesus suda sangre por todos los poros: su

rostro está cubierto de sangre; sus manos y sus pies están bañados en sangre; no hay una abertura en sus vestiduras de donde no brote sangre en abundantes gotas, que reunidas en tierra forman un arroyo. ¡Oh! este es el último grado á que puede llegar la afliccion interior. Que se turbe el sistema de la circulacion, que los vasos del corazon suspendan sus funciones habituales, que la sangre busque una salida por las vias des-acostumbradas de la piel exterior; sin duda nada de esto es imposible para la naturaleza humana; pero tambien hay que confesar que ese es el efecto de un dolor inexplicable que ha llegado al extremo, y no puede expresarse. O mi Jesus, ¡qué penosa agonia, qué lamentable combate! Verdaderamente no sé si tendreis que padecer mas cuando toqueis á la hora de vuestra muerte. O sangre divina, que eres el precio de mi redencion, recibe las lágrimas que mezclo con [tu divino rocío. O suelo dichoso, que has empapado esa preciosa sangre, ¡cuánta envidia te tengo! No me atrevo á estampar en tí un beso de respeto y amor, porque me siento demasiado indigno de bañarme en tan adorable sangre. ¡Oh! ¿por

qué mis iniquidades la han hecho brotar de las venas de mi Salvador? Este pensamiento me traspasa el corazón. Sí, yo, yo soy la causa de una agonía tan cruel. Jesús mío, sirva á lo menos esta púrpura celestial para lavar mis manchas; permitidme, os lo suplico, recoger algunas partículas de esta tierra enrojecida con vuestra sangre: quiero que siendo el objeto de mis reflexiones, sean regadas todos los días con mis lágrimas, y las estimaré en más que el oro y las piedras preciosas. Ya tengo en el hueco de mi mano un poco de este polvo sagrado. Yo te aplico mis labios, ó tierra preciosa, ennoblecida para siempre con la honra que has recibido. Pero otra maravilla: ¿qué aparición es esa, que rasgando de improviso el tenebroso velo de la noche se acerca á Jesús? Quizá... sí, es un mensajero celestial (1).

¡O alegría! ¡con que no todos han sido sordos á mis acentos! ¡Con que me ha oído

(1) Entre las mil opiniones diferentes sobre el tiempo en que se apareció el ángel á Jesús, he escogido la más común y á mi parecer la más conforme con el contexto evangélico, es decir, que la aparición ocurrió al fin de la última

una alma? Espiritu bienaventurado, consuella á mi Jesus, te lo suplico; que no tenga que rendirse al peso intolerable de sus angustias. Ahuyenta de su espíritu tantos funestos pensamientos, si es posible; restitúyete la serenidad primera, y confórtale. ¡Oh! Sí, ya no suspira Jesus, está mas tranquilo, parece que recobra sus fuerzas y se disipa por grados la densa nube de tristeza que cubria su frente. Pues ¿qué le has dicho en este instante, angel de mi Dios, para obrar esta maravilla? Tal vez le has puesto delante de los ojos... Pero la blanca aparicion no me responde, y se ha ocultado ya á mi vista.

Mi adorado bien, ¡cuál es mi gozo de ver calmada así la horrible tempestad que vino á asaltaros! Pero ¿por qué esperasteis á que bajase un angel del cielo para eso? ¿No podiais calmar por vos mismo tanta agitacion y disipar ese cúmulo de imágenes lúgubres? ¡Duda criminal! Podiais. Pues ¿qué misterio es este? Ya lo comprendo: en esta hora

oracion. En la incertidumbre del motivo ó del objeto de la embajada de este ángel nos hemos atenido al que nos ha parecido mas verosimil, aunque no sea tampoco sino una simple conjetura.

de tinieblas queriais pasar por todos los periodos de la flaqueza humana, y de consiguiente sentir tambien la necesidad de los consuelos ajenos. Jesus mio, con semejante idea me estimaré siempre dichoso cuando os digneis de reducirme á un estado de absoluta impotencia.





CAPITULO VIII.



Levantaos, vamos: ve aquí que se acerca el que me ha de entregar (SAN MATEO, c. xxvi, v. 46).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Jesus que se levanta despues de hacer oracion, y va á buscar otra vez á los apóstoles.

La voz celestial de la santa aparicion, semejante al soplo de un viento apacible, ha disipado las nubes de tristeza aglomeradas en el alma de mi redentor. Levántase este, y se dirige de nuevo á donde estaban sus discípulos. ¡Ah! Yo esperaba verle con aire de gozo y contento: ¡vana esperanza! La alegría está desterrada comple-

tamente del corazón de Jesús; en lo exterior ha vuelto á aparecer la serenidad; pero en toda su persona se manifiesta una tristeza resignada y tranquila: es verdad que anda; pero fácilmente se echa de ver que la última borrasca, la agitación, la agonía y el sudor de sangre han abatido sus fuerzas. No, el estado presente de la augusta víctima no se diferencia en nada de su estado anterior; no hay mas sino que hace poco daba rienda suelta al dolor, al tedio y al terror, y ahora sofoca estos crueles sentimientos en lo hondo de su corazón. Preveo pues que esta tristeza y desconsuelo le acompañarán hasta el sepulcro.

Ya estamos por tercera vez delante de los ingratos discípulos, que duermen todavía con el sueño mas profundo. Jesús mio, permitid que yo mismo los despierte y vereis cómo sé hacer que me oigan. ¡Ah! su culpable indiferencia me indigna. Hombres sin gratitud, les diré, hombres cobardes é insensibles... ¡Desgraciado de mí! ¡qué palabra acabo de pronunciar, Dios mio! Vos, mi clemente Jesús, no os enojais; me he equivocado, perdon. Es verdad que no son estas vuestras lecciones, ni acostumbrais

enseñar así. Callo pues: hablad vos, tierno padre mio.

Ya se acerca, los despierta con tiento, y les dice: *Dormid ahora y descansad.* (1) ¡Oh! ¡Qué confusos y suspensos quedan al oír esta mansa, pero enérgica reprensión! No saben qué responder. Estas pocas palabras han penetrado sin duda hasta lo hondo de su alma. Jesús prosigue con tono mas serio: *Basta de sueño y descanso: es llegada la hora: se ha cumplido el tiempo fijado, y el hijo del hombre va á ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos pues, vamos; el traidor no está lejos.* ¡El traidor no está lejos! ¡Ha llegado la hora! ¡El hijo del hombre en manos de los pecadores! ¿Con que sabeis, Jesús mio, todo lo que va á suceder punto por punto? Pues entonces librémonos del furor de vuestros enemigos y de los mal intencionados; y si no quereis hacerlos invisible por un nuevo prodigio co-

(1) ¿En qué sentido dijo Jesús á los apóstoles: *Dormid ahora y descansad*? Esta expresion ha suscitado muchas controversias. Unos la toman en sentido irónico, y otros quieren que sea formal y natural. Yo he procurado guardar un medio, dejándole el tono de una reprension que no excluye la mansedumbre.

mo otras veces, á lo menos bien podeis ocultaros en lo mas espeso del huerto. Pero os adelantais resueltamente: tened á lo menos lástima de vuestros amigos; miradlos trémulos, abatidos y siguiéndoos con trabajo. ¡Vanas advertencias! Jesús lo ha decidido, y quiere entregarse de su propia voluntad en manos de sus enemigos. Pues bien si me lo permite así, ¡cualesquiera que sean las escenas lamentables que se preparan, no me apartaré de su lado: triste y silencioso me uniré á sus discípulos y le acompañaré á lo menos gimiendo.

¡Ah! no se ha equivocado Jesús: columbro á la entrada del bosque el resplandor inesperado de las hachas y teas; óyese estrépito de armas, y todo está en movimiento. Hasta aquí las tinieblas, en medio de las cuales ha padecido tanto el Señor, eran tristes y temerosas; pero no sé si valian mas aun que esa luz siniestra que viene de fuera y presagia nuevas tribulaciones. ¡Qué multitud innumerable! Una cohorte entera de soldados romanos, criados enviados por los pontífices y los ancianos, y hasta algunos príncipes de los sacerdotes (1), magistrados del

(1) El motivo que atribuyo á algunos au-

templo y ancianos. ¡Malvados! Temerosos de que os hubiera engañado Judas, veniais á averiguar el hecho por vuestros propios ojos. ¡Ah! demasiado cierto es: no os ha engañado Judas, que es todavía mas cruel que vosotros. En efecto el pérfido, dejando atrás la soldadesca impía, se adelanta intrépidamente hácia Jesus. ¿Cuál es tu pensamiento, hipócrita vil? ¿Crees tú que fingiendo abandonar, como de costumbre, el lugar á donde te llamaba tu obligación, ocultarás el secreto de tu negra traición? ¡Desventurado! llevas grabado tu crimen en la frente: la mentira se lee en tu rostro, y en vano intentas dominar la agitación que te turba á tu pesar. Podrás engañar á tus dignos compañeros, enhorabuena; pero en cuanto á Jesus... ya te lo ha dicho él mismo: tú eres el traidor.

Mas en tanto que yo trato de detenerle, se acerca Judas á Jesus y le dice: *Dios te*

cianos para acompañar á Judas, no es mas que una simple conjetura, asi como en otros pasajes en que el Evangelio guarda silencio. No obstante he procurado siempre que la suposición se sacase del modo mas verosímil, ya de los santos padres de la iglesia, ya de escritores que hacen autoridad.

guarda, maestro; y dichas estas palabras le da un beso. ¡ Ah! monstruo, ¡ te atreves á aplicar al rostro divino de Jesus esos mismos labios de donde ha salido la infame promesa de vender al hombre Dios! ¡ Y no tiembblas de valerte para la perfidia mas negra de un beso , que hasta aquí habia sido siempre la señal del afecto mas tierno! Buen Dios, ¡ qué enorme ultraje! Ha llegado la hora para Jesus de ostentar el ¡ ardiente zelo con que reprendió tantas veces la malicia hipócrita de los fariseos. Aquellos nombres deshonorosos con que castigaba á las sectas judaicas, convienen admirablemente á Judas: *raza de víboras, sepulcros blanqueados, serpientes, hipócritas...* Pero al hablar así me olvido de los cargos que merezco yo mismo. O Dios mio, ó mi adorado Jesus, ¡ cuántas veces os he dado el beso del traidor Judas! ¿ No es esto verdaderamente lo que he hecho, cuando por respetos humanos os he manifestado veneracion y ternura mientras tenia el corazon aficionado al pecado? ¡ Ah! me postro humildemente á vuestros pies, y os suplico no permitais que despues de haber empezado yo como Judas acabe como él.



CAPITULO IX.



Luego que les dijo Jesus: Yo soy; retrocedieron y cayeron en tierra (S. JUAN, c. XVIII, v. 6).

PRELUDIO. Imaginemos ver á la entrada del huerto una turba armada que ha venido á prender á Jesus, un poco mas allá al Señor con Judas y á los apóstoles detrás.

Amigo, ¿ con qué intento has venido? A esto se reducen todos los cargos que hace Jesus al traidor mas infame de todos los traidores. Aunque el nombre dulce de amigo esté reservado para los discípulos constantes y fieles, no creais que el hombre Dios se envilezca dándole á un impío. El

divino maestro practica al fin de su carrera el precepto que inculcaba en los primeros años de su predicacion: *Amad á vuestros enemigos*. ¡Ah! el nombre de amigo con que Jesus honra á Judas, debiera haber ablandado este corazon de piedra. Mas oigamos su respuesta. Se queda mudo: por grande que sea el extremo de su maldad, no puede menos de turbarse al oír aquella palabra de amor. O Judas, en otro tiempo saltabas de alegría al oír este nombre bendito: ahora te estremeces. Reconoce pues tu prevaricacion, y humíllate á los pies del que conoce lo mas íntimo de tus pensamientos. No digo nada de mas: ¿no le oyes que te habla segunda vez? *Judas, ¡y entregas al hijo del hombre con un beso!* Ya lo ves, está enterado de tu perverso designio, lee dentro de tu alma; ¡y no te confunde una revelacion tan clara! ¡y no te sientes enternecido por esa inefable mansedumbre con que Jesus ha recibido tu beso y tu criminal abrazo! ¡y esa voz dulcísima y tierna no penetra en tu alma para despertar la última reliquia de sensibilidad! No; ¡ah! tigre, ¿tienes valor de entregar á sus furiosos enemigos el maes-

tro que tanto te ha amado, con quien has vivido tres años, á quien acompañabas á todas partes, que te concedió el don de los milagros y te encumbró á la dignidad de apostol? Recuerda por qué rasgo de amor especial te presentó en la cena pocos instantes hace un pan misterioso regado con su sangre. Recuerda el don incalculable que te hizo alimentándote con su divina carne. Recuerda el dulce nombre de amigo con que te acaba de honrar. Recuerda... Pero ¡ah! Judas no oye nada. O pérfido, todos estos incalculables beneficios te vendrán á la memoria, pero será para tu desgracia; esa sangre que has entregado, clama venganza contra tí mucho mas que la de Abel: ya verás lo que cuesta vender su conciencia y ser traidor al hijo del hombre.

Mas en tanto que yo hablo, Jesus se adelanta y sale al encuentro á sus enemigos para ponerse voluntariamente en sus manos. O mi Jesus, aguardad á lo menos que se apoderen de vuestra persona: ¿por qué os entregais asi de plena voluntad al furor de esos malvados? ¿No temiais poco há esta hora? ¿No se turbaba vuestra alma con esta idea? ¿no ha bastado esta imagen

para sumergiros en una agonía cruel? ¡Ah! sí, seguro estoy, y bien lo he visto con mis propios ojos. Mas tal vez se ha desvanecido completamente la mortal agitación que habéis sentido. ¡Oh! no, haceis un gran esfuerzo; pero padeceis mucho. Debo pues imitaros y á pesar de la repugnancia ó el terror de la naturaleza caminar valerosamente en busca de las tribulaciones y adversidades, cualesquiera que sean. Si, Jesus mio, en este punto me siento con una resolución invencible. Cuando yo os veo entregaros á merced de esos ministros de Satanás no obstante que conoceis todos los dolores y tormentos que van á caer sobre vos, esta vista me inspira un vigor que no hubiera tenido jamás para ir tranquilo y resignado en busca de todas las penas interiores ó exteriores que os digneis de enviarme.

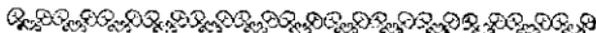
Pero esperemos. Jesus se dirige á la turba armada y les dice tranquilamente: *¿A quién buscáis?*—*A Jesus Nazareno* (¡Qué gritería tumultuosa y desordenada!)—*Yo soy*. Mas ¿qué veo? todos aquellos hombres retroceden como aterrados y caen en tierra; no obstante Jesus les ha hablado en tono pacífico, ó por mejor decir, con la misma expresión

de voz que consoló á los discípulos en el naufragio, volvió la alegría al corazón de la Samaritana, y convirtió al ciego de nacimiento. Y estos soldados robustos, armados y valerosos no bien le han oído cuando caen en tierra como si los hubiera herido un rayo. ¡Cuánto me alegro de esta maravilla! Al cabo conocéis, pérfidos, que Jesus no es solo el hijo de María vuestro compatriota, sino que tambien es verdaderamente el hijo de Dios. ¿Y á qué habíais de atribuir el terror repentino que se ha apoderado de vosotros, sino á la omnipotencia de esa voz que con una sola palabra sacó de la nada todas las criaturas animadas é inanimadas? Pues ¿qué será en el día de su ira, si ahora aparece tan formidable esta voz divina? Jesus mio, yo creo vuestra divinidad á pesar de vuestras excesivas humillaciones y abatimiento, y os suplico no permitais que me atierre para siempre vuestra sentencia final.

Mas una prueba tan evidente del poder divino no hace ninguna mella en aquella turba soez, á quien ciegan el odio y sus funestas preocupaciones. Levántanse del suelo, y Jesus les pregunta segunda vez: *¿A quién buscáis?* ¡Y tendrán valor para res-

ponder! ¡y no temerán que los vuelva á derribar el sonido de la misma voz! De ningun modo: antes los oigo gritar bien alto: *A Jesus Nazareno*. Y él (¡ó paciencia admirable!) les responde: *Ya os he dicho que yo soy: si á mi me buscais, dejad ir á estos en libertad*. ¡O expresion que me enternece hasta hacerme derramar lágrimas! Ese, ese es el corazon amante de mi Jesus. Ya he tenido ocasion de conocerle cuando no quiso que sus discípulos participasen de su mortal agonía, y ahora le vuelvo á hallar; pero no permitir que sus apóstoles sean afligidos y atormentados por causa suya, y pedir á los asesinos que los dejen en libertad sin hacerles ningun mal, es un presagio bien triste de todo lo que va á padecer. ¡O corazon compasivo! ¡ó corazon de inefable ternura! ¡ó verdadero amigo de los hombres! No, nunca olvidaré yo este rasgo de la mas perfecta caridad.





CAPITULO X.



Y habiendo tocado su oreja la curó (S. LUCAS, c. XXII, v. 51).

PRELUDIO. Imaginemos que vemos á los satélites echarse sobre Jesus para atarle, y cerca de él algunos apóstoles que tratan de defenderle.

La trama está descubierta, y Judas no se toma el trabajo de ocultarse. Jesus se ha entregado voluntariamente en manos de sus enemigos. Ya toda esta turba mas enfurecida y obcecada por la vergüenza de haber caido derribada en tierra con solas dos palabras de Jesus se echa sobre él á manera

de una manada de animales feroces. ¡Ah! ya se han apoderado de su persona. O apóstoles, llegada es la hora de reparar gloriosamente la pusilanimidad que habeis manifestado poco tiempo hace: armaos, coged palos y cuanto halleis á mano, dad, herid y sacrificad. ¿Tendríais valor de permanecer en la inaccion viendo que vuestro amado maestro es preso, maniatado y conducido á la muerte? Esta es la ocasión de probar que sois fieles á él y que le amais verdaderamente.

Pero estais perplejos: tal vez descais obtener su consentimiento. Pues bien hablad y pedidsele: *Señor, ¿herimos con la espada?* Pero el tumulto se acrecienta, y los crueles satélites caen ya sobre Jesus. Vive el cielo que se ha despertado la antigua fogosidad de Pedro; su sangre viva y ardiente no puede contenerse; ya ha desenvainado la espada y la blande sin aguardar respuesta. ¡Oh! ¡cómo brillan sus ojos! ¡cómo se inflama su rostro! es cosa hecha: tira un tajo y hiere á Malco. Aprende en adelante, digno criado del príncipe de los sacerdotes, á no acompañarte de malhechores; la herida de la oreja te recordará que Pedro amaba á su

maestro. ¡Qué gozo! con este ejemplo se reaniman todos los discípulos del Señor; ya están en frente de los enemigos, se agitan, se confunden: ánimo... Pero ¡qué! Jesús manifiesta disgusto y contiene el ardor de los suyos: *basta*, les dice. ¡Qué motivo de asombro para mí! Jesús en vez de animar á su intrépido defensor y de manifestarle agrado le detiene... Mas ¿qué hace ahora? ¿Qué hace! Toca con su mano divina la oreja del pérfido Malco y la cura. O mi Jesús, en buena hora que perdoneis y améis á vuestros enemigos; pero trastornar en su favor el orden de la naturaleza... no puede ir mas allá la caridad. ¡Qué lección para mí! Sí, no solamente amar á nuestros enemigos y olvidar todas las ofensas que hemos recibido de ellos, sino colmarlos de beneficios y obrar milagros, si es posible, para acudir en su ayuda; ese es el heroísmo sublime y glorioso á que se eleva la doctrina del hijo de Dios. ¡O caridad perfecta! ¿quién no querría practicarla despues de tal ejemplo?

Mas un rasgo de amor tan generoso, un acto de ternura tan compasiva deja insensible el corazón de estos perversos, y no reconocen la omnipotencia de un Dios, que

despues de haber derribado con una sola palabra una turba de soldados ahora cura á un herido con solo el contacto de su mano divina. Si son bastante ciegos para no conocer á Dios en la persona de Jesus, compadezcanse al menos de aquel, que injustamente oprimido restituye la salud á sus mismos opresores. Pero hablo á hombres mas sordos que el aspid: no ven ya ni oyen nada. Aquellos prodigios que en otro tiempo los hacian prorumpir en estos gritos de admiracion: *Jesus es un gran profeta*; no sirven ahora sino de irritar mas y mas su furor. Desgraciado mil veces el que se abandona al pecado, porque el pecado turba la vista interior del alma. No permitais, Señor, que yo caiga en un estado tan deplorable.

Todavía no está contento Jesus con haber detenido el brazo de sus defensores, sino que volviéndose á Pedro le habla en estos términos: *Envaina tu espada, porque todos los que tomaren la espada morirán por la espada. ¿Acaso piensas que no puedo pedir á mi padre y me prestará al instante mas de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se cumplirán las escrituras que conviene que*

suceda así? ¿No he de beber yo el caliz que me ha preparado mi padre?

Pobre Pedro, se ha quedado confundido: creía haber hecho una cosa agradable á su maestro defendiéndole, y se ve reprendido. No es menor mi confusion que la suya. Demasiado conocia yo el número y el furor de aquella turba impía; pero viendo que una sola palabra de Jesus habia bastado para derribar en tierra á sus enemigos, esperaba que conservaria su libertad. ¡Qué gozo entonces y qué triunfo! Pero ¡cuánto me he engañado en mi esperanza! Ya no cabe duda: Jesus está determinado, sean los que quieran sus tormentos, á entregarse en manos de sus enemigos. ¡Ah! sí, cumple la voluntad divina y quiere apurar hasta las heces el caliz amargo de los oprobios y tormentos, porque se le presenta su padre celestial. O mi Jesus, sí, esa es la gran razon que os mueve á desechar toda defensa. Pues bien yo quiero imitaros tambien en este punto. Cuando gima agobiado con el peso de las enfermedades, sinsabores, tribulaciones, adversidades y calumnias, acordándome de vuestra preciosa pasion responderé animosamente á quien se me muestre com-

pasivo: Pues ¿no he de beber el caliz que me ha preparado mi padre? Y estoy seguro que estas palabras serán un bálsamo suave que mitigará prontamente la violencia de mis mas crueles heridas.





CAPITULO XI.



Aprehendieron á Jesus y le
ataron (SAN JUAN, c. XXVIII,
v. 12).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Jesus rodeado de soldados y gente armada que están atándole.

¿Con que se ha perdido ya toda esperanza? Jesus está en manos de sus enemigos; y ¿podré yo verle y guardar silencio? O Dios mio, hágase como querais. Con todo me parece que Jesus quiere hablar de nuevo; escuchemos: ¿quién sabe? tal vez va á pronunciar alguna otra palabra que los atierre, los disperse y haga huir. ¡Ojalá que

esta noche que ha empezado en el dolor acabase en la alegría! Vuélvese el Señor hacia los príncipes de los sacerdotes, los magistrados y los ancianos, y les dice: *Habéis salido con espadas y palos como si fuerais á prender á un ladrón. Habiendo estado yo diariamente con vosotros en el templo no me echasteis la mano; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.*

Comprendo el fin con que Jesus ha hablado así. Como los prodigios no han bastado para abrir los ojos á estos ciegos, prueba otro camino, el del discurso. Y á decir verdad ¿no es una extravagancia que fuesen con muchas armas y soldados para prender á un solo hombre, á quien al otro día hubieran encontrado de nuevo desarmado y sin defensa en el templo? Pero encarnizados perseguidores de mi Dios, oid una vez: ¿quién os ha estorbado hasta aquí prender á Jesus? Acaso no habiais concebido aun los perversos designios que intentais ejecutar hoy. Sin embargo enviasteis satélites con orden de apoderarse de su persona cuando enseñaba en el templo. Confesad á lo menos la verdad de lo que os ha dicho Jesus; no le prendéis ahora por vuestro poder, vuestra

malicia y la multitud de vuestras armas (cosa que hubierais podido hacer igualmente antes de este día), sino porque ha llegado el tiempo fijado por él mismo, en que dejando libre la potestad infernal se entrega á su furor para ofrecerse como víctima á su padre. ¿Y quiénes sois vosotros? Sois los instrumentos de Satanás, los pérfidos ministros del demonio, que teneis la audacia de atar á mi Jesús. Dejaos mover á lo menos, crueles, de un sentimiento de humanidad, si aun os queda alguno, y no le apreteis con tanta violencia. ¿No veis, bárbaros, el surco que hacen vuestras ligaduras en sus delicadas carnes? ¡O Dios! ¡mi Jesús atado! Permitid que bañe con mis lágrimas esos nudos crueles. ¡Ah! ya estais vos lleno de cadenas por quebrantar las nuestras; ya llevais esposas en las manos por librarnos de las esposas del pecado. No se engañó el profeta Isaías, cuando anunció mucho tiempo antes que estariais mudo y silencioso como el cordero cuando es esquilado. Si, dejais que os traten esos tigres como un cordero tímido y manso. ¡Ojalá que yo imite al menos vuestro ejemplo, si me ocurre tener que sufrir semejantes ultrajes!

Si todo está concluido, si ya no queda ninguna esperanza de libraros de esas manos aborrecidas; ó mi Jesus, os seguiré. O mi amado padre, ¡ en qué brazos tengo que veros! Caminemos, valerosos defensores del divino maestro; acompañemosle tristes y llorosos, y tendremos el consuelo de seguir sus adorables pisadas.

Pero ¿qué haceis? ¿huís ya? ¡Cómo! ¿huís todos? ¡Ah! insensatos, ¿á dónde vais? ¿es esa vuestra fidelidad? Pedro, ¿qué se han hecho aquellas protestas de que querías morir con tu Jesus? ¿Dónde está el valor que mostrabas poco há? Juan, discípulo ingrato, ¿así pagas el amor tan tierno y especial que te tiene Jesus? ¿Le abandonas y huyes cuando mas necesita tu asistencia? Y tú, Tomás, ¿no eres el que dijiste á tus compañeros en otra ocasion: *Vamos tambien nosotros y muramos con él?* ¡ Ah! sí, venid; sigamos sus pasos, acompañemosle todos y muramos con él.

Mas en vez de escucharne se dispersan temblando, confusos y humillados. El joven que acudió al alboroto, hace como ellos; pero le detienen, y dejando en manos de los soldados la sábana en que iba envuelto, desaparece.

Ya han partido todos, y no queda nadie mas que Jesus solo, abandonado de todo el mundo y en manos de sus mas mortales enemigos. Haced, Señor, que yo no tenga jamás la desgracia de seguir el ejemplo de esos hombres cobardes. O mi Jesus, me he quedado á vuestro lado testigo de vuestras mas secretas aflicciones hasta ahora, y no quiero separarme nunca de vos; sostenedme con vuestra gracia, para que vaya sin titubear á la cruz y á la muerte. ¡Ah! mientras que vos estáis aturdido con la desordenada vocería y los insultos de éstos hombres de iniquidad, yo seguiré vuestras pisadas suspirando y llorando. ¡Ojalá que mis suspiros puedan reparar los ultrajes que sufris!





CAPITULO XII.



Y le llevaron primeramente á casa de Anás (S. JUAN, c. XVIII, v. 15),

PRELUPIO. Imaginemos ver á Jesus con las manos atadas y en medio de los soldados, saliendo en esta disposicion del huerto de Gethsemaní.

Salimos de este huerto de dolores para atravesar nuevamente el valle de Cedron. La noche está adelantada, y aquellas siniestras teas esparcen una luz tan triste, que no sirve sino de hacer mas pavorosas las

tinieblas. ¡Ah! cuando yo acompañaba pocas horas antes á mi divino maestro gozoso y rodeado de sus queridos discípulos, no hubiera discurrido jamás que tendría que seguirle en tan amarga situación, pintada la tristeza en su rostro y cercado de sus más crueles enemigos. O torrente fatal, recuerdo que te he bañado con mis lágrimas presintiendo las aflicciones que se acercaban.

Ya estamos en Jerusalem: esa puerta es la de David por donde en poco tiempo se va al monte Sión. Ya estamos dentro. O cielo, ¡qué piadoso recuerdo! Cinco días hace que llegaba Jesús á la ciudad ingrata montado en un humilde jumento, y todo el pueblo le recibió con júbilo. ¡Qué innumerable multitud se agolpaba para contemplarle! ¡Qué gritos de alegría! ¡Qué hosannas solemnes! ¡Qué bendiciones de amor! Y ahora no se ven más que inicuos tratamientos, ni se oye más que insultante vocería de la misma ciudad, de la misma nación. Entonces el triunfo de Jesús, hoy su prisión; entonces los honores, hoy los desprecios. ¡O inconstancia del espíritu humano! ¡O vanidad de las honras terrenas! Ahora comprendo por qué en medio de la alegría del

triunfo echó Jesus á llorar de repente: **Horraba á vista de la funesta mudanza que iba á verificarse en los afectos de aquel pueblo inconstante. Jesus mio, en este momento os amo y os reverencio: os suplico no permitais que llegue un dia en que os desprecie y ofenda por el pecado.**

Pero ¿á dónde vamos? ¿qué casa es esa? Si no me equivoco, es la de Anás situada cerca de la puerta de David, al pie del monte Sion. Sí, ella es. Mas ¿por qué llevan á Jesus ante Anás, que ha cesado de ser pontífice y no es mas que el presidente de la sinagoga? quizá porque es el suegro del sumo sacerdote actual; tal vez tambien se tribute esta distincion á su antigua dignidad ó al aprecio que goza en el pueblo. Oigamos... Mas satisfecho el anciano de haber visto á Jesus manda llevarle inmediatamente ante el sumo sacerdote Caifás. Salgamos pues y subamos el collado de Sion. ¡O mi amado Jesus! ¡vos delante de los jueces! ¡vos remitido de uno á otro para ser encausado por vuestra santidad! ¡Qué profunda humillacion!

Llegamos al palacio del pontífice sumo. No, el perverso que ha decretado la muerte

del hijo de Dios, es indigno de este nombre. El salon está lleno ya de sacerdotes, ancianos y escribas. A una hora tan incómoda todos están en pie y reunidos ya al rededor de su jefe. ¡Hipócritas! Si se tratára de hacer bien á un desgraciado, preguntadles si hubieran dejado la comodidad de sus casas; pero para juzgar á un hombre vilmente vendido, para condenar á un inocente, para cometer un horrible deicidio todos están despiertos y en pie. Deléngome, Dios mio, porque en este mismo instante me dicen mis remordimientos: tú tambien estás siempre en pie cuando se trata de hacer mal y de ofender al Señor; pero por el contrario, si hay que servirle, entonces todo te vuelve lentitud, pereza é indiferencia. ¡Me pareceré pues á estos malhechores? No, mi Jesus: si he faltado hasta hoy, perdonadme, pero en lo sucesivo quiero ser todo fuego para honraros y complaceros, y morir mil veces antes que contristar vuestro corazon con la ingratitud y el olvido.

Oigamos ahora lo que dice Caifás. Pregunta á Jesus acerca de sus discipulos y doctrina; como si tres años de predicacion pública no bastasen para darsela á conocer.

¡Perverso! no quiso instruirse de ella ni examinarla; preciso es que contradiga muy claramente la malicia de su conducta. Mas ¿qué va á responder Jesus? A media voz, con una sencillez del todo celestial, sin manifestar el menor disgusto, y con los ojos modestamente inclinados al suelo en señal de humildad dice: *Yo he hablado públicamente: siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo á donde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Por qué me preguntáis á mí? Preguntá á los que han oído lo que les he hablado*: ve ahí los que saben lo que yo he dicho. ¡O justa, ó verdadera, ó indulgente respuesta! ¿Era posible expresarse con mas serenidad, humildad y convicción? Ese es el modelo que debo yo imitar cuando sea preguntado; esas deben ser mi sinceridad y mansedumbre; así respondió mi Jesus al pontífice. Pero ¿qué veo? ¡Malvado! ¡cómo que te has atrevido á dar una bofetada á mi Redentor? ¡Tú, el obscuro siervo de la sinagoga, una bofetada por una respuesta que no merece ningun cargo! ¡una bofetada al hijo de Dios! ¡Oh! si no me contuviera la presencia de Jesus, te volvería mil veces ese atroz ultraje y añadiría tantos insultos y

golpes que pronto te arrepentirías de tu sacrilega audacia.

Pero yo revelaré al juez tu baja prevaricación. El juez ¡ah! se sonrie. ¡Con que aprueba un tratamiento tan ¡indigno! Goza de tu impunidad, pérfido, bien digno de servir á tales amos.

O mi Jesus, ¡y callais á vista de la nueva afrenta que se os acaba de hacer? Pues ¿no veis que la ofensa es enorme, imperdonable? Hablad... al fin va á hablar. Dios sea loado; oigamos. *Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si he hablado bien, ¿por qué me hieres?* O Dios mio, yo quedo confundido. ¿No teneis otras palabras contra el que os ha insultado tan gravemente? ¡Con que no aprobais mi indignación! ¡Con que deberá siempre triunfar la mansedumbre! ¡Ah! bondadosísimo y pacientísimo Jesus, con el corazon penetrado de la grandeza de este ejemplo depongo á vuestres pies mis iras y altanerías. No, no permitais jamás que yo me vengue ni aun con una sola palabra de desprecio. Cualesquiera que sean las afrentas que tenga que sufrir, todo lo recibiré con alegría y responderé tranquilamente como vos acabais de hacer.



CAPITULO XIII.



Mas ellos respondiendo dijeron: Es reo de muerte (S. MATEO, c. XXVI, v. 66).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos en el tribunal de Caifás. El sumo sacerdote está sentado con orgulloso continente y delante de él Jesus de pie y con las manos atadas, pero humilde y tranquilo.

Parece que Caifás quiere proceder segun las reglas, y llama á los testigos. ¡Cuántos son! Mas ¿qué podeis tener que declarar contra Jesus? ¿Le habeis visto jamás hacer un ademan, ni oido proferir una palabra opuesta á la justicia, digo mal, que no sea la

santidad misma? ¿No habeis gritado vosotros ó á lo menos no han gritado vuestros conciudadanos con transportes de admiracion: *Todo lo que él ha hecho está bien?* Pues ¿por qué esta mudanza? Malvados, os habeis dejado sobornar, habeis recibido algunas monedas por deponer contra la verdad. ¿Y creéis que la mentira puede sostenerse al mas leve examen que se haga de ella? Así es que se contradicen recíprocamente, y no hay un solo testimonio que venga bien con otro. En vano, sí, en vano os desatais en gritos y vociferaciones, y abultais las imputaciones calumniosas: siempre quedareis mas y mas confundidos. Pero ve aquí dos testigos que concuerdan en sus declaraciones; oigamoslos. *Este hombre ha afirmado, dicen ellos, que podia destruir el templo de Dios y reedificarle en tres dias.* ¡Cuán ciegos estais! Jesus hablaba de otro templo que el material, y expresaba su cuerpo que iba á entregar voluntariamente á la muerte, y que resucitaria por su propia virtud como lo hará de cierto. Pero supongamos que haya querido hablar de vuestro templo de marmol; ¿es tan grave delito el afirmar que podia destruirle y reedificarle en tres dias? Si

Jesús es Dios como realmente lo es, ¿qué dificultad hay en eso? Si no es Dios, es un demente, y entonces se le debe despreciar en vez de sujetarle á juicio.

Pero el mismo Caifás conoce la futilidad de semejante acusacion. Además los otros testigos no pueden ponerse de acuerdo entre sí. ¡Ah! mi Jesús, me alegro, vuestra inocencia está patente: ya estais libre. Pero no, Caifás está impaciente y quiere una sentencia decisiva. Siéntase en su tribunal y habla á Jesús con tono severo y solemne: *No respondes nada á tantas acusaciones y testimonios que se levantan de todas partes contra tí.* Sí, responded, mi Jesús, defendeos: ya que os han abandonado cobardemente los vuestros, tomad en la mano vuestra propia causa; que bien podeis.

¡Y Jesús calla! ¡O silencio maravilloso! ¡O prueba invencible de la paz inalterable de su corazón y de su inmutable paciencia! Pero también ¡qué muda reprehension para mí, que apenas me veo herido con una palabra injuriosa ó una leve acusacion levanto la voz con impaciencia! Ya os entiendo, mi buen Jesús: vuestro silencio me habla con mas elocuencia que todas las voces del

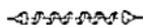
mundo. Tranquilizaos, vuestra conducta será el modelo de la mia.

Sin embargo Caifás quiere á toda costa que Jesus se explique y le dice en tono altanero: *Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo hijo de Dios.* Esta petición es irresistible. Jesus suplicado en nombre de su padre no puede menos de responder. Silencio, oigamos á este mansísimo cordero: *Tú lo has dicho; pero en verdad os digo que dentro de poco veréis al hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios y viniendo entre las nubes del cielo.* ¡O Jesus! ¡Qué rayo de majestad divina brilla en vuestro rostro! Si, yo lo creo. Vos que ahora de pie, con las manos atadas y en humilde actitud delante de vuestra criatura esperais su sentencia, vendreis un dia rodeado de vuestra terrible majestad para juzgar á todos los hombres, ¡Ah! quiera Dios que aquel dia sea para mí un dia de gozo y de consuelo.

Pero ¿qué veo? Caifás parece indignado se enfurece, rasga sus vestiduras y grita: *Ha blasfemado: ¿para qué necesitamos ya testigos? Ahora habeis oido la blasfemia: ¿qué os parece?* Responde una terrible gritería:

Es reo de muerte. ¿Es reo de muerte? Juez prevaricador, senado inieuo y vendido al crimen, ¿ba merecido Jesus la muerte porque ha confesado la verdad diciendo: *Yo soy el hijo de Dios?* ¿Y no lo ha probado hasta el dia con sus multiplicados prodigios y su doctrina celestial? No, perversos, vosotros no estais convencidos de que es reo de muerte; pero quereis á toda costa que muera.

Jesus mio, esos malvados se han marchado; mas ¿qué puedo yo hacer para libraros de sus manos? ¡Ah! excitad vuestra omnipotencia, mostradles que no los habeis engañado llamándoos el hijo de Dios, y destruidlos con vuestro rayo vengador. Pero no, Dios mio, vuestra sabiduría no es la sabiduría de los hijos del mundo. Hoy no sois mas que el hombre del dolor y de la humillacion. O corazon misericordiosísimo y pacientísimo de mi Señor, me quedo admirado á vista de semejante exceso de bondad. ¡Ojalá que esta divina leccion me aproveche á lo menos y me tenga siempre alerta contra los sentimientos ó los actos de venganza!





CAPITULO XIV.



Entonces le escupieron en el rostro (SAN MATEO, c. XXVI, v. 61).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Jesus en una habitacion reducida custodiado por soldados.

Bárbaros, ¿á dónde llevais á mi amado Jesus? ¿á esa habitacion que está á piso de calle? ¡Ah! dejadle á lo menos descansar tranquilamente á esta hora adelantada de la noche. ¿No veis cuán abatido está por la afliccion interior? Si le hubierais visto agonizar en el huerto de las olivas y sudar gotas gordas de sangre como yo lo he pre-

senciado.... ¿Qué haceis, desgraciados? ¡Dios mio! Le escupen en el rostro; ¡ó insulto horrible! Oid, oid las burlas y las insolentes carcajadas. ¿Es este, mi Jesus, el honor que se os tributa como hijo de Dios? Mas ved que un hombre de la vil multitud le ha dado una manotada y otro un revés. Y tú, malvado, ¿qué haces? ¿por qué tapas los ojos al augusto paciente? *Cristo, adivina quién te ha dado*, le dicen todos haciendo gestos y moviéndose de mil maneras. ¡O impiedad! ¡O maldad! ¿Puedo yo ser insensible á tan execrable escena? Pérfidos, en el día de las venganzas vereis rodeado de la formidable majestad de su justicia al que ahora tratáis con tanto desprecio: sí, le vereis. Mas aun cuando fuera un malhechor como suponeis, ¿por qué insultarle así? ¿por qué esa irrisión y mofa? ¿por qué esos golpes? ¡Ah! hombres furiosos, retiraos de aquí: quiero quedarme solo con mi Jesus, con mi misericordioso padre que está afligido. ¿No me ois? pues estas manos.... Callo, Dios mio: Jesus no aprueba este arrebató. Mi ardiente zelo os disgusta, ó mi bondadosísimo señor. Pero ¿no sentis los atroces ultrajes de que sois blanco? ¿No haceis caso de vuestra digni-

dad conculcada y de vuestro honor envilecido? ¡O paciencia admirable! ¡ó exceso de humillacion! Amable Jesus mio, ardo en deseos de imitaros. No me faltan las ocasiones de ser ofendido, despreciado é insultado; lo que me falta solamente es vuestra paciencia heroica, vuestra inalterable tranquilidad. Infundidas desde hoy en mi corazon, tan vivo y tan fogoso al primer ultraje que recibo. Mas no espereis que sea yo por mas tiempo espectador de una escena tan ignominiosa. Si no puedo arrancaros de las manos de esa soldadesca soez, me partiré, Jesus mio, llorando las afrentas que padeceis por mí.

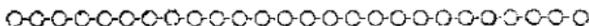
Me refugiaré en este atrio..... Pero ¿qué es lo que veo? Pedro está sentado á la lumbré entre los ministros y criados del pontífice. Su magnánimo valor se ha avergonzado, é interiormente se ha indignado de su flaqueza. Le he visto que seguia á Jesus lentamente y á lo lejos con otro discípulo y se ha detenido temeroso á la entrada del atrio. Aquel mismo discípulo ha venido tras nosotros, y es de creer que siendo conocido de Caifás habrá podido introducir á Pedro consigo. Mas ¿cómo este fogoso apóstol que ostentó tanto

valor en el huerto y manifestó la mas viva ternura á Jesus en tantas circunstancias, está ahora indiferente y tranquilo calentándose? ; Y en qué paraje! á pocos pasos de su divino maestro que ha sufrido tantos ultrajes y humillaciones. Me quedo confuso. ; Ah! si yo pudiera hablarle en secreto , le diria: Pedro , ¿no recuerdas ya las grandes promesas que hacias á Jesus en la última noche? Le asegurabas que estabas pronto á seguirle ya al cautiverio , ya á los azotes, ya á la muerte misma, si fuese necesario. Le repetias, y como si fuese poco le jurabas solemnemente, que no tendrías nunca la desgracia de negarle , aunque hubieras de morir á su lado. ¿ Por qué pues manifiestas ahora tanta negligencia y frialdad , como si se tratára allá dentro de una cosa enteramente extraña para tí? ¿ Por qué no vuelas en defensa de tu maestro ? Vuélvete, allí está. ¿ No ves á tu amado señor entre las manos de esos pérfidos , hecho objeto de irrisión y juguete de unos soeces criados? Ven, y acudamos todos inflamados de una santa indignacion.

Pero ¡ah! Pedro atento solamente á las conversaciones de aquellos criados está sordo á mis amonestaciones. ; Ah! Pedro, Pedro, las

circunstancias son muy críticas para tí: las personas que te rodean, la ociosidad, la indiferencia..... ¡Cielos! veo tu ruina inminente. Tiembla que se cumpla la profecía de tu divino maestro. ¡Ah! mi Jesús, ¡cuán peligrosas son para una alma la ociosidad, la tibieza y la compañía de los malos! Os suplico que me alejéis siempre de ellas: que yo trabaje constantemente por vos: que esté en union con vuestros siervos; y sobre todo que mi corazon se abraze sin cesar en el fuego de vuestro amor.





CAPITULO XV.



Pero Pedro le negó diciendo:
Muger, yo no le conozco (SAN
LUCAS, c. XXII, v. 57).

PRELUPIO. Imaginemos que estamos en el atrio del palacio de Caifás observando aparte lo que pasa.

Tiembla, Pedro: la ocasion es inminente: tu caida está probablemente próxima. ¿A qué viene entretenerse así en vanas conversaciones con los enemigos de tu señor, que al mismo tiempo lo son tuyos? Alguno de ellos podrá conocerte, y una vez conocido ¿tendrás valor de confesarte discípulo de un cautivo insultado, lleno de humillaciones y condenado? Vive prevenido.

Mis presentimientos son demasiado ciertos (1). ¿No veis con qué curiosa atencion considera aquella joven la cara de Pedro? Este estaba con aquel hombre, dijo señalando á Jesus. ¡Oh! no hay duda, tú estabas tambien con Jesus Nazareno. Ya lo habia yo dicho: Pedro ha sido descubierto; ¿qué hará ahora? *No, yo no le conozco: no sé lo que quieres decir.* Pedro, ¿con que no conoces á Jesus? ¿Qué palabra ha salido de tus labios? ¿Con que no conoces á Jesus? ¿Con que Jesus no es ya aquel á quien como discípulo sumiso no has abandonado jamás hasta hoy, á quien has jurado tantas veces una fidelidad eterna, á quien has proclamado el verdadero hijo de Dios y defendido poco há con tanto valor? ¡Y no conoces á Jesus! ¡Ah! Pedro, un vil temor te ha arrancado esa expresion fatal. Tienes miedo; mas ¿de qué? Recuerda las terribles palabras que tantas veces pronunció ese Jesus á quien te

(1) La narracion de la negacion de Pedro es un pasaje embarazoso para la concordancia de los evangelistas; no obstante espero que al que se tome el trabajo de comparar nuestra exposicion con el texto de aquellos, le parecerá satisfactoria. A lo menos si no se aprueba, no se condene sin un atento examen y un estudio especial.

glorias de no conocer ahora: *El que me confesare delante de los hombres, le confesare yo tambien delante de mi padre que está en los cielos.* Animo pues, repara tu falta y vuelve de tu extravio.

En efecto vedle que confuso y entristecido á la manera de un hombre que no sabe qué resolver, se levanta y se dirige lentamente hácia la puerta. ¡Cuán turbado parece! Esa es la funesta consecuencia de su culpa. ¿Qué hace en el vestibulo? El gallo canta; Ah! Pedro, ¿le has oido? Empieza á cumplirse la terrible prediccion de Jesus. Vuelve en tí, te lo ruego, y sal pronto de ese lugar que te ha sido ya tan funesto: da unos pasos y ya estás fuera. Haz por no estar abí cuando cante el gallo segunda vez. Pero ¡cómo! se vuelve atrás y va á calentarse de nuevo. Tal vez ha oido lo que decia detras una humilde criada cuando se levantaba él para marcharse: *Este es uno de los discipulos de Jesus;* y teme retirándose confirmar la sospecha. Insensato, salva tu alma que está en peligro, y en cuanto á tu cuerpo sea de él lo que Dios quiera.

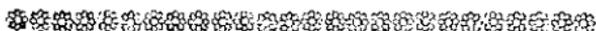
Acaso cree que volviendo destruirá lo que acaban de decir. ¡Ah! ¡cómo se engaña!

Prepárase otro asalto. *V tú eres verdaderamente uno de ellos.—No, yo no conozco absolutamente á ese hombre: os lo juro, no le conozco.* Pedro, calla por caridad y no añadas el perjurio á la mentira. ¡Qué triste lección, Dios mio! ¡Con qué rapidez nos precipita un mal que no se ha reparado, en otro todavía mas grave!

Mas el tiempo pasa. Pedro, ¿por qué no te marchas ahora? Permaneces obstinadamente en medio de los peligros en el lugar testigo de tu vergüenza: ¡qué deplorable ceguedad! ¡Ah! mi Jesus, á pocos pasos de ahí sois injuriado, beñado y acardenalado á golpes, y aquí vuestro amado discípulo se avergüenza de serlo y protesta con terquedad que no os conoce. Yo tomo parte en todos los sentimientos de vuestro corazón tan tierno y amante. Creo oiros repetir con el profeta David echando una mirada de compasión á aquel desdichado pecador: ¡Ah! si mi enemigo me hubiera llenado de maldiciones, habria yo soportado este ultraje; pero tú, amigo mio..... Es muy cierto, los disgustos que os causan vuestros amigos, á lo menos aquellos á quienes os dignais de honrar con este nombre por un exceso de bondad, hieren agudísimamente un corazón

sensible. Abandonado poco há por todos vuestros discípulos y ahora negado por el primero de ellos.... ¿Qué dirán los judíos al ver que aquel que se unió con mas constancia á vuestra persona, se avergüenza ahora de ser de los vuestros? ¡Ah! Jesus mio, me persuado á que la ingratitude del apóstol mas encumbrado en dignidad os ha afligido mas cruelmente que la mofa, afrentas y maltratamientos de todos esos perversos: porque al cabo ellos no tienen la dicha de conoceros, mientras que Pedro os ha proclamado el Dios verdadero, y luego... ¡Ó corazon de mi Jesus misericordioso, traspasado por una espada de dolor!

Pero, Dios mio, el que acusa tan libremente la infidelidad de vuestro apóstol, ¿no se ha parecido á él mas de una vez? Reservado para el amor y formado en la escuela de las doctrinas celestiales ¿no me he avergonzado en mas de una ocasion de parecer discípulo vuestro? ¿No he negado este título siempre que he pecado? Sí, sí, demasiado cierto es y lo confieso llorando; pero es cosa resuelta, os repetiré con la decision mas firme y sincera las protestas de Pedro: *Aunque hubiese de morir contigo, no te negaré.*



CAPITULO XVI.



Y habiendo salido fuera Pedro
lloró amargamente (SAN LUCAS,
c. XXII, v. 62).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Pedro sentado á la lumbre y calentándose entre los criados de Caifás.

Se ha pasado cerca de una hora, y todavía Pedro está allí. Ó Dios mio, no falta mas que una vez para que se cumpla la fatal prediccion de mi divino redentor. Ya veo acercarse al apóstol uno de los que están allí, y decir: *En verdad que este estaba con él, porque tambien es galileo.* Al oir estas palabras todos forman corro al rededor de Pe-

dro. Sí, no hay duda, tú eres uno de sus discípulos, porque tu habla te descubre.— Pero dime (ahora habla un criado de Caifás, pariente de Malco), ¿no te vi yo con él en el huerto? ¡Ah! Pedro, Pedro, ¿ves cómo ha crecido el peligro? Si te hubieras marchado al instante.... Pero en fin, ánimo, repara con una confesion generosa la indignidad de tus primeras negaciones. Mira á Jesus; allí está: ¿no te le han señalado mil veces con el dedo los que te rodean? Animo pues.... Pero ¿qué oigo? Pedro en lugar de volver en sí para llorar su culpa jura y perjura diciendo *que no conoce á aquel hombre, que no sabe quién es*. Buen Dios, se ha cumplido la terrible profecía. Pedro ha caido, ha pecado, ha negado á su divino maestro: ¡qué motivo de temor para mí! Si la columna en que debe descansar el edificio de la futura iglesia, se ha tambaleado, digo mas, se ha quebrado; ¿cómo me puedo yo lisonjear de perseverar siempre en el camino recto y permanecer fiel? ¡Ah! las ocasiones, las pruebas y los peligros son frecuentes tambien para mí, y no lo son menos las caidas, como me lo enseña demasiado una triste experiencia. Señor, sosténgame y

fortifíqueme vuestra mano todopoderosa con su asistencia.

Mas ¿qué oigo? el gallo canta de nuevo. ¡O contento! Pedro ha vuelto los ojos, y sus miradas se han encontrado con las de Jesús. ¡Mirada divina y penetrante! Pedro se escapa á toda prisa, corre, vuela. Vete, pecador arrepentido, vete á llorar amargamente tu fatal error. De aquí adelante recordarás lo que mas de una vez he tratado de ponerte á la vista, las promesas, los juramentos, las protestas y las gracias de todo género. Todo esto va á volverse una espada de dos filos, que te despedace el corazón y haga brotar dos fuentes de lágrimas de tus ojos penitentes. ¡Ó lágrimas dichosas, que lejos de excluir el perdón le merecen! ¡Ah! ¡si se quebrantára igualmente la dureza de mi corazón! ¡si despues de haber sido tantas veces tu fidelísimo imitador en las rebeldías contra mi Dios pudiera también confundir mis gemidos con los tuyos!

Mas ya el alba disipa las tinieblas de esta aciaga noche. Alabanza á Dios: el espíritu comienza á reanimarse. ¿Quién sabe si tal vez el día que viene será mas feliz para mi Jesús? Pero ¿quiénes son esos que se ade-

lantan por ese lado? Ancianos, sacerdotes y escribas. ¡Qué innumerable multitud! ¿Con que se reúne el sanhedrin? ¿y aquí en la casa de Caifás? Pues ¿no acostumbra congregarse en la fortaleza de Sion? Sin duda; pero el furor que los ciega y el frenético deseo de ver á Jesus condenado á muerte los hacen olvidar todas las leyes.

Ya conducen á Jesus á su presencia: oigamos lo que dicen unos jueces vendidos al odio y á la envidia. ¡Qué escena tan magnífica! todos sentados en forma de semicírculo y Caifás en medio. ¡Qué gravedad! Pero en vano intentais, pérfidos, ocultar vuestra injusticia con la máscara de la puntualidad y la regularidad. Jesus está en pie delante de vuestro tribunal por segunda vez: ¿qué quereis de él? Pregúntanle: *Si tú eres Cristo, dinoslo.* ¿Estais locos ú os burlais? ¿Cuántas horas hace que habiendo declarado que es el Cristo habeis proferido gritos de muerte contra él? ¿Quereis que confirme esta declaracion para vuestra vergüenza y desesperacion? Pues bien lo hará: Jesus os responde con la admirable tranquilidad que es habitual en él: *Si os lo dijere, no me creereis; si os preguntáre, no me*

respondereis, ni me sollareis. Mas despues de esto el hijo del hombre estará sentado á la diestra del poder de Dios. ¡Ó respuesta llena de sabiduría! Jesus lee en el corazon de aquellos malvados y ve que en su interrogatorio no buscan mas que la ocasion de condenarle en vez de proponerse la indagacion de la verdad. No obstante los jueces insisten: Luego ¿tú eres el hijo de Dios? Pero esto es cansar ya demasiado la paciencia ajena. ¿Deberá Jesus repetirlo por tercera vez? Sin embargo lo hace y responde con su inalterable mausedumbre: Vosotros decís que yo soy.

¡Oh! ¡qué murmullo y qué rumor confuso se oye en los diferentes puntos del salon! Todos prorumpen en gritos de alegría y triunfo como si hubieran convencido al Señor del supuesto delito: *¿Qué mas testimonio queremos ya, pues nosotros mismos lo hemos oido de su boca? ¿Y qué es lo que le habeis oido confesar por su propia boca? ¿que es hijo de Dios? Esa es la misma verdad; pero vosotros no la quereis. Así deseais á toda costa la muerte de Jesus: ¡qué escandalosa injusticia! Examinad antes si tiene razon de llamarse hijo de Dios, consi-*

derad sus obras , consultad sus milagros. Vanos esfuerzos: los hombres de la violencia lo han resuelto asi y no dan oidos mas que á su furor. ¡Ó terrible verdad! Cuando nos tiraniza una pasion , la voz de la razon no es escuchada. Jesus mio, preservadme de tan fatal obcecacion y sofocad en mi corazon toda semilla de pasion humana para que solo reine en él vuestro santo amor.





CAPITULO XVII.



Y él despues de haber tirado las monedas de plata en el templo se retiró y fué á colgarse de un lazo (SAN MATEO, e. XXVII, v. 5).

PRELUDIO. Imaginémonos ver á Jesus conducido fuera de la casa de Caifás con las manos atadas, y al rededor de él todo el sanhedrin.

¿Con que habeis pronunciado la sentencia? Jesus es reo de muerte, y ahora le llevais al juez romano para que ejecute la execrable sentencia. Mas decidme, pértidos, ¿en qué se funda este sacrílego proceso? ¿Dónde están las acusaciones? ¿Dónde las pruebas?

¿Dónde los delitos? Temblad, la justicia divina prepara ya sus rayos para vengarse de vuestro atentado.

Pero ¿qué hombre es ese que se dirige al templo? Si no me equivoco es Judas, sí, el mismo Judas. ¡Qué siniestra traza y qué turbación en toda su persona! Deseo con ansia saber qué designio medita este perverso. Mientras mi Jesús es conducido al pretorio, acerquémonos al traidor que ha vendido al Señor, y luego iré á reunirme con este.

Judas, ¿en qué piensas? probablemente has sabido que tu maestro acaba de ser condenado á muerte. Sí, ese es el fruto de tu infame vileza: goza de tu crimen, malvado; verás correr la sangre divina y te acordarás que eres tú quien la ha derramado. Pero Judas parece fuera de sí; sus torvos ojos en que está pintado el desvario, su semblante lívido y cubierto de una mortal palidez, su modo de andar incierto y vacilante.... ¡Ah! ahora es cuando conoce las consecuencias de su delito: sin duda no creía que llegase hasta ese punto el furor de los enemigos de su maestro. Vuelve en tí, Judas: vamos, haz un esfuerzo heroico. Parece dispuesto á intentarle: examinemos.

Ya estamos en el templo: Judas se acerca á los sacerdotes y ancianos que se habian quedado allí, y les dice: *He pecado entregando la sangre del justo.* Y apenas acabadas estas palabras les vuelve las treinta monedas de plata, precio del execrable deicidio. Tomad, malvados, tomad ese dinero odioso con que habeis comprado la vida de un inocente, de un santo, del que ha derramado sus beneficios á manos llenas sobre vosotros. Tomadle....

Mas los inícuos se vuelven á Judas y con amarga sonrisa y fría indiferencia le dicen: *¿Qué nos importa? Miráraslo antes.* ¡Con que qué os importa! Así es indiferente para vosotros haber sabido que la sangre comprada á vil precio era de un justo, de un inocente: así cerrais los ojos á todo rayo de luz: así rehusais abrirlos á la verdad. Pérfidos, llegará un dia en que no tengais disculpa, y este hecho solo bastará para convenceros de maldad voluntaria y pensada. ¡Cómo! haceis escrúpulo de poner en el tesoro este dinero porque es el precio de la sangre; así es que pensais comprar con él un campo que sirva para cementerio de los forasteros; pero os importa poco que con el

mismo dinero hayais cometido el crimen mas horrible de todos, y no os remuerde la conciencia. ¡Hipócritas!

Judas indignado tira las fatales monedas en el suelo con todas las señales del furor y se va.... Sígole. ¡Ó Judas! ¡Qué consuelo me hace sentir tu conversion á mejores sentimientos! Por fin reconoces tu culpa y ya estás arrepentido; lo veo. La generosa accion que acabas de ejecutar públicamente, es una prueba manifiesta de que te horrorizas de tu provaricacion. ¡Dichoso tú, Judas, que has reconocido tu crimen á tiempo! Ven, ven conmigo, yo te llevaré á presencia de otro apóstol que tambien ofendió á Jesus, y que vuelto en sí lava ahora con lágrimas la mancha de su alma. Ambos llorareis juntos, y Jesus en su misericordiosa ternura os concederá al uno y al otro un perdon absoluto. Pero me engaño; Judas no me oye, y fuera de sí corre buscando no sé qué cosa. Dios mio, ¡qué aspecto! Sus labios están cárdenos: sus miradas son vagas: todo su cuerpo tiembla. La razon es que se le representa la sangre de Jesus: no oye mas que los gritos de esta sangre; y ahora conoce á quién ha hecho traicion.

¡Ó dolor! ha cogido un lazo..... Judas, adivino tu pensamiento: por caridad detente y no añadas á tus crímenes otro que sea irremediable, la desesperacion. Pide perdon, implora la misericordia y te aseguro que la hallarás.

Todo es inútil. El discípulo se ha ahorcado con el lazo fatal. ¡Ó espanto! Su cuerpo se rompe por el medio, y todas sus entrañas se derraman por el suelo; espectáculo horrible que mi vista no puede soportar mas tiempo. ¿Qué has hecho, desdichado Judas? Te has perdido para siempre. ¡Ah! apartémonos de una escena tan funesta y volvamos con Jesus. Pero una reflexion me oprime el corazon. ¡Cuántas veces no he imitado yo á Judas haciendo traicion á mi dulcísimo redentor! ¿Querria imitarle tambien en sus remordimientos sin esperanza? No, no, desesperarme jamás. Dios mio, por horrendas que sean mis culpas, quiero esperar siempre en vuestra infinita bondad, que abre incesantemente los brazos para recibir á todo el que con sinceridad vuelve á ella.





CAPITULO XVIII.



Mas Jesus se presentó ante el gobernador (S. MATEO, c. XXVII, v. 11).

PRELUDIO. Imaginemos ballarnos en el camino principal que atraviesa á Jerusalem de poniente á levante, y precisamente á la puerta del pretorio de Pilato, donde se ha reunido la multitud de los magistrados ju díos.

Llego á tiempo: en este instante acaba de entrar Jesus en el pretorio. Pero ¿por qué no le siguen tambien sus acusadores? ¿No deben comparecer ante el mismo tribunal? No se lo permite la delicadeza de su

conciencia: tienen que comer la víctima pascual, y por eso temen mancharse entrando en la casa de un idólatra. ¡Hipócritas! Razon tenía Jesús cuando decía por vosotros: *Separais los insectos y tragais los camellos: purificais lo exterior del vaso y por dentro estais llenos de toda especie de inmundicia.* ¡Ah! no permita Dios que se encuentren aun entre los cristianos algunos hombres, que despues de haber pecado sin freno ni medida se aficionan luego supersticiosamente á ciertas prácticas exteriores de piedad. Estos tendrian bien merecida aquella repreusion de Jesús: *Este pueblo me honra con los labios; pero su corazon está lejos de mí.* Se parecerian á aquellos hombres sin fé, que al paso que temian contraer alguna impureza legal entrando en la casa de Pilato porque era pagano, no vacilaban en manchar su alma sacrificando á su injusto furor el inocente cordero Jesús.

Ved que sale el mismo Pilato; cosa digna de elogios. El juez descende hasta interrogar por sí propio á los acusadores. Oigamos lo que les dice: *¿Cuáles son vuestras quejas contra este hombre?* Ahora ya que se trata de imputacion, oigamos lo que pueda

inventar la calumnia: *Si no fuera un malhechor, no te le hubieramos entregado.* ¡Qué altanería y qué arrogancia! Se desdennan de producir las acusaciones delante del juez só pretexto que debe dar ciega fé á su palabra. Verdaderamente tienen una justicia tan manifiesta, que es preciso creerlos sin titubear en vista de su declaracion de que es un malhechor. ¡Calumniadores hinchados de orgullo! ¿qué les responderá Pilato? *Lleবাদle pues y juzgadle vosotros mismos segun vuestra ley.* Bien dicho: ¿acaso el juez es un siervo de ellos, que está obligado á cumplir sus órdenes sin saber la causa? No obstante lo replican: *A nosotros no nos es permitido quitar la vida á nadie.* Es verdad que no teneis licencia para eso; pero si el gobernador romano os concede tal facultad por esta vez, ¿de dónde procede que no aceptais la oferta? Hombres de iniquidad, ya os entiendo. No os basta que Jesus sea condenado á muerte, sino que ademias quereis que muera del modo mas bárbaro é ignominioso, es decir, en el suplicio de la cruz; y como la ley de Moisés le prohíbe, haceis todos vuestros esfuerzos para que el gobernador mande ejecutar la sentencia. ¡Qué

malicia tan refinada ! ¿Y sois vosotros los caudillos del pueblo , los ancianos , los sacerdotes del templo ? Pobre Israel , infeliz Judá , ¿ en qué manos has caído ! ¿ De qué voraces lobos eres presa !

Pero ved que el temor de que queden frustradas sus esperanzas los induce á producir mas acusaciones. El odio ha triunfado del orgullo ; oigamos : *Hemos sorprendido á este hombre pervirtiendo nuestra naciom, impidiendo que pague el tributo al César y diciéndose el rey Mesias.* Indignos embusteros, calumniadores descarados, ¿ qué prueba presentais de que mi amable Jesus haya pervertido jamás al pueblo y excitádole á la rebellion ? ¿ No es él quien ha inculcado á los judíos el precepto de obedeceros á pesar de vuestros crímenes y maldades por respeto á vuestra dignidad ? Decís que ha impedido que se pagase el tributo al César ; pero cuando fué preguntado sobre este punto, ¿ no respondió en el acto : *Dad al César lo que es del César ?* ¿ No hizo un milagro para poder pagarle él ? Que haya dicho ser el Mesias es cierto ; pero que haya querido ser rey es una falsedad insigne : ¿ no os acordais cómo se ocultó del pueblo solícito , que

admirado de sus prodigios queria coronarle su soberano? Ahí teneis vuestras imposturas, viles falsarios. ¿Y con qué cara podeis afirmar lo que desmienten los hechos mas públicos y ruidosos? ¡Desgraciado el hombre que se deja arrebatat de la pasion del odio! La verdad se oculta inmediatamente á sus ojos: no se avergüenza ya de nada; y no le arredrarán las mentiras mas calumniosas y mas difíciles de sostener.

¡Ah! Dios mio, el ejemplo de estos impíos me hace temblar. ¿Podré yo, que vivo bajo una ley de amor y caridad, dejarme jamás cegar por la ira y la aversion á mi prójimo, de modo que me parezca á los traidores que vendieron la sagrada persona de vuestro hijo? No, Dios mio; si hasta ahora me ha sucedido esta desgracia, tengo la dulce esperanza de que no me sucederá en adelante.





CAPITULO XIX.



Pilato llamó á Jesus y le dijo:
¿Eres tú el rey de los judíos?
(SAN JUAN, c. XVIII, v. 35).

PRELUPIO. Imaginemos ver á Pilato que vuelve al pretorio donde se habia quedado Jesus, y entremos con él.

Pilato ha oido las acusaciones y se vuelve al pretorio sin duda para hablar á Jesus.

Ó mi Jesus, ¡con que os vuelvo á ver! ¿Qué habeis hecho hasta aqui solo con estos soldados? ¿Habeis oido las sacrílegas calumnias? ¿No os han conmovido? ¡Oh! no: sois modelo admirable de resignacion tranquila y animosa. Ya viene Pilato á preguntaros: *¿Eres tú el rey de los judíos?* El misericordio-

so Jesus le responde con bondad: *¿Dices esto por tí mismo ó te lo han dicho otros de mí?* —Pues ¡qué! ¿acaso soy yo judío para poder saber quien eres tú y lo que significa la acusacion de querer hacerte rey? Tu nacion y los pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho? Lo que ha hecho Jesus, voy á decírtelo yo, Pilato. Ha ilustrado á los hombres con una doctrina celestial; ha disipado las tinieblas del error; ha enseñado la obediencia á las potestades, la mansedumbre para con los inferiores y la mutua caridad; ha sanado á los enfermos y resucitado á los muertos; en una palabra ha dado nueva vida á toda la tierra. Jesus mio, respondedle con estas palabras y decidle lo que habeis hecho. ¿No? ¿y por qué? ¿habeis resuelto no defenderos jamas? ¡O extremo de humillacion! ¡O colmo de paciencia verdaderamente divina! Sin embargo hay que responder. Jesus abre la boca y dice: *Mi reino no es de este mundo: si mi reino fuera de este mundo, mis siervos pelearian ciertamente para que no fuese yo entregado á los judíos; mas ahora no está mi reino aquí.*

Pues ¿dónde está vuestro reino, mi amado Jesus? En el cielo, en el seno del Padre.

en la inmutable eternidad; si, allí donde deciais ayer noche que ibais á preparar un reino, reino de bienaventuranza donde se goza una paz inalterable, donde nuestras voluntades no serán ya rebeldes á la vuestra, sino que reinareis con suma amabilidad en todos los corazones. Ya reinais ahora en la tierra; pero no sobre los mundanos, porque muchísimos de ellos sacuden vuestro yugo con ser tan amable. Pero en el cielo, ¡oh! en el cielo reinareis absolutamente como habeis reinado en el seno del Padre entre los esplendores de los santos desde el principio de la eternidad. Venga pues vuestro reino (permitidme, ó Jesus, que ore como me habeis enseñado), donde despues de haber triunfado de nuestros errores y nuestros enemigos os sirvamos en toda paz y libertad.

Pilato replica entonces: *¿Con que tú eres rey?* Y responde Jesus: *Tú dices que yo soy rey. Para esto he nacido y venido al mundo, para dar testimonio á la verdad: todo el que es de la verdad, oye mi voz.* Ya entiendo por qué guardó Jesus silencio cuando Pilato le preguntó lo que habia hecho. Ahora que le pregunta si es rey le da una respuesta. Poco há solamente podian padecer su

honra y su fama; pero al presente padecería la verdad: negar que es rey en el sentido que habia expuesto ya, sería una mentira. ¡Ah! ¿cuándo podré yo imitar tan admirable ejemplo de profunda humildad, de desinterés personal y de celestial prudencia? ¿Cuándo podré, en vez de responder con violencia á todas las acusaciones y cansarme en mi justificacion y en la alegacion de mis supuestos méritos, guardar un silencio tranquilo y no abrir los labios sino en tanto que lo exijan la honra de Dios y el interés de la verdad? O mi divino maestro, haced que yo retenga una vez las grandes lecciones que me dais.

Pilato le pregunta de nuevo: *¿Qué es la verdad?* ¡Pregunta singular! claramente se ve que procede de un corazon turbado. No obstante Jesus te lo dirá, te hará conocer en qué consiste la verdad suma, y te la presentará sencilla y cándida como es. Entonces conocerás que tú y tus idólatras compatriotas sois el juguete de enormes errores y de muchas imposturas. ¡Ah! ¿quién sabe? tal vez es esta la ocasion propicia para tu conversion, y está ya pronto á brillar el rayo benéfico de la luz divina: escucha pues. ¡O

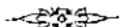
dolor! Pilato ha salido sin aguardar la respuesta. Imprudente, desgraciado, has perdido la coyuntura favorable de salvarte y quizá para siempre.

Amado Jesus mio, ¡qué ceguedad! ¡cerrar los oídos á vuestras divinas palabras! ¡Cuántas gracias se pierden en un solo instante! Preservadme de la desgracia de imitar á este juez insensato: hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha. ¿Y á quién puedo dirigirme sino á vos, que tenéis las palabras de la vida eterna? Enseñadme siempre, ó Jesus, y dadme á conocer la verdad. Apréndala yo de vuestra boca.





CAPITULO XX.



Yo no hallo en él ninguna causa de muerte (SAN JUAN, c. XVIII, v. 58).

PRELUDIO. Imaginemos que seguimos á Pilato, el cual acaba de salir del pretorio por segunda vez para hablar á los judíos.

Pilato ha salido: permitid, Jesus, que yo le siga: quiero ver qué efecto han hecho en su ánimo vuestras palabras celestiales.

Ya está delante de la junta en que los magnates de Jerusalem esperan con visible impaciencia la sentencia que han pedido. Oigamos si por casualidad la pronuncia Pilato: *Yo no hallo en él ninguna causa de muerte*. Dices la verdad, Pilato: ¿con que tú

también has conocido la inocencia de mi Jesus? ¡O gozo! ¡O triunfo! Salto de alegría al ver que á lo menos queda una alma donde penetra la verdad. Pero dime, Pilato, ¿con qué fundamento puedes tú declarar que no hallas ninguna causa en Jesus para condenarle? Los candillos de la nacion judaica han presentado multiplicadas acusaciones en tu tribunal, y tú sin comprobar ninguna, es cierto, no has dejado de desmentirlas. Jesus no ha dicho una sola palabra para justificarse, y lo poco que ha hablado, no era con ese fin. Si no me equivoco, el lenguaje de Jesus penetrando hasta lo íntimo de tu corazon te ha convencido de su inocencia. Gloria á Dios, porque á pesar de las tinieblas de tu idolatría has visto mas claro que el pueblo que conoce al verdadero Dios. En efecto ¿qué alma podria resistir á esos acentos divinos á no alucinarla la prevencion ó cegarla el odio? La serenidad en medio de las calumnias mas atroces, la paz en medio de las mas escandalosas injusticias, la oportunidad de las respuestas, la ingenuidad de las palabras, el tono dulce de la voz, el exterior apacible y el valor unido á la modestia mas amable son unas prue-

bas de inocencia mil veces mas aventajadas que todos los testimonios ajenos. El impío no sabe dominar su turbacion, ni sofocar la violencia de su desden aguijoneado por las acusaciones. ¡ Ah! mi amadisimo Jesus, ha bastado vuestra palabra para convencer á Pilato. ¿ Y quién no se convenceria con él? ¡ Oh! ¡ por cuán dichoso me tendria yo si pudiera imitar en mi conducta habitual vuestra serenidad, mansedumbre, paciencia é inalterable bondad, cuando me ofenden las burlas, me enojan las injurias, me afligen las calumnias y me abaten las persecuciones!

Pero ¿ guardarán silencio los enemigos de mi Jesus? ¿ Qué mas quieren? Bien claro ha hablado Pilato. Mas oigo una griteria insolente, una agitacion de siniestro agüero y un tumulto furioso. ¡ Ah! pérfidos, no pedís un proceso, sino una condenacion injusta y ciega. Callad, hombres perversos é indignos, que deshonorais á la nacion judaica. Y tú, Pilato, ¿ guardas silencio? Testifica, testifica públicamente el eco que hizo en tus oidos la voz de esa inocente víctima, á quien quieren condenar á muerte á toda costa: diles lo que tienen de sobrehumano sus palabras: di-

les..... Pero Pilato no me oye porque está aturdido con la confusa vocería..... Llama á Jesus. Venid, Jesus mio, venid á ver el furor de vuestros acusadores y la debilidad de vuestro juez. Oid cómo se aumentan los gritos y el pataleo á vuestra vista y cómo se acumulan las calumnias. El mismo Pilato os lo dice: ¿Y no respondes nada? ya ves qué acusaciones hacen contra tí y cuántos testimonios se levantan en contra. Mas Jesus oye tranquilamente con los ojos bajos y guarda silencio como si se tratara de otro. Razon tienes, Pilato, para maravillarte viendo un hombre que acusado por todos no despega los labios para decir una sola palabra de justificacion ó mas bien no aparenta darse por entendido. Sin embargo se redobla la gritería, y el silencio mismo de Jesus que tiene pasmado á Pilato, aumenta el furor de aquella turba frenética: *Es un malhechor, un endemoniado, que ha levantado el pueblo esparciendo sus doctrinas por toda la Judea desde la Galilea hasta aqui.* Al oír la palabra Galilea quedó sorprendido Pilato y dijo para sí: Tal vez este es galileo: siéndolo, todo va bien, porque es súbdito de Herodes. Este último se halla precisamente ahora en Je-

:

rusalem: llevadle á su presencia. Dejo el juicio de este proceso á su decision.

¡ Ah! Jesus mio, nadie quiere declarar vuestra inocencia. ¿ Y por qué os envian ahora á Herodes? O mi amable maestro, ¡ cuántos ejemplos de humilde obediencia y de paciencia inalterable debiais darnos antes de salir de este mundo! Que sepa yo á lo menos imitarlos.





CAPITULO XXI.



Herodes se alegró mucho viendo á Jesus (S. LUCAS, c. **xxiii**, v. 3).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Jesus entre los soldados y llevado fuera del pretorio.

¡Cosa admirable! tantos procedimientos, tantos tribunales y jueces para fallar sobre la suerte de Jesus. Ya estamos otra vez en camino para comparecer delante de Herodes, y lejos de retirarse la turba pérfida de sacerdotes, escribas y ancianos siguen nuestros pasos con toda la furia y desorden que acostumbran. Lobos crueles, no

os aquietareis hasta que hayais apagado vuestra sed con la sangre de este inocente cordero.

Allí en el fondo de aquella callejuela obscura se levanta el palacio de Herodes, si no me equivoco. El es, entremos: ya hemos pisado el umbral del salon. Herodes sentado en su trono con una actitud orgullosa y rodeado de su corte hace llevar á Jesus á su presencia. ¡Qué asombroso espectáculo! ¡Jesus en el tribunal de Herodes! ¡El santo de los santos en frente del impío! ¡La virtud por esencia reducida á ser juzgada por la perversidad y la iniquidad! ¡O profunda humillacion!

Pero Herodes aparenta modales corteses y parece gozoso de ver á Jesus. No lo ignoro, las cosas extraordinarias que ha oido contar acerca de su persona, han excitado en él un vivo deseo de conocerle y contemplar por sus propios ojos alguno de los prodigios cuya fama ha llegado á sus oidos. Pregúntale; pero sobre cualquier otra cosa que la causa de que se trata. Lo que él quiere ver es un milagro. Y Jesus calla. Verdaderamente yo creia que Herodes se hubiese enojado; pero no, continua mostrando afables

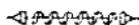
modales é insiste en hacer preguntas sobre preguntas. Y Jesus calla. ¿Qué significa ese riguroso silencio, mi amado padre? Mirad que Herodes está bien dispuesto á vuestro favor. ¿Quién sabe si tal vez la sabiduria y mansedumbre celestiales de vuestras palabras producirán en esta alma el mismo efecto que en la de Pilato? Y si Herodes publica tambien vuestra inocencia, ¿qué importan entonces los clamores de vuestros enemigos? Os salvais.

Herodes sin embargo repite sus preguntas, y vos, Jesus mio, callais todavía. Explicadme, os suplico, este misterioso silencio. Vos respondisteis á Pilato. ¿No veis adelantarse á vuestros acusadores? Oid, oid, vienen á repetir las mismas imposturas contra vos. ¡Cómo os llenan de oprobios! ¡cómo os maltratan! Decid una sola palabra á lo menos para justificaros, y al instante se persuadirá Herodes, que no está prevenido contra vos. ¡Y continuais callando! Vuestra conducta me confunde, ó mi Jesus, y no puedo comprender nada de un silencio tan tenaz. Advertid que Herodes se rie ya y se mofa de vos. ¡Cuántos ultrajes! Soldados, criados y cortesanos del príncipe, to-

dos imitan las insolentes provocaciones de este: ¿no oís las risotadas y los nombres injuriosos que os ponen? Ellos os llaman extravagante, insensato, qué sé yo.... ¡Ah! Jesu mio, por compasion, por honor de vuestro padre celestial hablad y manifestad delante de todos vuestra divina sabiduria. ¡Todavía callais! Pues yo hablaré por vos. Burlones soeces, no conocéis al que teneis delante: ¡ah! si le conocierais, no le tratariais así. Porque calla, le teneis por demente; mil veces mas extravagantes sois vosotros que hablais tan fuera de propósito. Pero ¿á qué viene ese manto real cuya brillante blancura se lleva los ojos? ¿Por qué se le poneis á Jesus? ¡Tratar á mi Salvador como rey de farsa! ¡ Ah! ese era el último ultraje que faltaba. Desgraciados, algun dia conoceréis si es rey verdadero, cuando en medio de su terrible majestad y rodeado de toda la corte celestial aparezca en las nubes del cielo. Entonces vuestros desprecios é insultos se convertirán en llanto: entonces os arrepentireis formalmente.

Pero decidme al fin, mi Jesus, por qué no proferis una sola palabra. ¡Cuán insensato soy! Ese silencio evidencia la sabiduria

y presciencia del Señor, el cual leía el corazón de Herodes y sabía que su cortesanía y sus preguntas en vez de provenir de un espíritu de obediencia y de amor de la verdad eran inspiradas solamente por un espíritu de curiosidad vana y carnal: por eso no se digna de honrarle con una sola respuesta. Yo admiro, ó Jesus, vuestra divina sabiduría en el silencio que guardasteis primero; pero permitidme que admire todavía mas vuestra celestial paciencia en el que ahora guardais. ¡Callar en medio de tantas mofas y burlas y entregarse como víctima resignada á todos los caprichos del desprecio mas insultante! ¡Oh! ¡cuán preciosa humildad y paciencia! Y yo si reflexiono un poco, advertiré cuán difícil es para mí callar cuando me ha ofendido la ironia de mi prójimo, y sobre todo cuánto me cuesta abandonar mi persona á la irrisión y al ultraje. Pero á vista de tal ejemplo ¿cómo tendré yo valor de irritarme? O mas bien ¿cómo no he de gozarme del insulto? Sí, Jesus mio, justísimo es que si el señor es tratado así, no lo sea de otro modo el siervo.





CAPITULO XXII.



Y en el mismo dia Herodes y Pilato se hicieron amigos, porque antes eran enemigos uno de otro (SAN LUCAS, c. XXIII, v. 12).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Jesus, que atado y cercado de soldados es conducido segunda vez al pretorio de Pilato. Tras de él va todo el sanhedrin y la turba del pueblo que ha acudido á gozar del espectáculo.

¡Admirable juicio el de Herodes! la burla, el desprecio, el ultraje bajo todas las formas, y luego la remision á Pilato. ¡Ah! Jesus mio, ¿hasta cuándo sereis el juguete de los hombres? La serenidad de vuestro exte-

rior y vuestra humildad y modestia me roban el corazón, y no puedo contemplar vuestra prodigiosa mansedumbre sin derramar lágrimas de ternura y compasión. Misericordioso Jesús, vuestro espíritu está pronto; pero vuestro cuerpo desfallece. Abatido por la agonía que habéis pasado en el huerto, por el sudor de sangre, por las ligaduras que os oprimen en este instante, por los insultos y fatigas de la noche anterior, por lo que habéis andado de una parte á otra sin descansar, no podeis echar el aliento, y cada movimiento es un esfuerzo para vos; estais pálido, y en toda vuestra persona se descubren el dolor y la extenuación. O azucena admirable del valle, ¿qué planta atrevida os ha pisado y ajado vuestra hermosura y lozanía! Y sin embargo al ver que á pesar de vuestra debilidad y desfallecimiento os dejais conducir á donde quisieren vuestros enemigos, ¿cuán alentado me siento para arrostrar á la fatiga y obedecer no obstante la repugnancia y el abatimiento de la carne!

Volvemos pues por segunda vez al pretorio. ¿Qué oigo? Pilato y Herodes deponen las enemistades que hasta este día habian

reinado entre ellos, y la recíproca cesion que se hacen de su derecho en el juicio del Salvador, viene á ser un vinculo de reconciliacion entre ambos. ¡O admirable influencia de la mansedumbre de mi Jesus! Isaias le habia llamado en sus proféticas visiones el príncipe de la paz, y donde quiera que se muestra el Señor, lleva consigo la paz y la concordia, siendo hasta para sus enemigos un instrumento de paz. ¡Ah! ¡qué diferencia entre él y mí que tantas veces y en tantos lugares he llevado los sinsabores y la discordia conmigo! O padre mio, ó rey pacífico, haced, os suplico, que mi actitud, mis obras, mis palabras y toda mi persona respiren de tal modo el sosiego y la serenidad, que pueda yo merecer tambien el excelente dictado de ángel de la paz.

Ya sale Pilato del pretorio y se dirige hácia aquellos judíos bárbaros, que á manera de lobos sedientos de la sangre de mi salvador no se apartan de él. Oigamos al gobernador romano: *Me habeis presentado este hombre como alborotador del pueblo, y ved aquí que preguntándole delante de vosotros, no he hallado en él delito alguno de cuantos le acusais. Ni tampoco Herodes, pues á él os*

remiti, y ya veis que nada hizo digno de muerte. Pues yo le soltaré despues de castigarle. O Pilato, la rectitud del juez ha hablado por tu boca; solo quisiera que me dijese dónde está el motivo de la correccion que propones. Examina bien la vida de este inocente, y hallarás que en vez de castigo merece toda especie de honores.

No obstante la justicia de Pilato no se aviene con la injusticia de los judíos. Oid qué furia y qué gritos rabiosos. Mas ¿qué es lo que pedís al juez, pérfidos? ¿Debe proceder segun la ley ó hacerse vil instrumento de vuestro sacrílego furor? Eso es lo que quisierais, bien lo sé; pero espero que Pilato no se dejará arrastrar á la violencia. En vez de ceder hace señas que quiere hablarles de nuevo; pero ¿por qué no se muestra firme y severo? El respeto, los miramientos... ¿Qué respeto ni qué miramientos? Esos malvados no merecen ninguno. Bien lo ves por tí mismo, Pilato; si han traído á Jesus delante de tí, no es porque hayan advertido en él ningun delito real, sino porque le aborrecen por envidia. Asi pues... Pero Pilato pensativo parece que ha hallado cierto arbitrio, y les dice: *Non ignorais que es costum-*

bre soltar á un preso en la fiesta de Pascua: ¿á quién quereis que suelte? ¿á Barrabás ó á Jesus llamado el Mesias, rey de los judios?
 ¡O dolor! ¿qué es lo que oigo? ¡Con que mi Jesus estaba reservado para sufrir un paralelo tan humillante! ¡El cordero inocentísimo comparado á un salteador de caminos, á un sedicioso y á un homicida! ¡Comparado á un salteador el que nos ha enseñado á sacrificar hasta lo que nos corresponde! ¡Comparado á un sedicioso el que con sus palabras y ejemplo nos ha enseñado que debiamos obedecer y someternos á las potestades superiores! ¡Comparado á un homicida el que ha restituido la salud á los enfermos y la vida á los muertos! ¡Comparado á un vil facineroso aquel ante quien apenas se alreven á levantar los ojos los ángeles mas puros y encumbrados en la gerarquía celestial! ¡Y se puede elegir entre Jesus y Barrabás! ¡Y hay duda! ¡Y se establece alguna semejanza entre las dos partes! Dios de bondad, si esto no es el extremo de la mas profunda humillacion, no sé qué nombre darle. ¡Ah! ¿es esta tu justicia, Pilato? ¿No ves que dejando así á los judios la eleccion entre un culpado y un inocente los tratas

á ambos del mismo modo? ¡O ceguedad!

Mas ¡qué cargo tan grave se presenta aquí para mí, que no puedo tolerar que se me compare con un igual, y mucho menos con un inferior! ¡Qué cargo al ver que el humildísimo Jesus oye con el mas profundo silencio el injurioso paralelo entre él y un ladron insigne! O Jesus, caiga mi orgullo una vez para siempre delante de vuestro sublime abatimiento, y déme vuestro ejemplo valor para sufrir en paz cualquiera comparacion, por mas ignominiosa que me parezca.





CAPITULO XXIII.



Entonces volvieron todos á gritar diciendo: No á .ese, sino á Barrabás (SAN JUAN, c. XVIII, v. 40).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Pilato delante del pretorio, dentro á Jesus atado y detrás todo el sanhedrin con gran parte del pueblo.

¿Por qué es esta tardanza? Oigamos la inicua respuesta á la propuesta de un juez mas que perverso é injusto. Pero columbro algunos individuos del sanhedrín andando de aquí para allí con aire atrafagado entre la turba del pueblo; sin duda traman nue-

vas abominaciones. Tienen traza de pedir, de persuadir, y todos consienten. Ardo en deseos de saber lo que hacen estos malhechores. Pero ¿quién viene? un mensajero se dirige á Pilato. Sin duda será alguna orden inesperada; acerquémonos. La mujer del gobernador romano, señora de gran piedad, y que por la pureza de su vida mas bien parece una sierva del Dios de Abraham que de los falsos dioses, solicita hablar á su marido. Ella nos va á descubrir el objeto de su embajada: *No te metas en la causa de ese justo, porque hoy en una vision he padecido mucho por él.* ¡O sorpresa! la mujer de Pilato sabe que Jesus es inocente, y ha padecido mucho á causa de él en una vision. Aquí hay un misterio para mí: ¿ha revelado Dios quién es Jesus á esta virtuosa extranjera? Lo ignoro; con todo no puedo determinarme á creer que esta vision sea un simple efecto de la imaginacion. No importa que sea de la naturaleza que quiera; Pilato me parece conmovido y pensativo. ¡Si á lo menos se aprovechase de esta advertencia inesperada!

Vuélvese segunda vez hácia el pueblo: sin duda va á declarar que Jesus es inocen-

te y se arrepiente de su injusta propuesta. Oigamos. *¿Cuál de los dos quereis que os suelte?* ¡O dolor! me he engañado: Pilato persevera en su obcecacion. Y ¿qué le responde el pueblo? *A Barrabás, á Barrabás.* ¿He oido bien, ó es una ilusion? ¡Un ladron, un sedicioso, un homicida libertado en lugar de un inocente, un santo y un bienhechor universal! ¡O malicia refinada! ¡O injusticia escandalosa! ¡O desprecio de mi Jesus! Todo podia esperarlo de una nacion que ha cerrado los ojos á la luz: violencia hecha á Pilato, resistencia á oir la vergonzosa alternativa, enhorabuena; pero nunca hubiera creido que debiese burlarse tan abiertamente de la justicia y la razon.

Ahora ¿qué van á hacer los indignos ministros de la religion judaica? El pueblo no está tan enconado contra Jesus cómo parece: aun recuerda todos los beneficios que ha recibido de este: ellos son los que le han alucinado é instigado á tan horrible blasfemia. Monstruos indignos de vivir, ¿puedo yo ver á Jesus despreciado y ultrajado así sin indignarme?

¡Ah! mi Jesus, si vuestra humildad calla, yo no callaré. Quiero... Pero vos me mirais,

mi adorable Salvador: ¿qué significa esa mirada? Sin duda me queréis decir que en mas de una ocasion he obrado como esos judíos. Dios mio, demasiado cierto es. ¿Cuántas veces se ha presentado á mi alma una eleccion vergonzosa entre una satisfaccion sensual y Jesus, entre un afecto ilegítimo y Jesus, entre una venganza y Jesus: y yo (me estremezco de este recuerdo) he preferido á Jesus la satisfaccion sensual, el afecto ilegítimo y la venganza culpable! ¡Ah! con esta idea desfallece mi ánimo. ¿Cómo me he de irritar contra esa nacion desventurada si he obrado yo mil y mil veces como ella? Dejadme llorar, Jesus mio, y detestar á vuestros pies mi funesta ceguedad.

Pilato vuelve á hablar y dice: *Pues ¿qué haré de Jesus?* Y se oye una griteria: *Que sea crucificado.* Ya está descubierto el objeto de vuestros deseos crueles; bien os lo decia Pilato: *¿qué mal ha hecho?* Pero de todas partes se levanta una vocería infernal: *Crucifícale, crucifícale.*

¿Cómo es posible que guardéis silencio, mi Jesus, al oír tan feroces gritos? En vuestro rostro leo la afliccion: gemís en lo íntimo de vuestro corazon, deplorando la ce-

guedad de este pueblo á quien tanto bien habeis hecho. ¡Ah! llorad, llorad tambien por mí, que demasiados motivos os he dado para ello. ¿No he gritado yo tambien (lo confieso con lágrimas en los ojos) *que sea crucificado*, siempre que os he ofendido con el pecado? Ahora que conozco el horror de semejante conducta, quisiera llorarla tan amargamente que os hiciese olvidar para siempre mi ingratitud.





CAPITULO XXIV.



Pilato tomó entonces á Jesus
y le azotó (SAN JUAN , c. XIX,
v. 1),

PRELUPIO. Imaginemos que nos hallamos en el pretorio de Pilato.

Así han triunfado los malvados, y veremos pasear las calles de Jerusalem libre é insultante al ladrón, al rebelde, al homicida Barrabás, mientras que Jesus... ¿Qué has resuelto, Pilato, de mi Salvador? ¿Te dejarás dominar por los gritos frenéticos de

esos pérfidos que le quieren ver en el fatal patíbulo? Pilato sin responder entra en su palacio. ¿En qué piensa ahora? El silencio profundo manifiesta la expectacion universal. Mas ¿qué veo? unos soldados con azotes en las manos... Dios mio, Dios mio, todo lo he entendido: Pilato ha condenado á Jesus á la flagelacion. Tigres feroces, os alegráis: en vuestro semblante brilla el mas cruel contento; quedareis satisfechos: vereis correr esa sangre divina... Esta idea me hace estremecer. Y luego ¿se habrá acabado todo? ¡Ay! ordinariamente la flagelacion precede á la crucifixion. La hora fatal se acerca, si, se acerca; la nube que hasta aqui habia sido negra y temerosa, toma ahora un color de fuego; los tormentos van siendo mas atroces.

No há mucho golpes, insultos, violencias; ahora la flagelacion. ¿Podeis consentir, ó padre eterno, que sea tratado vuestro divino hijo como el esclavo mas vil y criminal? ¡Oh! si yo tuviera vuestros rayos y estuviese armado de vuestro poder; no, ya no existirian esos impios y habrian sido reducidos á cenizas. Pero es preciso que se cumpla lo que se ha acordado en los conse-

jos eternos de vuestra divina sabiduría; adoro, Señor, vuestros decretos; mas no puedo ser insensible al cruel tratamiento que sufre el padre mas tierno y bondadoso de todos los padres.

Los soldados se acercan y cogen á Jesus. O mi adorado redentor, ¡ todavía guardais silencio! ¡ Ah! mucho tiempo hace que no he oido salir una palabra siquiera de vuestros preciosos labios; hablad, que vuestra voz penetra dulcemente en mi alma. Mas no, debe cumplirse á la letra la profecía de Isaias: *Permaneció mudo y no abrió la boca, semejante al cordero que es llevado al sacrificio.* ¡O inefable mansedumbre! ¡ callar en medio de las afrentas y de las injusticias mas atroces!

Los verdugos llevan á Jesus al patio del pretorio, y allí le desnudan de la túnica á presencia de todo el pueblo que se agita tumultuosamente á la puerta. Bárbaros, ¿por qué sonrojais á ese inocente? Ya veo coloreado su semblante con el pudor de la modestia. Infames, ¿exponer así á las miradas despreciativas de un populacho vil esos miembros santos é inmaculados en que no se atreven á fijar sus ojos los habitau-

tes inviolables del cielo ! O mi amado Jesus, vos os sujetais á esta nueva ignominia á fin de ofrecer á la justicia divina la satisfaccion que pedia por las culpas que yo he cometido contra la castidad. O Virgen de las vírgenes, no permitais que en adelante haya de cubriros yo de semejante vergüenza y confusion.

En tanto que hablo, los satélites han atado las manos de Jesus á una argolla de hierro asegurada en una columna de poca elevacion, y le han puesto de espaldas al pueblo. (1) Ahora se reparten las correas con bolas de plomo á la punta, y levantan los brazos. ¡O Dios! ¡qué horribles y furiosos azotes! la carne del mansísimo cordero está ya toda cárdena... y ellos enarbolan de nuevo sus atroces instrumentos; ya brota la preciosa sangre. Basta, bárbaros, basta: aquí me teneis postrado á vuestros pies:

(1) He tomado de las costumbres de los romanos lo que se refiere á la posicion de Jesus en el acto de la flagelacion y la descripcion de los instrumentos empleados en este suplicio. Como aquí todo es romano, el gobernador que manda, y los soldados que ejecutan, me ha parecido que debia buscar la forma del suplicio en los usos de Roma gentil.

entregadme Jesus; si aun late vuestro corazon, enternecedos. Basta, basta, ó mas bien sobra: ¿no veis cómo mana la sangre de sus sacratísimas espaldas? ¿No veis bañados vuestros instrumentos y vuestras mismas manos de esa sangre inestimable? ¡Ah! cesad por compasion: ya habeis colmado con mucho la medida... Dios mio, ¡qué horrible mutilacion! ¡qué espectáculo capaz de enternecer hasta las fieras. Y no obstante esa feroz multitud se rie de los dolores é insulta al que tiene su cuerpo cubierto de horribles llagas. Pero me equivoco, aquí hay algunas mujeres piadosas que están llorando en silencio. ¡Oh! lloremos con ellas. Jesus mio, ¡qué atroz tormento sufris! ¡qué dolores inauditos! Y esos bárbaros no cesan, antes redoblan los golpes y renuevan todas las heridas. Esto es demasiado; no puedo resistir ya á tal espectáculo.





CAPITULO XXV.



Y los soldados tejiendo de espigas una corona la pusieron sobre su cabeza (SAN JUAN, c. XIX, v. 2).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos de rodillas llorando en un lado del patio del pretorio y contemplando á Jesus azotado.

¡O paciencia nunca vista! ¡no proferir ni una sola palabra, ni exhalar un suspiro en medio de la tunda de azotes que descargan sobre él los bárbaros sayones! Mi amado Jesus, siempre digno de amor, pero ahora mas que nunca, horribles son los dolores que sufrís. Es imposible que vuestras delicadas carnes no sientan un tormento que

arrancaría alaridos á los esclavos mas robustos ; y luego yo os leo el semblante, y todas vuestras facciones me dicen que padeceis muchísimo ; no obstante guardais silencio. ¡O paciencia inaudita y verdaderamente heroica! Y ¿cómo es que no basta ella sola para quebrantar la dureza de esos corazones ciegos que no ven mas que su propio furor? ¡Ah! Pilato, ¿qué has hecho? Mira el ligero castigo con que querias corregir á Jesus. Ven á contemplarle, cruel; poco falta para que espire de los azotes que has mandado darle. Jesus... ¿qué es lo que veo? Jesus ha caido en tierra bañado en su sangre. Un cuerpo tierno y delicado, quebrantado ya con las anteriores fatigas, no podia resistir mas tiempo al horror de este suplicio. 'O mi divino maestro, ¡con qué dolorosa puntualidad se ha cumplido la predicción de Isaias! Este santo profeta os contemplaba en espíritu cuando decia: *Va no tiene esplendor ni belleza: yo le he visto; pero es imposible conocerle; se ha visto el mas vil y despreciado de los vivientes; el varon de dolores cargado de todas las flaquezas humanas.* ¿Qué se ha hecho de vuestra divina belleza, mi amado Jesus? Si miro vuestro

cuerpo, no descubro mas que llagas y sangre: si examino vuestro rostro, solamente hallo la palidez de la muerte. O María, madre tierna y cariñosa, si estuvieras aquí presente, no sé si podrias á pesar de tu heroica intrepidez soportar la vista del horrible tratamiento que dan estos bárbaros á tu hijo. Mira cómo los verdugos han desgarrado esos miembros que se formaron en tus castas entrañas: mira lo que han hecho con ese cuerpo que alimentaste con tanto cuidado. ¡Ah! si asistieras á esta escena sangrienta, quisiera yo mezclar mis lágrimas con las tuyas y á fuerza de llanto bañar las llagas de tu hijo querido y mi amado padre.

Sí, mi Jesus, á mí en especial me toca llorar amargamente, porque veo el castigo de mis delcites ilegítimos en la horrible mutilacion de vuestros miembros inocentes. Es cosa resuelta, ó mi adorado Salvador, una vez que mi sensualidad y delicadeza, mis libertades criminales y mis muchas inmodestias os han costado tanto, las aborrezco, detesto y abomino; de aquí adelante cerraré con la mas rigurosa vigilancia la entrada de mi alma á todo pensamiento,

ademán ó mirada que pueda ofender en lo mas mínimo á vuestra pureza sin mancha.

Mas en tanto ¿qué hacen con Jesus? ¡Ah! le dejau tendido y sin movimiento en el suelo. Crueles, levantadle á lo menos. Ya le levantan y le llevan adentro. ¡Ah! nadie podrá quitarme que siga á mi Jesus en su dolor y abatimiento.

Ved cuán débil está: se tambalea al andar, y necesita que le sostengan porque no tiene fuerzas para subir la escalera. Mas ¿por qué le dejan en ese vestibulo? No comprendo lo que quieren esos soldados. Con todo me late el corazón con violencia; estamos solos con Jesus: ¡ah! preveo alguna nueva barbarie. Señalan con el dedo á mi Redentor. O Dios mío, no puedo contemplarle sin deshacerme en lágrimas. Verle así acardenalado, cubierto de llagas, despedazadas sus carnes; pero sereno, tranquilo, sin exhalar un suspiro, sin responder una palabra á los mas crueles caprichos de sus perseguidores... ¡Oh! ¡cuán feliz seria yo si llegase á poseer esta mansedumbre inalterable!

Y vosotros, crueles, ¿qué traéis? una horrible corona tejida de agudas espinas. Tal

vez... ¡Ahl deteneos, bárbaros; no la llegueis á esa cabeza santísima. ¿No os basta el cruel tratamiento que acabais de dar á ese inocente cordero? Ponedme mas bien esa corona á mí que he pecado tanto de pensamiento. Vanas súplicas. Los sayones tan sordos y crueles como el aspid se la han puesto á Jesus en la cabeza.

O Dios mio , oculto mi rostro porque no puedo contemplar un extremo tan horrible de barbaric. Vosotros tambien, pérfidos extranjeros, ¿imitais el furor de los judíos? Vosotros le habeis azotado ; Pilato lo habia mandado asi; pero ahora ¿quién os ha dado licencia para añadir á la flagelacion este tormento atroz? Jesus, Jesus mio, ¡ahl! ¿porqué os he ofendido yo tanto con mis pensamientos criminales? Vuestra frente lleva ahora la sangrienta diadema que la corona, por pagar mi deuda á la justicia divina.

De aquí adelante (sí, lo he resuelto) mis pensamientos no serán mas que por vos y en vos, puros, castos y virginales.





CAPITULO XXVI.



Y dijo al pueblo: Ved ahí al hombre (S. JUAN, c. XIX, v. 5).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos en una galería del pretorio de Pilato, donde vemos á Jesus sentado, desnudo de sus vestiduras y coronado de espinas.

¡Qué espectáculo! Las aguzadas puntas de la corona de espinas han taladrado la cabeza: la sangre brota de todas partes y corre á hilos por sus mejillas. ¡Ah! ¡qué punzante dolor siente ahora mi Jesus! y sin embargo no profiere una sola queja. Aun cuando caigan ahora sobre mí los dolores mas atroces, ¡qué livianos me parecerán,

comparados con los que sufre mi amado padre! ¡Ojalá los lleve yo con paciencia!

Pero ¿me estaré aquí quieto y presenciando tan lastimosa tragedia mano sobre mano? ¿Y qué puedo hacer, si Jesús no permite á nadie apartar de sus labios el amargo caliz de dolores que va bebiendo gota á gota? Observemos sin embargo lo que pasa delante de nosotros; un soldado trae una caña, y otro un manto de escarlata; aquella se la ponen á Jesús en la mano derecha, y le echan este sobre las espaldas.

O Jesús mio, ¿no conocéis cuál es la intencion de estos bárbaros? quieren exponeros á la irrisión del pueblo. Como habeis dicho á Pilato que erais rey, van á trataros como rey de farsa. Pero vos habeis penetrado su designio: mucho tiempo há que le conociais: como quiera cogéis con mansedumbre el cetro burlesco, os dejais poner el manto de escarnio, y por tercera vez os exponéis á la mofa y al ultraje. ¡Oh! ¡con qué puntualidad practicais lo que dijisteis en los dias felices de vuestra predicacion: *Todo el que no se parezca á uno de estos pequeñuelos, no entrará en el reino de los cielos!* En efecto vuestra simplicidad ¿no es la simplicidad de

la niñez? ¡Ó confusion! ¡Ó miserable orgullo humano, abatido por la humillacion de Jesucristo!

Pero ¿qué estrépito es ese de hombres armados que vienen hácia acá? ¡Cuántos soldados! toda la cohorte romana. ¡Ah! bien lo he dicho yo, se repiten las escenas funestas del palacio de Herodes y de la casa de Caifás. ¿Veis á esos insolentes mofadores? Arrodillanse riyendose y dicen á Jesus: *Dios te salve, rey de los judíos*; y al mismo tiempo este le da una bofetada, aquel un cañazo, el otro.... ¡Así insultais, malvados, al rey del universo! Vosotros no quereis conocerle; pero aunque no le conozcais, ¿permiten los sentimientos de humanidad colmar asi de afrentas é insultos á un desdichado reducido á la situacion mas deplorable? ¿Y qué os ha hecho este inocente, pregunto yo? ¿Se ha apoderado igualmente de vosotros el espíritu infernal que domina á los judíos? Pero ¿á quién hablo? Ninguno de ellos oye mis quejas y continúan burlándose de Jesus. ¿Y este?.... recibe todos los ultrajes como recibiria las muestras de la mas verdadera sumision. Mi amable Jesus, si estos blasfemos se arrodillan delante de

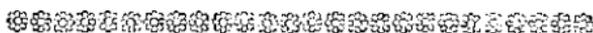
vos en señal de irrisión y desprecio, yo me postro con toda humildad y sinceramente para adoraros, y os reconozco por el rey del universo y en especial de mi alma. Dulce dueño mio, reinad en ella como soberano y acomodadla á los sentimientos de profunda humildad de que me dais ahora un ejemplo tan instructivo y costoso.

Preséntase un mensajero: Pilato quiere que Jesus vuelva á su presencia. Loado sea Dios: al fin se concluyen los insultos bárbaros. Vamos á Pilato..... pero ¿cómo? ¿con este aparato? ¿con este manto y esta corona? Sí, así lo quiere el juez para enseñarle al pueblo. ¿Enseñarle al pueblo? ¡Ah! ¿esperas tú, Pilato, excitar su compasión? En efecto Jesus se ve reducido á un estado que arrancaría lágrimas á los animales mas feroces. ¿Quién sabe? tal vez se enternezcan al cabo esos corazones de piedra. Andemos..... ¿Es desde este balcon? Sí, el pueblo está allá abajo y se agita aguardando el resultado del proceso. Pilato muestra á Jesus y dice en alta voz: *Veis, aquí os le saco afuera para que conozcáis que no hallo en él ninguna causa de muerte.* ¡Qué murmullo confuso! ¡qué sordo rumor al aspecto del

Salvador! quizá se han conmovido: sí, el pueblo parece que se inclina á la compasión; pero los pontífices, los ministros del templo.... Levántase un grito: *Crucifícate, crucifícate.* ¡Oh! eso es ya demas: esta peticion es el último grado del rencor, de la crueldad y del furor. Pues ¿no es basta, bárbaros, para saciar vuestra ferocidad que Jesus haya sido despedazado horriblemente á azotes, sino que quereis á toda costa que muera y muera en la cruz? Pérfidos, ¿dónde habeis nacido? ¿entre los tigres del desierto? No, no, los tigres son mas compasivos que vosotros. ¡Ah! ¿qué decís, Jesus mio, de la obstinacion de vuestros enemigos? Os compadeceis de ellos en lo íntimo de vuestro corazon y los perdonais con amor. Perdonadme á mi tambien las muchisimas ocasiones en que acumulando tenazmente culpa sobre culpa he pedido en efecto á gritos que fueseis crucificado. Yo debia veros en espíritu ultrajado por mis pecados. El padre eterno os presentó á los ojos de mi alma como Pilato á los del pueblo judío; y yo mas injusto que este, porque estoy mas ilustrado, he continuado afligiéndoos con mis prevaricaciones sin dejarme enternecer un solo instante.

Perdon , clementisimo Jesus , perdon por
tantos ultrajes y por tan extremada inhu-
manidad.





CAPITULO XXVII.



Dijoles Pilato: Tomadle vosotros y crucificadle (SAN JUAN, c. XIX, v. 6).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Pilato con Jesus en frente del pueblo judío que cubre todo el camino delante del pretorio.

¿Oyes, Pilato, esos furiosos gritos? Quiéren á toda costa que Jesus sea crucificado. Mas Pilato que no está prevenido por el odio como ellos, no pueda resolverse á cometer una injusticia, y dirigiéndose de nuevo á aquellos perversos les dice: *Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no hallo en él causa de muerte.* ¡ Ah! Pilato, esas palabras en-

cierran una cobarde vileza. Si conoces que Jesus es inocente, ¿cómo puedes abandonarle á discrecion de sus enemigos? Pero oigamos lo que estos responden: *Nosotros tenemos una ley, y segun la ley debemos morir porque se ha hecho hijo de Dios.* ¡Oh! ¿con que verdaderamente el respeto á la ley es el motivo que los induce á pedir la muerte de Jesus? Hipócritas, ó por mejor decir impíos, que interpretáis á vuestro capricho la ley santa de Dios, para que sirva de instrumento á vuestra maldad, ¿no está escrito en esa misma ley que vendrá á la tierra el hijo de Dios, el Mesías? ¿No dice Moisés que Dios suscitará un profeta como él? Recordad las profecías de Daniel, Ageo y Malaquias, y vereis que esta época es precisamente el tiempo señalado para la redencion universal. Comparad lo que decia Isaias, y conoceréis que cada una de sus palabras se ha cumplido en la persona de Jesus. Vanas reflexiones: todo eso lo saben los impíos; pero no quieren oírlo, y apelan á la ley para encubrir y cohonestar con ella su envidia y fogoso encono.

Entre tanto Pilato vuelve á llevar á Jesus al pretorio: va muy pensativo y al pa-

recer aterrado: quizá le ha asustado la expresion aquella que Jesus se ha hecho el hijo de Dios. Sin duda teme que se renueve el tiempo fabuloso de Pelops y Filemon. ¡Qué extravagancia la suya si tal piensa! Y á decir verdad parece que estos sentimientos le hacen cavilar, porque pregunta á Jesus: *¿De dónde eres tú?* Tranquilízate, Pilato: nunca le oirás responder que viene del Olimpo y que su madre es una de las falsas divinidades á quien tú adoras. Hay mas; bien ves que Jesus no se digna de responder, porque sus obras han demostrado bastante cuál es su origen. Mas Pilato se enoja de este silencio: *¿No me hablas á mi? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarle y potestad para soltarle?—No tendrías ninguna potestad....* ¡Oh! Jesus habla: ¡qué inefable consuelo! ¡hace tanto tiempo que no he oido los suaves acentos de su voz! Hablad, hablad, Jesus mio: apenas habeis abierto los labios, he sentido en lo intimo de mi corazon un gozo y una dulzura que me hacen olvidar momentaneamente todas mis aflicciones. *No tendrías ninguna potestad sobre mí, si no te fuera dada de arriba; por eso el que me entregó á ti tiene mayor pecado.*

Ya lo has oído, Pilato: la potestad que tienes no viene de tí, ni del emperador romano. El y tú no sois más que una nada ante la majestad divina: tu potestad viene de arriba. El Dios de toda verdad, el omnipotente te ha entregado la autoridad para que ejerzas justicia; ¿y serás tan extravagante que abuses de ella y cometas una iniquidad escandalosa? Te jactas de que puedes crucificar ó soltar á Jesús según quieras: ¡insensato! La turba armada que cayó en tierra con una sola palabra de Jesús, podrá decirte si existe alguno que tenga potestad sobre él. El, sí, él es quien te deja la potestad, porque quiere cumplir la grande obra para que ha venido al mundo; de otro modo....

Pero oye los gritos y rumores que salen de todos los puntos de la vía pública: son los judíos que no quieren sufrir tardanza. Oye: *Si sueltas á ese, no eres amigo del César; porque cualquiera que se hace rey, se declara contra el César.*

Ó Pilato, cierra los oídos á estas insinuaciones y no des fé á esos impostores, que quieren comunicarte su odio y arrancarte una sentencia que te cubra para siempre de oprobio é ignominia en toda la tierra. Cré-

me, Jesús no ha intentado jamás destruir los derechos del emperador romano.

Mas Pilato pensativo despues de haber mandado sujetar á Jesús sale de nuevo para hablar á los judíos. ¡ Ah ! tiemblo , mi Jesús, porque la ambicion de Pilato no resistirá á esta embestida: ellos le han herido en lo vivo. ¡ Ó dolor ! preveo que se acerca la fatal sentencia. Y vos, Jesús, ¿sois insensible? ¡ Ah ! no, experimentais todo el terror de un reo, excepto el remordimiento de la culpa, porque habeis querido pasar por todas las debilidades de la naturaleza humana. Permitted, os suplico, que una mis temores á los vuestros, ó corazon afligidísimo.





CAPITULO XXVIII.



Y Pilato mandó que se ejecutase lo que ellos pedían (S. LUCAS, c. XXII, v. 24).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Pilato sentado en un elevado tribunal, á su lado Jesus rodeado de soldados y delante los pontífices, los ancianos y gran multitud de pueblo.

Sin duda llegamos ya al último juicio: Pilato sentado en su tribunal parece que quiere concluir los procedimientos. Dios mío, ¿tantos rodeos necesita para declarar la inocencia de un hombre en quien él no

halla ninguna culpa ? ¡ Ah ! Pilato es demasiado débil. Bien veo que le ha turbado grandemente la amenaza de los judíos, que le declaran enemigo del emperador si suelta al preso. Pues ¡ qué ! la ambicion y el temor de perder un bien temporal ¿ le llevarán á cometer la injusticia mas enorme ? ¿ No le hace temblar la idea sola de condenar á un inocente ? Por último ¿ no es demasiado lo que ha permitido hasta ahora ? ¡ Juez inicuo ! pero el temor me arrebató. Pilato no se ha explicado aun: quizá... ¡ Quiera el cielo que me engañen mis presentimientos ! Oigamos lo que dice á los judíos: *Aquí teneis á vuestro rey*. Pero, Pilato, tú agravas la situación: juzga si no por lo que dicen aquellos: *que sea crucificado, que sea crucificado*. ¿ Lo oyes ? Ya no hay esperanza de enternecer esos corazones insensibles y dominados del odio: por fin es necesario que hables con firmeza y libres á ese inocente del furor de sus enemigos. ¡ Qué ! ¿ quieres hacer otra prueba ? Ya es tarde: dentro de unas tres horas será medio día (1); y hay que resolver.

(1) Al suponer que faltaban tres horas para la de medio día cuando dijo Pilato á los judíos: *Aquí teneis vuestro rey*; no he presumido decidir la

Pilato persiste en su resolución; pero lucha en vano. *¿Crucificaré pues á vuestro rey?* ¡Imprudente! ¿No conoces que esa expresión *vuestro rey* no hace mas que aumentar é irritar su furor? Oye los gritos que dan los príncipes de los sacerdotes: *Nosotros no tenemos mas rey que el César.* ¿Qué dices ahora, Pilato? te quedas pensativo. Animo, ha llegado la hora que va á consagrar tu gloria ó entregarte á una infamia eterna para con toda la posteridad. No temas á esa multitud perversa y desprecia el tumulto y la gritería del pueblo: si obedeces las leyes de la justicia, el cielo y la tierra pelearán por tí. Y un ministro romano, un representante de esa nacion poderosa que ha sojuzgado el mundo entero, ¿había de temer el furor del vil populacho! No, no será así, Pilato: muestra por fin que eres hombre.

cuestion sobre la verdadera leccion del texto de San Juan (cap. XIX, v. 14). Cualquiera que sea la explicacion que se dé á las palabras *hora quasi sexta*, como á la hora sexta; es cierto que no pueden significar *que se acercaba la hora del medio dia*, porque Jesus fué crucificado al medio dia. Creo que podria defenderse la leccion de *hora tertia* en vez de *sexta* como en San Marcos (cap. XV, v. 25) *hora sexta* en lugar de *tertia*.)

El gobernador pronuncia la sentencia fatal. Jesus (¡oh! ¡cuán tranquilo y sereno estais!), Jesus, irás á la cruz (1). Ó Dios mío, ¿qué es lo que he oido? ¿Con que en esto vienen á parar tantos interrogatorios en que se ha demostrado la inocencia de mi redentor? Juez inicuo, vendido á la ambicion, vil esclavo de un populacho innoble, ¿no protestabas tú poco há que no hallabas ninguna causa en Jesus para condenarle? Pues ¿cómo tienes ahora el triste valor de condenarle á muerte por complacer á los judíos? ¡Ó cobarde! ¡Ó malvado! Sí, lávate las manos: ¿llegará jamás ese agua á borrar las manchas de tu alma? Otra agua, el agua del infierno, el agua del fuego eterno te lavará por toda la eternidad; pero sin purificarte jamás. *Soy inocente de la sangre de este justo: allá lo vereis vosotros.* ¡Y te atreves á decir que eres inocente! Pues ¿quién

(1) Entre los antiguos romanos la fórmula usada para condenar un reo al suplicio de la cruz era esta: *Ad crucem ibis*. Dejando pues á un lado la sentencia llamada de Pilato, cuya autenticidad no quiero examinar, he creido que un gobernador romano no podia emplear otra fórmula que la que estaba consagrada por los usos de su nacion en materia de procedimiento criminal.

le ha condenado? ¿no has sido tú? Si tú te hubieras resistido, sin duda los jueces habrían dado rabiosos gritos desde su asiento; pero no hubieran pasado de ahí. ¡Inocente tú!

Levántase una gritería general entre el pueblo: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* ¿En dónde estoy? ¿en el infierno ó en la tierra? ¡Ó voto execrable! ¡Ó imprecacion que hace temblar de espanto! ¡Ah! pueblo frenético, tú mismo has pronunciado la sentencia. Por tu desgracia ha dicho Dios: se cumplirá lo que pides. Sí, sobre tí y tu posteridad caerá esa sangre indignamente vendida, y vendrá á ser como una espada vengadora que te perseguirá por todas partes. Tu templo será destruido y tu nacion dispersada: tus hijos andarán erradi-zos por el mundo y cargados de la maldicion pública, sin altar, sin ciudad, sin rey ni reino: no podrás ya levantar jamás tu cabeza orgullosa, y el viajero dirá señalando tu pais: *Aquí fué la nacion judia.* ¡Pueblo desventurado! ¡Fatal imprecacion! Por mi parte, Jesus mio, convirtiendo en bendicion el deseo execrable de estos hombres furiosos os diré: caiga vuestra divina sangre sobre nos-

otros; pero sea como una lluvia benéfica que nos riegue y purifique. Todos hemos pecado: disipe nuestros errores y lave nuestras manchas ese rocío fecundo y saludable.





CAPITULO XXIX.



Y le llevaron para crucificarle
(S. MATEO, c. XXVII, v. 51).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos en el mismo sitio considerando la agitacion del pueblo despues que oyó la sentencia de muerte dada contra Jesus.

Estoy fuera de mí: Jesus ha sido condenado al suplicio de la cruz: hasta aquí he padecido mucho y presenciado escenas horribles; pero siempre he esperado. Ahora se acabó todo; la sentencia está dada, y el pueblo prevaricador la ha confirmado con la mas formidable imprecacion. Tiemblo al pensar en esas terribles palabras inspiradas

directamente por el enemigo infernal. Mis quejas no pueden nada: suplicaré pues: ¿quién sabe si tal vez mis lágrimas harán fuerza al corazón de Pilato? ¡Ah! aquí me tienes á tus pies, Pilato, pidiéndote Jesus, mi amado padre. Si no quieres concederle á la justicia, concédele á la ternura; restitúyeme el único bien de mi vida, el ídolo de mi corazón, mi amor, mi todo. Mira esas lágrimas..... Sí, hasta las lágrimas de esta nación; que no todos son impíos en el pueblo judío. Piedad pues.

Pero Pilato no me oye: el gobernador y el pueblo, todos son insensibles á mis gemidos, todos quieren la muerte de mi adorable redentor. ¡Ah! ¿qué lúgubre pensamiento! ¡Morir vos, dulcísimo bien mío! ¡Y morir en un suplicio tan atroz como ignominioso! Ó mi Jesus, ¿quién dará á mis ojos dos fuentes de lágrimas para llorar vuestra muerte? ¿Y qué haré en adelante sin vos? ¡Ah! mi amado dueño, no puedo resistir á este último golpe. No obstante hay que resignarse: así lo quiere desde arriba vuestro padre celestial, que puede todo lo que quiere; y supuesto que vos os sometéis á su voluntad eterna, yo me someteré igualmente. Pero ¡ah! la natura-

leza se rebela. ¡Morir vos! ¡Idea cruel! Dadme á lo menos, Jesus mio, valor para permanecer á vuestro lado hasta que exhaleis el último suspiro.

Ya se acercan los cuatro soldados encargados de los preparativos de la crucifixion y quitan al Salvador la vestidura de púrpura para ponerle su túnica. ¿Y quiénes son esos otros dos que llevan una cruz al hombro? ¡Ah! ya entiendo, son dos reos condenados al mismo suplicio. Aquí está la cruz que ha de llevar Jesus: á vista de ella tiemblo de horror. ¡Con que en este madero van á ser clavados dentro de unos instantes los miembros santísimos de mi amado Jesus! ¡Clavados, Dios mio! Ya ponen los soldados el instrumento de muerte sobre los sagrados hombros de Jesus. Deteneos, desgraciados: ¿á quién dáis la cruz? A la misma inocencia, á la santidad por excelencia, al que no conoció jamás el pecado. A mí es á quien conviene esa cruz; á mí que soy culpado, mil veces culpado. Pues he sabido pecar, sepa á lo menos pagar la deuda del pecado. Venid, venid, y cargad el madero infame en los hombros de un criminal.

Pero ¿á dónde me arrebatara mi amor á Jesus? ¡Insensato de mí! ¿De qué servirían

para el género humano la crucifixion y la muerte de un prevaricador como yo? ¡Con que es preciso que Jesus muera!

¡Ó espectáculo capaz de enternecer á las mismas fieras! Jesus sin decir una palabra, sereno y resignado, presenta con mansedumbre sus hombros, recibe la cruz y la acomoda él mismo para llevarla á cuestas. Mas ¿qué significa ese profundo suspiro? ¡Ah! se le arranca la carga que le abruma. Ó Dios mio, ¡qué tormento! las llagas de los azotes todavía vivas y vertiendo sangre se vuelven á abrir con el peso y detienen el movimiento de la respiracion. El Señor, debilitado y abatido por la prolongada vigilia, los insultos, los golpes y el cansancio del camino, apenas puede sostenerse: se dobla y se tambalea; sin embargo no dice una palabra. Pero conozco lo que padecéis, Dios mio, en la palidez de vuestro rostro, en el obscurecimiento de vuestros ojos apagados y casi muertos, en la languidez de vuestras facciones que se afillan, y en los penosos latidos de vuestro corazon: sentís toda la repugnancia, todo el espanto y todo el horror natural de un reo que camina al suplicio, excepto la parte que puede aumentar el remordimiento de

;

la culpa, de que estais de todo punto exento. Asi pues duran todavía la tristeza , las angustias y el terror que os affigieron en el fatal huerto de Gethsemaní y harán amarguísima vuestra muerte, Jesus mio; pero eso es precisamente lo que deseais.

Sacrosanta y augusta víctima , ¿ qué dolor , qué tormento no querré yo aceptar de todo corazon en adelante despues de haberos visto recibir la cruz con tanta resignacion á pesar del abatimiento de vuestro cuerpo y la afliccion de vuestro espíritu? ¡ Ah! mi divino maestro , abrazo con gozo y amor todas las cruces que os dignéis de enviarme. La sola idea de que me pareceré á Jesus me reanima y fortifica anticipadamente.





CAPITULO XXX.



Y le llevaron para crucificarle
(SAN MATEO, c. XXVII, v. 51).

PRELUDIO. Imaginemos ver á Jesus con la cruz á cuestas, que camina lentamente hácia el Calvario por la via pública en medio de dos ladrones y rodeado de soldados: detrás va gran multitud de pueblo.

¡Qué escena tan tierna y tan digna de ser llorada! Jesus desfallecido y encorvado con el peso de la cruz, aquellos dos ladrones de semblante pálido, pero feroz, las horribles blasfemias que vomitan los soldados, la turba del pueblo, aquí gozándose en una alegría selvática y allí mostrando una emo-

cion visible; ¿no es cosa para excitar en mí una mezcla de afliccion y ternura que me arranque lágrimas? ; Ah! Todos los que están aquí no han cedido al furor diabólico que se ha apoderado de los criados, de los ancianos y de los sacerdotes judíos: mas de uno hay que manifiesta una verdadera compasion hácia el justo perseguido. Dulcísimo padre mio, hasta ahora habia esperado que tendriais algun medio de libraros de las manos de estos hombres obcecados. Pilato que conoció y publicó vuestra inocencia, me hacia creer..... Pero basta: Pilato ha hecho traicion á la verdad, y vos caminais á la muerte. ¿Os abandonaré en este instante yo que desde ayer os he acompañado hasta aquí? ; Oh! no: bien sé que tendré que sufrir mil veces mas todavia. Si me siento morir solo con ver al nuevo Isaac llevar el madero en que ha de ser crucificado, ¿qué será euando tenga que contemplarle clavado en el patibulo infame? Lejos de mí, pensamiento funesto; no vengas á afligirme antes de tiempo. Pero ¿no me dareis, Jesus mio, bastante fortaleza para tributaros el último obsequio? Sí, no lo dudo; vedme pues confundido con la turba de judíos vir-

tuosos que os aman y os siguen llorando. Espero, Señor, que nuestras lágrimas que corren en silencio, aliviarán un poco vuestro oprimido corazón.

Tengo las miradas fijas en mi salvador. ¡Ah! ¡Cuánto padece! exhala gemidos y va jadeando con el peso. La cruz escurriéndose y rebotando contra las piedras hace tambalear aquel divino cuerpo tan quebrantado y abatido. ¡Ó Dios mio! Jesús se inclina hácia el suelo y por fin cae (1). Aquí me tenéis, amantísimo padre; aquí me tenéis que vuelo en vuestro auxilio. Bárbaros, ¿por qué no me lo permitis? Mirad qué doloroso esfuerzo le cuesta el levantarse. ¡Y no he de poder yo dar esta leve muestra de amor á mi Jesús, á mi afligido padre! Cruces, ¡qué inhumana y brutal dureza! ¡Ah! No apreteis sus llagas con esa violencia. Almas compasivas, mujeres virtuosas, ¿llorais? Dejadme

(1) Es tan natural que Jesús cayese mas de una vez con la pesada carga que llevaba, que el excluir esta circunstancia sería violentar el texto evangélico en su conjunto. Para que los soldados cargasen la cruz de Jesús á Simón, es preciso que realmente hubiesen tenido pruebas indudables de que el Señor no se hallaba en estado de llevarla á cuestas hasta el Calvario.

tambien llorar con vosotras. ¿Quién puede ver con indiferencia ese sacratísimo cuerpo tan acardenalado y chorreando sangre? Magdalena, mira cómo han tratado al buen pastor, al que te halló á tí, oveja arrepentida, y te volvió al aprisco: Magdalena, verdadera amante de nuestro Jesus, sigámosle y muramos con él. Y tú, Juan, ¿qué dices? Entre esa multitud de hombres furiosos; ¡cuán pocos somos los que amamos á Jesus!

Pero vamos avanzando por la via dolorosa y ya estamos en la angosta.... ¡Oh! ¿Qué es lo que he visto? ¿Me engaño, ó aquella es María, que cubierta con su velo viene hácia este sitio fuera de sí y á pasos precipitados? Sí, ella misma es (1). María, os suplico que no os acerqueis mas; no, por compasion: no podriais resistir á semejante espectáculo. Una vez que hasta ahora habeis estado

(1) Si hago aparecer aqui á María, madre del Salvador, es porque me ha parecido el lugar mas conveniente. San Juan nos asegura que la Virgen estaba en el Calvario. Es natural que conmovida con la noticia de la condenacion de su hijo y de su partida al sitio del suplicio no pudiese estar lejos de él, y de consiguiente saliese á encontrarle en el camino para asistirle en su última hora.

lejos de estas escenas dolorosísimas, volved, volved á vuestro asilo. Pero ¡qué! tal vez sabéis ya la fatal noticia: tal vez venis, madre dolorosa, á cumplir el último deber con vuestro querido hijo. ¡Ah! ¡madre afligida! ¡Pobre madre!

Ya está aquí: se levanta el velo. ¡Oh! ¡cómo se deshace en lágrimas y sollozos! Se pone pálida..... va á caer..... Animo, María, recordad que en el templo de Jerusalem ofrecísteis á Dios vuestro hijo en la cuna. Llegada es la hora de consumir el sacrificio. Con todo no vitupero vuestro llanto, que ciertamente es bien legítimo. ¿Cómo no os habeis de afligir al ver que vuestro amable y querido hijo, vuestro hijo único, conducido por unos soldados con la cruz á cuestas, desfallecido, abatido y tambaleándose, camina al lugar del suplicio?

¡Ah! al oír esta palabra tiembla María. Silencio. Imprudentemente se me ha escapado el funesto secreto; pero vos, madre querida, tenéis una fortaleza y resignación heróicas. Adoremos pues los decretos de la eterna sabiduría, que quiere rescatar el mundo á tanta costa. Venid con nosotros, sigamos á Jesus: ¡cuán dulce es llorar y entris-

tecerse caminando en pos de nuestro amado dueño que lleva la cruz á cuestas! Maria, vos nos reanimais: á dicha tenemos ir al lado de la madre de nuestro misericordioso Señor. Ó mi Jesus, haced os pido que despues de haberos seguido ahora al Calvario os siga toda mi vida entre las penas y trabajos con la cruz del dolor á cuestas.





CAPITULO XXXI.



Y cuando le llevaban á crucificar, prendieron á cierto Simon de Cirene que venia del campo, y le obligaron á llevar la cruz detras de Jesus (S. Lucas, c. xxiii, v. 26).

PRELUPIO. Imaginemos que seguimos á Jesus en medio del pueblo; pero confundidos con sus discípulos.

O calles de Jerusalem, santificadas mil veces por las pisadas del divino Jesus, ¡qué espectáculo se os presenta hoy! Pocos días há que resonabais con los aplausos, los vivas y los gritos de júbilo y alegría con que

fue recibido nuestro amable Señor; y ahora ¡ó fatal mudanza! no repite el eco mas que los gritos de furor y la insolente mofa de sus enemigos y los sollozos y quejidos de sus fieles discípulos. Entonces iba Jesus triunfante montado en la humilde cabalgadura que habia escogido; y ahora va á sufrir un suplicio afrentoso y lleva á cuestas el pesado instrumento de él. Entonces era honrado y respetado; y ahora se le prodigan las injurias y maltratamientos. ¿Y por qué ha sido esta mudanza? ¿No es Jesus ahora lo que era entonces? ¡Ah! repetiré con él mismo: *Esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas*; pero estos esfuerzos serán los últimos.

Entre tanto hemos andado largo espacio, y ya estamos en el sitio en que se dividen los tres caminos. ¡Con qué lentitud marcha Jesus! ¡qué abatimiento se advierte en toda su persona! verdaderamente mas bien se arrastra que anda. O Dios, le corre un sudor frio, se tambalea..... Soldados, socorredle, que cae. ¿No veis qué opresión angustia su pecho? Crueles, no llegará vivo al Calvario: no, es imposible que Jesus ande todavía casi otra milla con tan pesada car-

ga; pero ya que tiene que morir, vale mas que sea aqui que entre los horribles tormentos de la crucifixion.

Por fin conociendo los soldados que Jesus no puede llegar en este estado hasta el Calvario buscan por aqui y acullá un hombre que lleve la cruz á cuestas. Aqui me teneis, aqui me teneis: ¡cuál será mi dicha si me cabe la gloria de llevar la carga de mi amado salvador! ¡Qué gozo inexplicable tocar ese madero santificado por el contacto de sus divinos miembros! O mi Jesus, á mi, á mí la cruz. Mil veces dichoso yo si puedo aliviar parte de vuestros dolores. No, nunca he tenido ni tendré en mi vida un instante mas feliz que este. Aqui estoy pues.

Mas ¿por qué me rechazan los satélites con dureza? Porque han visto á Simon Cirineo que vuelve de su casa de campo. Mirad, yo tengo todavia todo mi vigor, y ademas el amor ¿no da fuerzas á los mas flacos? ¿No veis que Simon disputa, se resiste á vuestra pretension y repugna llevar el instrumento de ignominia? Dejadle libre, y aqui me teneis á mi pronto á llevarle. Si le violentais, es cierto que... Mas al fin ya ha cargado con la cruz á cuestas. ¡Ah! Simon,

¡cómo envidio tu suerte! Hoy debes estar mil veces mas arrogante llevando ese madero infame que todos los monarcas del mundo con las insignias de su dignidad. Conoce pues, conoce todo el precio de esta gracia. Tú serás bienaventurado eternamente, si iluminado por los rayos de la fé veneras en este madero el instrumento de la redencion universal. Ya que no he podido por mi indignidad conseguir el honor de llevar la cruz, tú que vas en pos y tan cerca de Jesus, dile que yo deseaba ardientemente desempeñar tu oficio: que amo su cruz y sus tormentos: que mi mas vivo deseo es beber una gota del caliz de su pasion: que quiero seguirle siempre: que mi ambicion consiste en ser suyo hasta la última hora: en una palabra dile que es mi bien, el idolo de mi corazon y el único objeto, sí, el único de mi amor.

Pero ¡ah! yo creia que Jesus aliviado del peso de la cruz experimentaria mayor consuelo; sin embargo si no me equivoque, no ha ganado mas que el no espirar con el peso que le abrumaba. ¡Ah! ¡Cuán debil, desfallecido y abatido está aun!

O mi salvador, ya habeis empezado á

morir: los dolores que habeis sufrido y sufrís aun , son demasiado violentos. Un sol abrasador que casi en la mitad de su carrera vibra sus ardientes rayos sobre vuestro adorable rostro, acrecienta vuestra debilidad inundándoos de sudor ! Si á lo menos tuvierais un lienzo para enjugar la frente...! **Mi súplica** no ha sido vana: ved aqui que una mujer piadosa presenta su propio velo á Jesus. Este le llega á su rostro, y despues le devuelve á la caritativa israelita (1). O mujer mil veces dichosa, ese velo se ha convertido en un precioso tesoro desde que se ha empapado en el sudor y la sangre del hijo de Dios. Muéstramele un instante. ¿ Qué veo ? Ha quedado impresa en él la estampa de la divina faz. O semejanza adorada de mi amado Señor , te estrecho contra mis labios con todo el transporte de mi alma. ¡ Ah !

(1) Algunos críticos me censurarán tal vez por haber introducido aqui á la piadosa mujer, que movida de un sentimiento de caritativa compasion presentó su propio velo á nuestro Señor para que se enjugase el rostro. Sé que para ciertos eruditos esta tradicion pasa por una cosa puramente imaginaria; pero un estudio perseverante y minucioso haria variar de opinion á muchos en esta parte.

Quédate profundamente grabada en mi corazón, y no desmienta yo jamás en lo sucesivo las amables facciones de mi afligido padre.





CAPITULO XXXII.



Jesus volviéndose hácia ellas les dijo: Hijas de Jerusalem, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos (SAN LUCAS, c. XVIII, v. 55).

PRELUDIO. Imaginemos que seguimos á Jesus como anteriormente.

Si no me equivoco, estamos en la puerta de Jerusalem, en la puerta del juicio. Puerta fatal, que has visto salir á tantos reos para ir á pagar la deuda de sus delitos á la justicia divina y humana, ¿quién es el que en este instante pisa tu temido umbral con esos dos foragidos? Es el santo, el inocente, el inmaculado, el que está separado de la

multitud de los pecadores, el bienhechor de los hombres, el Mesias esperado, el hijo de Dios, que se deja llevar al altar del sacrificio como un cordero indefenso. A Dios, Jerusalem: Jesus sale de tus muros, te abandona; ¡Ah! ciudad desdichada, que no has sabido conocer el día en que has sido visitada, Jesus te deja. ¿Y qué harás, desventurada? ¿No crees oír salir de sus labios las terribles palabras que resonaron en otro tiempo en Babilonia: *Hemos intentado curar á Babilonia, y esta ha rechazado la salud: abandonémosla?* O Dios mio, Dios mio, llegará un día en que sin templo y sin pontífices, sin fiestas y sacrificios, sin pueblo y sin rey, abandonada, solitaria, destruida y entregada á las naciones extranjeras recuerdes las lamentaciones que cantó ya sobre tus ruinas el piadoso hijo de Elcias. *Vedla ahí*, exclamará el viajero contristado, *ved la ciudad en otro tiempo célebre sobre toda la tierra por su esplendor y magnificencia. Pero ¿de dónde procede que no descubro mas que escombros, tristes reliquias de su grandeza destruida?* Entonces saldrá de tu sepulcro una voz sor-da y responderá: *Porque no quiso reconocer á su Dios, porque echando á su salvador con*

mano impia le envió á la muerte. O Jerusalem, desgraciada Jerusalem, tú despiertas en mí la idea de una alma que obcecada como tú vendiese á Jesus, y por el pecado le arrojase ignominiosamente de un santuario que ella ha profanado. Pero ¿qué digo? la desolacion de esta alma seria aun mas terrible que la tuya. O mi Jesus, no permitais jamás que yo destierre de mi corazón vuestras celestiales gracias, ó me haga indigno de vuestras afectuosas visitas.

Mientras me ocupo en estas reflexiones, hemos andado largo trecho del camino que conduce al Calvario. El Gólgota aparece á lo lejos: sí, aquel es el siniestro monte. ¡O Dios! cerremos los ojos, almas fieles á Jesus, para no verle. Aquel es el sitio en que dentro de algunos instantes será enclavado en la cruz nuestro amable salvador y espirará en medio de los tormentos. ¡O idea afflictiva! ¡O pensamiento fúnebre! ¿Quién podrá contener las lágrimas? ¿Llorais, piadosas mujeres? Lloremos, sí, lloremos: la hora fatal se acerca.

Pero silencio: Jesus se vuelve hácia vosotras. ¡Qué amable mirada, que penetra hasta lo mas íntimo de mi alma! Quiere ha-

blar.... ¡cuán dichosas sois! Jesús se dirige á vosotras: *Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque sabed que vendrán unos días en que se dirá: Dichosas las estériles, y las entrañas que no engendraron, y los pechos que no criaron. Entonces empezarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos. Porque si esto hacen con el madero verde, ¿qué se hará con el seco?* ¡O sensible corazón de mi Jesús! ¿Con que os olvidais de vuestras fatigas y tormentos por pensar en la suerte que aguarda á los desventurados habitantes de la ciudad deicida? ¡Ah! no permitais que yo merezca jamás el acto de compasion que habeis mostrado á esas mujeres afligidas; no, que jamás tenga yo que oír estas palabras: *no llores por mí, sino mas bien llora por ti mismo*; porque sería un indicio muy funesto del infeliz estado en que se hallaba mi alma.

¡Ay de mí! ya estamos al pie del monte. ¿Y debe subirle Jesús? ¿Y es ese el término de tan doloroso viaje? ¡O viaje! ¡O monte! ¿Y cómo tendré yo ánimo para subirle y asistir al sacrificio de Jesús? Pero

ved que mi salvador, agobiado y sin poder alentarencorvado y tambaleándose, se arrastra con trabajo. ¿Endónde estoy? Me falta el valor: Jesus camina á la muerte, y le siguen María, Juan y las santas mujeres. Pues bien por un combate generoso triunfaré de mí y le acompañaré tambien. Además ¿he olvidado la promesa que hice á Jesus en el huerto de Gethsemaní, de seguirle hasta el Calvario? Ha llegado la hora de cumplir mi palabra, y la expresion se ha verificado en toda su extension. Vengo pues, amadísimo salvador mio, vengo sumergido en una tristeza sin límites, despedazado el corazon con los sentimientos mas vivos de dolor y compasion y pudiendo apenas sostenerme: sea como quiera, vengo á vuestra presencia; y cuando vos habeis querido ser verdaderamente el varon de dolores, ¿quién podria creerse afligido en extremo? Vamos pues al Calvario, sin duda llorando y con el dolor mas profundo; pero vamos al Calvario con Jesucristo.





CAPITULO XXXIII.



Y llegaron al lugar que se llama Gólgota (S. MATEO, c. XXVII, v. 53).

PRELUDIO. Imaginemos que hemos llegado al Calvario con todos los corazones fieles á Jesus, con Maria, Juan y gran multitud del pueblo.

Ya estamos en el fatal collado. ¡O Gólgota! ¡ó sùnebre altar, sobre el cual consumará la víctima del amor su sublime sacrificio! Yo beso respetuoso tus peñascos y piedras, que dentro de unos instantes serán regadas con la sangre divina, y sostendrán el fatal madero en que ha de estar pendiente

la hostia viva de paz y de amor. ¡Que no me sea dado espirar en la cumbre con mi amado Jesus! Es cruelísimo asistir al sacrificio del objeto que uno mas ama, inmovil y con los brazos cruzados sin poder darle el menor auxilio. ¡Oh! si me lo permitiera Jesus, yo me sentiria con bastante ánimo para arrancarle de las manos de esos bárbaros. Sin embargo ¿qué podria hacer yo solo contra tantos soldados y todo un pueblo enfurecido? La misma madre de Jesus, el discipulo amado y otras personas piadosas no hacen ningun movimiento y se contentan con llorar; me resignaré pues como ellos, ya que es preciso que se cumpla la voluntad divina.

Ya se han repartido los ministros romanos y tocan cuatro para cada reo. Compadezco sin duda á esos dos infelices ladrones; pero al cabo no hacen mas que sufrir el castigo merecido. ¡Ah! mis ojos se fijan únicamente en Jesus, y no hay objeto que pueda distraerme de él. Le dan de beber: ya entiendo, es el brevaie que ordinariamente se propina á la víctima que va á ser crucificada, para que turbados sus espíritus con el licor, sienta menos la violencia

de los dolores. Mas como en todas las escenas de la pasion ha de resaltar la barbarie, los verdugos han mezclado hiel con el vino y la mirra. Crueles, seguro estaba yo de antemano que vosotros queréis todo aquello que puede aumentar los dolores de Jesus.

El Señor acepta. Sí, padre amado, bebed, el brevaie es amargo; pero tomadle; porque á lo menos causandoos una especie de vértigo disminuirá en parte la violencia de vuestros dolores, y desvanecerá las imágenes lúgubres que os asaltan desde anoche. En una palabra por repugnante que sea, siempre padecereis menos. Pero apenas le ha gustado Jesus, no quiere beber mas: tal vez la mezcla de la hiel le haya causado excesiva repugnancia. ¡ Oh ! no, Jesus ama demasiado el padecer para que le arredrase el amargor de la bebida. Ya os entiendo, mi amado salvador: habeis aplicado los labios á este vino para que su corrosiva acritud llegase hasta vuestro paladar; pero no habeis querido beberle á fin de conservar toda la radiante serenidad de vuestra razon y sentir de consiguiente los tormentos de la cruz en toda su fuerza y plenitud. Eso es lo que se llama querer el dolor con una

especie de pasion; esa es una ingeniosa sutileza para padecer del modo mas penetrante. Pero compadeceos de vos mismo, Jesus mio: estais sumergido ya en un Océano tan inmenso de afliccion, y es tal vuestro abatimiento, que ese leve refrigerio... Mas me parece que os oigo hablar á mi corazon y decir: En vez de aconsejarme que aleje el dolor, aprende tú á padecer. Demasiado cierto es, ó mi buen Jesus; siempre he tratado de sentir mis penas lo menos que me ha sido posible y de aliviarlas. Perdonad esta delicadeza á la debilidad humana. Despues de este ejemplo voy á trabajar por sufrir mis aflicciones con toda su acerba amargura sin otro lenitivo ni consuelo que este dulce pensamiento: me parezco á mi salvador.

Ved á los ministros de la justicia humana que rodean segunda vez á Jesus. Ya le han desnudado de sus otras vestiduras, y ahora le van á quitar la túnica. Con tiento, os suplico: ¿no veis que la túnica está pegada en la mayor parte á las llagas todavía recientes? Con tiento, con tiento. ¡Ah! tigres, ¿qué os costaba mostrar un poco de caridad? Más no, todas las heridas del Salvador se vuelven á abrir: mirad cómo corre de nue-

vo la sangre; ¿quién podrá expresar el dolor que ha sentido en este instante terrible? ¡Ah! mi Jesus, no sé qué brazo me detiene al tiempo de precipitarme sobre esas fieras que se han despojado hasta del último sentimiento de humanidad. Pero vuestro silencio, mi amado redentor, es mas elocuente que toda especie de discurso. Al veros despojado asi de vuestras vestiduras en medio de los mas atroces dolores lloro mi vanidad pasada y mi apego á las pompas y bienes del mundo. O cielo, mi redentor está desnudo y cubierto de heridas, y yo no aspiraba mas que á llenarme de riquezas perecederas y brillar por un lujo mundano. Vuestra pasion, ó Jesus, es una gran leccion para mí, que me abre los ojos por grados, y me enseña á conocer mas y mas las muchas culpas de que debo enmendarme. Os suplico pues por el acerbo dolor que acabais de sentir en este instante, que me despojeis completamente de todo afecto á los bienes terrenos, tan despreciables y de tan breve duracion.





CAPITULO XXXIV.



Y le crucificaron (S. MARCOS,
c. xv, v. 25).

PRELUPIO. Imaginemos ver á Jesús despojado de sus vestiduras y á punto de ser enclavado en la cruz.

¡Jesús expuesto á las miradas insolentes de una multitud innumerable! ¡Reducido á la desnudez Jesús que viste los prados de flores, las aves de pluma y las frutas de su brillante corteza! ¡Jesús, tierno amante del pudor, azucena blanca é inmaculada del valle, en un estado tan vergonzoso! O mi salvador, siento vuestra confusión y pena

en lo íntimo de mi alma. Se ha cumplido con una exactitud dolorosísima la profecía de David, cuando decía: *Ahora no soy mas que un gusano de la tierra y no un hombre: la multitud me ha escogido por su juguete: aqui me teneis hecho la abyeccion de la plebe.* Espíritus celestiales, fijad los ojos en vuestro rey, á quien os ocupais en contemplar y amar desde la creacion en el seno de su eterno padre. ¡Ah! vosotros comprendeis en parte el abismo de humillacion en que ha caido. ¿Y por quién tanto abatimiento? por nosotros. ¡O misterio de amor! ¡o prueba inefable de caridad!

Pero ya está hincada la cruz en el suelo, y los cuatro ejecutores de la mas infame ó injusta sentencia conducen á Jesus al lugar del suplicio. Sigámosle... ¡Ay de mí! mis pies tiemblan y vacilan. ¡O hora terrible! cuando yo seguia á mi amado maestro gozoso y contento en su predicacion, ¿podia ocurrirme jamás que habria de acompañarle en un lance tan fatal?

Jesus da algunos pasos: ¡qué languidez y abatimiento! La corona de espinas le hiere la cabeza sin cesar, y aunque ya ha salido sangre en abundancia, todavía caen algu-

nas gotas de cuando en cuando. O rostro adorable de mi amado redentor, ¿qué se ha hecho la flor de vuestra divina belleza? Os parecéis ahora á la rosa purpúrea de Jericó, que medio trouchada por una mano bárbara inclina tristemente sobre el tallo su cáliz descolorido y marchito. Sin embargo hasta en ese estado atraeis suavemente á vos los vuelos de mi ternura. ¡Ah! sí, la palidez mortal que cubre vuestro semblante, y la tranquila languidez de todas vuestras facciones traspasan mi alma con las dos espadas del amor y del dolor.

Ya estamos delante de la cruz: ya han atado los verdugos á Jesus por debajo de los brazos para levantarle y extenderle sobre el madero del suplicio (1). O cruz, objeto hasta aquí de horror y de infamia, recibe á mi Criador que sube al altar donde va á sacrificarse. ¡Que no puedas conocer la sublime honra que recibes en este instante! Nada tendrás ya que envidiar á los cedros mas fa-

(1) El modo de crucificar descrito aqui me ha parecido asi como á varias personas el que practicaban los antiguos romanos. A lo menos esto es lo que he sacado de un prolijo y perseverante estudio sobre la materia.

mosos del Libano, porque ninguno de ellos ha recogido jamás los homenajes que se te rendirán á tí, árbol precioso, tenido por digno de tocar esos miembros sacratísimos, y sobre el cual va á brillar en breve la púrpura ensangrentada del rey de los reyes. ¡Oh! ¡y cómo envidio tu dicha! ¡Con qué placer trocaria yo tu suerte con la mia solo por tener la gloria y la inestimable felicidad de tocar el divino cuerpo de mi Jesus! De aqui adelante los hombres no se horrorizarán ya á tu vista; una vez santificada por el contacto de los miembros del hijo de Dios, en vez de ser un instrumento de suplicio como antes, te convertirás en un objeto sagrado. Permite pues que yo antes que todos me postre delante de tí y te venere con filial afecto. Salve, ó cruz adorable, salve: aumenta la gracia de la santificacion en el corazon de los justos, y destruye para siempre las iniquidades de los pecadores.

Pero ¡ah! mientras que mis sentimientos se desahogan libremente, Jesus es extendido en la cruz. Aqui están los clavos... no, no, por compasion. Lejos de aqui esos clavos mortíferos: solo de verlos me estremezco. Dejad á mi salvador asi atado... Pero el vien-

to se lleva mis palabras. Los cuatro verdugos clavan los clavos en los pies y manos del Salvador. ¡Ah! ¡cómo resuenan los martillazos en lo íntimo de mi corazón! O Dios mío, ¡cómo suena con el martillo la carne acardenalada y rasgada! ¡cómo crujen los huesos descoyuntados! ¡cómo se estremecen los nervios partidos! ¡cómo chorrea la sangre por todas partes! No hay expresión humana que pueda pintar el horror de este suplicio: pareceme que yo mismo le estoy sufriendo.

Jesus está enclavado en la cruz, y el peso del cuerpo rasga mas y mas las manos. La cuerda que le sujeta por en medio, no es mas que un sosten para unos miembros desfallecidos y sin fuerza. O mi Jesus, ¡y vos no exhalais ni un solo suspiro! Mas una palidez mortal ha cubierto vuestro rostro; ¡qué dolores y qué angustias! La sangre que se ha retirado de las venas, refluye toda hácia el corazón. ¡O estado horrible! ¡o martirio que no tiene nombre! ¡Ah! Maria, pobre madre, venid, venid, acerquémonos á la cruz: ven tambien, discípulo amado, no abandonemos á nuestro amado bien: todo se ha acabado; ya no podemos poseerle vivo.

¿No podemos ya poseerle? ¿Y estamos condenados á verle morir en medio de los tormentos mas atroces y espantosos? ¡Ah! Jesus mio, mi Jesus crucificado, al fin ya estais en el gran altar en que vuestra voluntad ha querido consumir el holocausto infinito. ¡O víctima adorable! ¡ó víctima del amor! ¡con que estais enclavado en la cruz por ternura hácia mí! ¿Podria yo contemplaros con ojos enjutos? No será asi, mi dulce Jesus, Jesus mio agonizante: os renuevo, bañado en un mar de lágrimas, mis protestas de amor y mi sincero deseo de ser crucificado con vos. Si, de aqui adelante todo se acabó para mí: no conozco otra cosa que vuestra cruz: el mundo está crucificado para mí, y yo crucificado para el mundo. ¡Cuán feliz seria si pudiera añadir: *estoy crucificado con Jesu-cristo!*





CAPITULO XXXV.



Y llegada la hora sexta se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora nona (S. MARCOS, c. xv, v. 35),

PRELUDIO. Imaginemos que estamos junto á Jesus crucificado entre dos ladrones y cercado de soldados que le custodian: mas atrás gran multitud del pueblo.

¡Jesus entre dos ladrones como si fuera el mas perverso! ¡Tambien esta ignominia! Padecer mucho es gran virtud; pero pade-

cer como criminal siendo inocente, ese es el heroismo de la humildad, de la paciencia y de la mansedumbre. ¡Qué sublime elección me da Jesús desde la cruz! Pero ¿qué miráis vosotros? ¡Ah! al ver á ese pueblo impío y sobre todo esos pérfidos magistrados contemplando con diabólica complacencia un espectáculo que arrancaría lágrimas á los corazones mas insensibles, ardo en indignación. Infames y sanguinarios deicidas, ya habeis llegado al término de vuestros desesos; queriais que fuese crucificado; pues ahí le teneis enclavado en la cruz. Ahora ¿qué hareis, desdichados, sin Jesús? ¿Quién restituirá la salud á vuestros enfermos? ¿Quién resucitará vuestros muertos? ¿Quién consolará á vuestros afligidos? ¡Cuán ciegos sois! Todo lo perdeis perdiendo á Jesús. Pero ¿qué os importa? Es preciso que ceda todo al bárbaro placer de verle agonizar en el patíbulo de los esclavos y morir entre los tormentos mas horribles. Con todo os suplico que consideréis un instante sus dolores y padecimientos, y examineis cuán cruel es su situación, pues no puede hacer el mas leve movimiento para mitigar el dolor de sus miembros atravesados con

los clavos y de sus espaldas desgarradas con los azotes. Imaginad las punzadas inexplicables que le ocasiona ese hierro atravesado por los músculos, los nervios y los huesos, que tanto abundan en esas partes del cuerpo humano. El aire mismo y el sol penetrante del mediodía vienen tambien á irritar su dolor ó inflamar sus llagas. Además ved como está anhelante y oprimido: parece que cada aliento va á ser el último. La sangre que afluye hácia la cabeza, hace mas agudos los dolores que le causan las puntas aceradas de la corona de espinas. Su rostro está ardiendo, y ese color encendido no es indicio de salud, sino que manifiesta la atrocidad y violencia del suplicio. El corazón que no ejerce con regularidad sus acostumbradas funciones, dilata violentamente los vasos, comprime los pulmones ó impide la respiración. ¡O tormento! ¡ó agonía horrible, mas cruel que mil muertes! Por mi parte no puedo mirarle sin deshacerme en sollozos. ¡Y vosotros permanecéis insensibles! ¡Cómo! ¡ni siquiera un primer movimiento de compasion! ¡ni siquiera una sola lágrima! ¡Ah! bárbaros, saciaos, saciaos de esa sangre divina de que tan ardiente sed teneis. Ved

cómo corre á arroyos y baña la tierra que pisais. Pero temblad, esa sangre os recuerda que habeis pedido con imprecacion que cayese sobre vuestra cabeza. Vuestra súplica será oída, y en efecto caerá sobre vosotros esa sangre; pero ¡ahl será para vuestra ruina.

Los pontífices conversan entre sí y en voz baja: muchos que se habian marchado han vuelto á toda prisa. Yo quisiera oír... Perversos, han ido á quejarse á Pilato de la inscripcion puesta sobre la cruz en caracteres hebreos, griegos y latinos, y disputan que no debia escribirse *Jesus Nazareno, rey de los judios*, sino *que se dice rey de los judios*. Mas Pilato les ha respondido cuerdaté: *Lo que he escrito he escrito*. Los malvados temian rebajar su honor. Ya vereis infames, al fin de los tiempos si es el rey no solo de los judios, sino del mundo entero. Ya le vereis en el gran dia de las venganzas, cuando aparezcan á vuestros ojos estas palabras trazadas con letras de fuego en la orla de su vestidura: *rey de los reyes y señor de los señores*; cuando quebrantando con ferreo cetro vuestra soberbia y la de todos los incrédulos que se os parecen, la abata para siempre; cuando su voz terrible

atierra á todo el que haya rehusado seguirle. Mas antes de ese dia último vosotros y toda vuestra posteridad le vereis reinar triunfalmente por la santísima religion que ha traído del cielo y se ha convertido desde luego en un objeto de veneracion para toda la tierra. Le vereis...

Pero ¿qué ha ocurrido? El sol se ha ocultado, y de repente se han esparcido las tinieblas de la noche. ¿Será un eclipse? Mas ¡hoy y á esta hora! ¿Amenazará alguna tempestad? ¡Ah! ¿qué voy á buscar? Esa noche repentina es una señal de la omnipotencia de Dios y una prueba de que la víctima pendiente del arbol de la cruz es verdaderamente el hijo del Altísimo. La misma naturaleza tiembla de espanto y quiere ocultar en densas tinieblas el crimen mas enorme: ¡O profunda obscuridad, que acrecientas la tristeza y el horror de la sangrienta tragedia representada en este instante! ¡O tinieblas! vosotras que sois hijas habituales de la noche, habeis ocultado á la vista el principio de la pasion de Jesus, y á esta hora hijas prodigiosas del dia quereis tambien cubrir con vuestro velo el fin dei drama que interesa á toda la humanidad. Yo me recojo interior-

mente en medio de vuestro silencioso horror, y medito.

¡Ah! sí, vosotras sois una funesta imagen de las tinieblas todavía mas espantosas de que está cubierto el corazón de ese pueblo y esos ministros prevaricadores, y también figurais las en que yo me he sepultado voluntariamente siempre que por mis ofensas he oscurecido la pura serenidad de mi alma. No seais para mí un presagio de desgracia. Después de haber asistido á este inefable sacrificio no consienta yo jamás que las sombras del pecado se extiendan sobre mí. O mi Jesús, sol de justicia, haced que siempre brillen vuestros rayos en el santuario interior en que habeis grabado vuestra imagen.





CAPITULO XXXVI.



Y los que pasaban blasfemaban de él meneando la cabeza (SAN MARCOS, c. XV, v. 29).

PRELUPIO. Imaginemos que estamos al pie de la cruz de Jesus con la virgen Maria y San Juan, contemplando lo que pasa. Las otras Marias están un poco detras. El pueblo corre en tropel á presenciar este espectáculo.

Buen Dios, ¿en qué manos han caido las vestiduras venerables que cubrian el cuerpo de mi dulcísimo salvador! Esos preciosos despojos que deberian ser un objeto de religiosa veneracion para todos los discípulos de

Cristo, ¿serán la recompensa de algunos verdugos desapiadados? Unos soldados despues de haber hecho cuatro partes del manto de Jesus se las distribuyen del mismo modo que acostumbramos nosotros repartir unas reliquias sagradas. ¡Oh! ¡si ellos pudieran conocer cuál es el precio de ese manto! Dadme tambien á mí, os suplico, una humilde partecita, y la estimaré en mas que los tejidos mas preciosos de los potentados y monarcas. ¡Ah! vuestra avaricia temeria ceder un solo pedazo. Pero ¿rasgareis igualmente la túnica inconsútil? No, quieren echar suertes para ver á quién toca. ¡Ah! dadmela á mí sin echar suertes, ó mas bien yo os la compraré á cualquier precio. ¡Qué consuelo para mí tener en mis manos la túnica santificada por la carne purisima de mi amado padre! Yo la visitaria dia y noche, la estrecharia mil veces contra mis labios, y pasaria horas enteras contemplándola y recordando la dolorosa historia y la hora funesta en que adquirí este tesoro. Luego iria á vestírmela con orgullo. ¡Yo vestirla! ¿Cómo me habia de atrever á echar sobre una carne indigna y manchada por el pecado una vestidura humedecida aun con la sangre

purísima de mi redentor? Me contentaría pues con tocarla y mirarla.

Pero mientras me alimento de una felicidad imaginaria, los soldados han echado suertes y se han apoderado de la preciosa túnica. O Jesús mio, ved aquí una nueva aflicción para mí: ¡no poder conseguir siquiera vuestras vestiduras para memoria!

O día terrible, siempre estarás grabado indeleblemente en mi ánimo, y cuando te traiga la revolución anual del sol, celebraré tu vuelta con lágrimas de veneración y con la mas profunda meditacion. En efecto ¿cómo he de recordar sin gemir el espectáculo á que asisto en este instante, y el estado deplorable de mortal angustia en que está sumergido mi amado Jesús? ¿Cómo no he de tener yo siempre presentes las injurias y befas de que es blanco? ¡Ah! Tantas afrentas me despedazan el corazon. ¡Qué barbarie! ¡insultar á un afligido en medio de los mas atroces tormentos! Maria, madre de aflicción, ved con qué gozo feroz contemplan á vuestro hijo esos seres inhumanos. Cualquiera diría que son unos lobos hambrientos, que despues de haber despedaza-

do su presa la contemplan palpitante aun y bañada en su sangre hasta que la devorarán: ved qué actos de desprecio y cómo mearán la cabeza al pasar: preciso es que tengan un corazón de piedra, ó mas bien que no le tengan. Escuchad los ultrajes y las horribles blasfemias: *¡ Eh! tú que destruyes el templo de Dios y en tres dias le reedificas, sálvate á tí mismo. Si eres el hijo de Dios, baja de la cruz. ¡Insensatos! ¿que Jesus baje de la cruz! ¡Ojalá que el cielo no escuche jamás vuestra insultante exhortacion! ¿No sabéis que si bajara Jesus del altar donde se ha sacrificado, se perderia todo para vosotros, para mí y para el mundo entero? Suplicadle mas bien, sí, suplicadle ardientemente que consume su obra; pedidle con lágrimas que ya que ha escogido ese infame patibulo para pagar el rescate del género humano, consume la saludable oblacion. ¡Ah! Jesus mio, conmovido sensiblemente el corazón por los inexplicables tormentos que sufrís, bien desearia yo veros bajar de la cruz y libraros de tantos dolores y angustias y de una muerte inminente; mas entonces ¿qué seria de mí y del universo entero? Por vuestro honor y por bien nuestro*

acabad la grandiosa obra que habeis empezado.

Sin embargo esos soeces mofadores no cesan de insultar á Jesus. Oigo á los príncipes de los sacerdotes, á los escribas y ancianos que se retiran diciendo: *A otros salvó y no se puede salvar á si mismo.* ¡Con que confesais que ha salvado á otros! ¿Se necesita mas para probaros que es Dios? ¿No será bastante poderosa la memoria de sus beneficios para protegerle contra vuestro furor?

Pero no me oyen y continuan: *Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él. Confia en Dios; si Dios le ama, librole ahora; pues él dijo: soy hijo de Dios.* ¿Qué quiere decir esto? ¿Pedis milagros! pero milagros segun vuestras ideas? ¿No bastan los que ha obrado para moveros á creer?

O mi Jesus crucificado, esós inicuos en vez de abrir los ojos de la fé y reconocer en vos al Mesias esperado de las naciones solo tratan de insultaros. ¡Y guardais silencio! ¡Ah! ¡cuán profundamente os penetran esos ultrajes; pero mas aun la funesta ceguedad de los que os los dirigen! ¡En qué

afliccion estais sumergido! Entre tantos y tan horribles tormentos ni siquiera hay una alma que se compadezca tiernamente de vuestras penas. ¡Ser escarnecido, beñado y lleno de maldiciones y blasfemias! Aprenda yo, mi Jesus, á imitar vuestra paciencia cuando se agravan con los insultos los males que padezco.





CAPITULO XXXVII.



Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen (SAN LUCAS, c. XXIII, v. 54).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos al pie de la cruz de Jesús con la virgen María y San Juan, contemplando lo que pasa. Las otras Marías están un poco detrás. El pueblo corre en tropel á presenciar este espectáculo.

Bien lo sé, amadísimo Jesús mío, la sangre que derramais de continuo, vuestro abatimiento y agonía no os permitirían hablar sino difícilmente y con el mayor esfuerzo. No obstante ¿podeis oír ultrajar vuestra

honra y la de vuestro padre sin decir una sola palabra? Pero me parece que abre la boca. ¡Oh! escuchemos, escuchemos los últimos acentos de nuestro amor espirante. Silencio por caridad, no perdamos una sola sílaba: son muy preciosas las palabras salidas de esos labios divinos que va á cerrar la muerte. Jesus levanta piadosamente los ojos al cielo y exclama: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.* ¡O extremo de caridad! ¡Con que vuestros enemigos os insultan y blasfeman de vos, y vos implorais su perdón! ¡y rogais á vuestro padre por ellos! ¡y tratais de disculpar su monstruoso deicidio ante él! O divino maestro, ¡con qué fidelidad practicais la doctrina que nos habeis enseñado! *Pedid por los que os persiguen y calumnian.* Estoy todo conmovido y no puedo menos de enternecerme al ver que mi amable Jesus recoge sus fuerzas con aire de piedad y compasion para pedir por aquellos que le prodigan humillaciones y le están ultrajando con la malicia mas refinada. Desde ahora se ha mudado mi corazón. Venga en adelante quien quiera á ultrajarme y calumniarme y vomite contra mí las imprecaciones mas horribles: ¿serán

mas intolerables que las que sufrió Jesus? No seguramente. Pues si Jesus perdona á los que le ofenden con un odio tan enconado y un furor tan perseverante, é intercede por ellos con su eterno padre; ¿podré yo obrar de otro modo? No, Dios mio, tambien perdono de lo íntimo del corazon á mis mas encarnizados enemigos.

Pero ¿de qué sirve á Jesus mostrarse tan clemente y misericordioso con estas almas inhumanas? Hasta uno de los ladrones que estan crucificados con él, le llena de invectivas é improperios. Mirad qué ojos feroces echa á Jesus y qué horribles blasfemias y frenéticos insultos profiere. *Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros.* ¿Con que para manifestar que es el Mesias deberá salvaros é impedir que los culpables paguen la pena de sus delitos? Mas ya oigo al otro ladron reprender á su compañero diciendo: *Ni tú temes á Dios estando condenado al mismo suplicio. Nosotros á la verdad lo estamos con justicia, pues pagamos la pena que merecen nuestros delitos; mas este no ha hecho ningun mal.* ¡O maravilla! ¡y es un malbechor el que habla así! ¡Qué humildad en reconocerse digno de la pena que sufre!

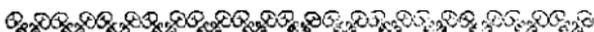
¡Qué zelo en defender la inocencia de Jesus! ¿Con que tú declaras que el Salvador ha sufrido este ignominioso tratamiento solamente por injusticia y que está puro de toda especie de culpa? O ladrón, descubro en tí una maravillosa operacion de la gracia divina: no te detengas, no te detengas en el camino de la salvacion. En efecto vuelve humildemente la cabeza hácia el Redentor y le dice: *Señor, acuérdate de mí cuando fueres á tu reino*. Bien lo decia yo: la gracia obraba en esta alma; ya se ha salvado el ladrón: cree ¡y con qué energia! que la gran víctima pendiente como él de la cruz no por eso deja de ser Dios y el Mesias verdadero. Poco le importa que Jesus no dé á sus enemigos la prueba que le piden para creer en su divinidad. En vez de verle bajar del patíbulo le ve espirar en él; pero este no es un motivo para que él piense que el Señor no tiene el poder de bajar: solamente cree que no quiere hacerlo. Cree, ¿y qué prueba descubre aqui de la divinidad de Jesus? ¿No concurren aqui todas las circunstancias para mostrarle en lugar de un Dios el hombre vil cubierto de confusion, entregado á la ignominia y castigado por un crimen? ¡Qué

vergüenza para mí que á pesar de tantas lances y pruebas evidentes no tengo mas que una fé muy debil y tímida! Así ¿qué no conseguirá este buen ladron en premio de su fé? Jesus le responde: *En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso.* O dichoso ladron, ó ladron bienaventurado, ¿lo has oido? Jesus te ha dado su palabra, esa palabra infalible, de la que decia él mismo: El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán. Hoy, hoy mismo morirás con Jesus para ser despues el compañero de su bendita alma. Estar unido á Jesus, gozar cara á cara de Jesus glorificado, hallar su gloria y bienaventuranza en Jesus, ¡qué paraíso! Muere, muere pues, afortunadísimo ladron. ¡Cuánto envidio tu suerte! ¿Quién en adelante podrá jactarse de dejar el mundo con tanta seguridad tocante á su propia salvacion? Cuando estés en el reino de mi redentor, ruega por mí para que en la hora tan incierta y temible de mi tránsito á la eternidad pueda yo oír tambien aquellas palabras de consuelo: Hoy estarás conmigo en el paraíso. O mi Jesus, si vos me las dirigierais tambien, yo estaria pronto á morir al punto, inclinaria aqui la cabeza al pie de

vuestra cruz y exhalaría suavemente mi alma entre vuestros brazos.

Mas en tanto que el buen ladron consuma la obra de su salvacion, el otro continua blasfemando y se condena. ¡Terrible misterio! Al lado de Jesus se ballan dos hombres al parecer en el mismo estado: el uno recibe la promesa segura de su eterna bienaventuranza, y el otro se precipita en la condenacion eterna. ¡Ah! ¡Cuán impenetrables son los secretos divinos! Ahora lo veo: no basta para salvarse estar junto á Jesus, sino que es preciso creer su divinidad, arrepentirse, humillarse y poner toda su confianza en él. No permitais, Señor, que mi fin sea el del ladron impenitente.





CAPITULO XXXVIII.



Jesus dijo á su madre: Mujer,
ahí tienes á tu hijo (SAN JUAN,
c XIX, v. 26).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos en pie junto á la cruz de Jesus con la virgen María y San Juan, contemplando lo que pasa. Las otras Marias estan un poco detrás. El pueblo corre en tropel á presenciar este espectáculo.

Jesus mio, vuestra última hora se acerca á toda prisa: dentro de unos instantes nos vais á abandonar. Vuestras cariñosas palabras y vuestras miradas compasivas se han dirigido hácia los que os han crucificado con

tanta barbarie , y hácia el ladrón que está al lado vuestro. ¿Y no nos decís nada á nosotros, vuestros fieles siervos, que lloramos al pie de la cruz? ¿No hay nada para nosotros, ni una palabra , ni siquiera una mirada? ¿Y para vuestra afligida madre? Mas: ya le veo bajar sus lánguidos ojos y fijarlos en su madre y en el discípulo amado. Silencio , que va á hablar. *Mujer , ahí tienes á tu hijo.* ¿Quién viene á ser el hijo de María? ¿Juan, el discípulo amado? ¡Pobre madre! ¡qué doloroso cambio! Es verdad que Juan merece toda distincion; pero ¿puede compararse con Jesús? ¡Ah! no lloreis , María. Sin duda en esta expresion del Salvador moribundo habeis echado de ver su última despedida; pero sea vuestro consuelo el tierno afecto que os tiene. Porque os ama os deja en lugar suyo al que quiso: mas que á todos los otros discípulos: mejor que yo lo sabeis, es preciso resignaros y adorar los decretos de la voluntad divina.

Ahora se vuelve Jesús hácia el discípulo, y señá'ándole la persona de María con los ojos le dice: *Ahí tienes á tu madre.* ¡Ó discípulo mil veces dichoso! ¡ con que María será tu madre en adelante! Vivirás con ella , gustarás á tu

sabor las gracias de su conversacion celestial, y recibirás saludables documentos de ella. ¡Oh! ¡que no pueda yo trocar mi suerte por la tuya! Tú has seguido siempre fielmente á Jesus: te has granjeado su amor por tu vida casta é irreprehensible: has compartido sus trabajos y fatigas; y eres el único discipulo que ha tenido valor de asistirle aquí en su última agonía; pero eres remunerado superabundantemente convirtiéndote en amigo, y custodio é hijo de María. Y vos, Virgen immaculada, ¿no me recibiréis tambien por hijo vuestro? Consiento en que lo sea Juan de una manera especialísima, porque la ternura de Jesus le legó este precioso tesoro; pero permitid, os suplico, que nosotros seamos tambien hijos vuestros: miradnos como adoptivos; y despues que hayamos perdido á Jesus, protegednos vos que habeis sido educada en su escuela, instruidnos é implorad en favor nuestro la asistencia divina del que no se desdeñó de ocultar su majestad en vuestras castas entrañas.

¡Cuán largo es este dia fúnebre! Ya hace mas de dos horas que mi amado Jesus lucha con una dolorosa agonía. Hasta aquí he deseado que se librara de la muerte; pero ahora

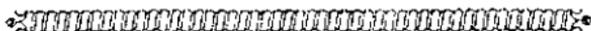
que le veo tan abatido, desearia mas bien que se apresurase aquella. Esto es padecer ya demasiado: á cada instante se hacen mas intolerables sus congojas, se vuelven á abrir las heridas y se acrecienta la opresion del pecho. Mirad qué respiracion dificil é interrumpida: su rostro está tan cárdeno como el de un cadaver. ¿Y qué diremos de sus tormentos interiores? ¡Ah! ¡cuánto debe sentir esa alma tan tierna! ¡En qué negra tristeza está sumergido! *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* Grito esforzado y lamentable. Jesus mio, ¿qué teneis? ¿por qué levantaiis asi dolorosamente la cabeza al cielo? ¿qué significan esas miradas y ese grito que expresa tanta angustia? ¡Vos desamparado del Padre! ¿No habeis dicho muchas veces: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí?* Pues ¿á qué viene esa afliccion y sentimiento profundísimo, como si os hubiera desamparado realmente? ¡Ah! ya lo entiendo, vuestro padre celestial ha cargado sobre vos todos los pecados de los hombres, y para que su justicia fuese plenamente satisfecha ha descargado sobre vos el terrible peso de su ira. ¡Ah! mi Jesus, ¡qué horrible peso el de la venganza divina! ¡y le tomáis

vos sobre vuestros hombros por amor á nosotros! ¿Con qué! podré pagar yo ni agradecer siquierá este abismo de caridad? Decidme qué puedo hacer, porque estoy pronto á manifestaros mi gratitud. Entregar vuestro cuerpo á los tormentos por afecto á mí es ya mucho; pero entregar también vuestra alma ese es el misterio del amor.

Ó alma de mi Jesus tan cruelmente probada, ¡qué congojas y tinieblas padeceis ahora que os abate el desamparo de vuestro padre! Muchas veces me ha acontecido ya por mis pecados, ya por un efecto de la permission divina buscar á Dios sin hallarle; pero ¿qué es esto en comparacion de lo que ahora sufre Jesus, el cual no merece ser tratado como yo lo he merecido tantas veces?

Dios eterno, haced de mí lo que queráis: privadme de todos vuestros consuelos: este castigo me parecerá leve acordándome de la dolorosa exclamacion de mi Jesus.





CAPITULO XXXIX.



Dijo: Tengo sed (SAN JUAN,
c. XIX, v. 28).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos en pie junto á la cruz de Jesus con la Virgen María y San Juan, contemplando lo que pasa. Las otras Marías están un poco detras. El pueblo corre en tropel á presenciar este espectáculo.

¿Es posible que no respeten siquiera el sagrado nombre de Dios? Vosotros que os burláis de Jesus diciendo que invoca á Elias porque ha pronunciado las palabras: *Eli, Eli*; ¿ignorais acaso que este es uno de los nombres del Todopoderoso? Que los soldados romanos hablen asi los disculpo; pero

«vosotros, judíos.... Mas ¿por qué he de admirarme que estos hombres tomen en vano el nombre de Dios, cuando no hacen escrupulo de cometer tan enorme crimen como es el deicidio? *Este llama á Elias*, dicen: *deja, veamos si viene Elias á librarle*. Impíos, ¿con que perseverais en vuestras insolencias y ofensas? Pues temblad: ese Dios invocado por Jesus y sobre cuyo nombre santísimo trecan vuestras insolentes blasfemias, ha tomado ya la medida de su ira y no tardará en lanzar el rayo. ¡Desdichados!.... Pero mis pensamientos se pierden; ¿y de qué sirve indignarme contra esos pérfidos? Vale mas fijar los ojos en Jesus.

¡Ah! ¡qué profunda es su agonía! Me parece milagroso que viva aun siendo tan intensos sus dolores. Intenta hablar; pero con qué voz débil y desfallecida! *Tengo sed*. ¡Cómo! Jesus ha sufrido tantos terribles tormentos sin pedir el menor lenitivo, y ahora nos dice que tiene sed: preciso es que el suplicio de la sed sea mas cruel que todos los demas. A decir verdad la sangre que ha perdido y pierde continuamente, el calor ardiente del medio dia, el sudor que baña todos sus miembros, han debido por

necesidad secar el paladar de Jesus. Sin embargo ¡qué mansedumbre! ¡qué tranquilidad! ¡qué concision al hablar de su tormento! En vez de deshacerse en prolijas lamentaciones se contenta con decir: *Tengo sed*. ¡Oh! ¡cuán difícil es aun para la virtud mas perfecta no exagerar sus dolores y exponerlos con sinceridad é indiferencia como si se tratára no de sus propios males, sino de los de otro! Jesus mio, así me dais una útil leccion: no llevais á mal que en sus enfermedades exponga vuestro siervo sus necesidades á quien puede asistirle; pero quereis que las exponga sin quejarse, con moderación y tranquilamente, en una palabra del mismo modo que vos habeis dicho: *Tengo sed*.

Mas en tanto que yo medito, mi Jesus es atormentado de esta aguda necesidad. Que busquen un poco de agua y se la traigan. ¡Ah! ¿dónde se hallará en este lugar? ¡O dicha! uno de los asistentes ha pensado tambien en ello antes que yo. Bendito sea el cielo: una vez á lo menos se han compadecido de mi Señor. Aquel hombre moja una esponja en el vaso de vinagre destinado para los soldados: sin duda la bebida es ordinaria; pero á lo menos calmará el ardor de aquella sed

voraz. Pone la esponja á la punta de una vara de hisopo y la acerca á los ardientes labios de Jesus. *Deja, veamos si Elias viene á bajarle de la cruz.* Cruel, ¿con que no puedes cumplir un leve deber de caridad, sin que vaya acompañado de una burla amarga? ¡Tambien tú repites la mofa y los insultos de los demas! Ó mi Jesus, no esperéis ningun alivio que no vaya mezclado de un sentimiento de pena y afliccion.

No obstante bebeis para reanimar vuestras fuerzas. Sí, Jesus se reanima y luego habla de nuevo: silencio: *Todo está consumado.* ¡Todo está consumado! ¡por consiguiente se ha acabado tambien vuestra vida, bendito Jesus! ¡Ah! Muy cercano está su término, y con él se concluye la grande obra por que habeis venido entre nosotros. ¡Cuánto os ha costado esa obra prodigiosa de la redencion humana! ¡Qué trágico y doloroso es el desenlace! ¡Con qué arroyos de sangre queda sellada, y con cuántas congojas y tormentos se consolida! Todo está consumado. ¡Ó expresion que excitando el gozo mas vivo en mi corazon, porque me muestra el cumplimiento de la rehabilitacion universal esperada tantos siglos há,

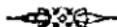
me aflige también profundamente, porque me manifiesta que se acaba la vida de Jesús. ¡Ah! ya han pasado tres horas de estar agonizando la desconsolada víctima y padeciendo en este lecho de muerte cuanto es posible padecer. ¿Será esta la hora fatal, la hora predestinada desde la eternidad, en la cual...? ¡Ah! tiemblo á esta sola idea.... Dios mío, ¿qué veo? ya se manifiestan todos los síntomas de una muerte inminente en la adorable persona de Jesús: su color se vuelve cada vez más lívido: su cuerpo se rinde á todo su peso: su sangre.... ¡Ah! ya no le queda una gota que derramar: sus ojos ¡ó dolor! sus hermosos ojos cuyo apacible brillo alegraba á todos aquellos en quienes se fijaban, están lánguidos, medio cerrados y casi apagados. Ya tocamos al instante fatal. María, madre ternísima, Juan, discípulo amado, y vosotras, santas mujeres, es llegado el momento mas terrible, el punto en que debemos consumir cada uno nuestro sacrificio. Nosotros le hemos asistido hasta aquí y hemos tenido bastante fortaleza para verle padecer durante tres horas. No le abandonemos en sus últimos instantes. Anímo; pero ¿qué hablo de ánimo? Yo siento

désfallecer mis fuerzas.... un sudor frio....
 ¡ Ah ! Jesus moribundo , os suplico que por
 última vez volvais hácia mí vuestras lángui-
 das miradas , é infundais en mi corazon la
 fortaleza que habeis comunicado á vuestra
 santa madre. Ó Dios , dentro de poco no se-
 reis mas que un cuerpo frio é inanimado.
 ¡ Jesus frio é inanimado ! ¡ Jesus sin vida ni
 movimiento ! ¡ Jesus helado por la muerte !
 ¡ Con que asi no oiré mas los dulces acentos
 de vuestra voz , ni veré las facciones de vues-
 tro amable semblante ! Lejos de mí , funestas
 idéas , lejos de mí , que me abatís y descora-
 zouais. Jesus mio , no quiero dejaros di-
 choso yo si puedo espirar con vos.





CAPITULO XL.



E inclinada la cabeza entregó su espíritu (SAN JUAN, c. XIX, v. 30).

PRELUDIO. Imaginemos que tenemos los ojos fijos para ver las últimas señales de vida que da Jesús. La descripción del sitio es la misma que mas arriba.

Dentro de brevísimos instantes habrá cesado de existir Jesús. Angeles bienaventurados, bajad del cielo, venid á asistir á vuestro rey, recoged esta víctima inmolada por el amor y presentadla á su eterno padre; pero Jesús se presentará por sí y pedirá por nosotros. Ved cómo levanta al cielo

sus desfallecidos ojos, y con un grito que parece prodigioso exclama: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Luego inclina la cabeza y espira. Ya no existe Jesús; ¡Ah! malvados, vosotros pagareis la pena de esta fechoria: ya ha muerto el cordero sin mancha: ya ha exhalado su alma misericordiosa y habeis conseguido por fin vuestros bárbaros deseos. Saciaos, lobos crueles, saciaos en esa sangre inocente: mirad ese cuerpo sin movimiento, sin color y abandonado á su propio peso: mirad esa cabeza inclinada sobre el pecho. Impíos, triunfais; la victoria es vuestra; pero temblad. No está lejos el día de la terrible venganza, y no en vano habreis invocado esa sangre sobre vuestras cabezas: sí, caerá sobre ellas, no lo dudeis.

Jesús mio..... No responde: ha muerto....
 ¿Y quién le ha muerto? ¿Dónde estais, alma fugitiva de mi amado Jesús? Cielo, tierra, respondió: ¿quién de vosotros la posee?
 ¡Ah! restituidme Jesús: con él lo he perdido todo: sin él no puedo vivir. Jesús, Jesús.....
 Mas ¿quién responde á mis gemidos? ¡Ah! es un eco sordo y lastimero. Jesús no existe ya. Postrémonos al pie de la cruz y adoremos

ese cuerpo exánime, tabernáculo immaculado donde habitó largo tiempo la benditísima alma de nuestro divino Señor. Lloremos aquí todos juntos y dejemos correr abundantes lágrimas en el mismo paraje donde derramó copiosamente nuestro redentor Jesús su sangre preciosa. ¡Ó muerte! ¡Ó cruz! ¡Ó momento fatal!.... Todos mis sentidos están turbados..... ¿Qué haré yo sin Jesús? ¡Ah! ¡quién me diera, tierno dueño mio, poder seguirlos!

Pero también yo moriré: ¡ó contento! moriré é iré á reunirme con Jesús á quien he perdido. ¿Y cuándo llegará ese dichoso instante? ¿Cuándo apareceré ante mi Señor para gozar eternamente de su vista? ¡Qué desgraciado soy! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal? ¿Quién me dará las ligeras alas de la tierna paloma para tomar vuelo é ir á posar en el seno de mi amado bien? ¡Ah! ahora sí que me pesa la vida: ahora sí que me parece largo y miserable este desierto. Pero yo os veré, mi bien y mi tesoro; yo os veré: vos me esperáis en los collados eternos de la celestial Jerusalem: el amor me aguija para ir á vos, y el amor me guiará.

Pero esa cruz ¡ ah! esa cruz es la escala por la cual levantó Jesus hasta el cielo su sacratisima humanidad: ¿ podré yo despues de esto subir por otro camino? Ciertamente que no: á la cruz pues, á la cruz. Jesus mio, pues que vos habeis muerto por mi, yo quiero morir por vos. Es cosa resuelta, moriré por vos: aqui, junto á vuestro cuerpo inanimado me despojo de toda pasion, de todo afecto mundano, de toda vanidad terrena, de todo placer legitimo: todo lo conculco y desprecio; y en este estado de desnudez me crucifico con vos. En adelante quiero crucificarme á toda cosa de la tierra, y vos solo, Jesus mio, sereis mi vida. ¡ Cuál será mi felicidad si puedo decir de veras: *Vivo; pero no soy yo, sino Jesucristo quien vive en mí!* ¡ Ó dichosa muerte mistica! ¡ Ó nueva ó inestimable virtud! Jesus ha muerto, y yo he cesado de vivir con él.

Pero ¡ ah! todo se mueve á mi redor. Señor, valedme: el monte tiembla hasta en sus fundamentos: los peñascos se parten: el velo del templo se rasga de arriba abajo: los sepulcros (¡ ó espectáculo inaudito!) se abren para que salgan los muertos. Buen Dios, ¿ qué pronostican estos fenómenos?

¿Ha llegado el fin del mundo? Toda la naturaleza se estremece: en todas partes se obran prodigios. Dios omnipotente, ¿quereis manifestar que el que acaba de entregar el alma es vuestro unigénito. Me alegro al fin de que todos van á conocer y juzgar por sí mismos cuál es el poder de ese justo, que en medio de los tormentos mas ignominiosos no exhaló un solo suspiro, ni dió una sola queja. Pero ¿no podian haber ocurrido antes los milagros que se obran en esta hora dichosa? El Redentor ha muerto porque ha querido; ¡y todas las criaturas sensibles á esta calamidad tiemblan de espanto al ver respirar á un Dios! ¡Ó incomprendible misterio de caridad infinita para con los hombres! La naturaleza inanimada que no tiene ninguna parte en este memorable suceso, se turba y desordena; y nosotros que somos la causa de todo.... ¡Ah! omnipotente Jesus, os reconozco y confieso por verdadero Dios. Ya habeis recibido mis solemnes protestas, Dios de amor infinito; pero las renuevo ahora. Rásguese por fin el velo que cubre mi espíritu obcecado: ablándese la dureza de mi corazón; y cúmplase en mí la grande obra en este dia de eterna memoria. Sí, tanadi-

¡oh padre mio, que acabais de morir, por
vuestra culpable criatura, recibid el tributo
de mis lágrimas, el sacrificio entero de mi
mismo y el completo abandono de mi alma
en los brazos de vuestro amor.





CAPITULO XII.



El centurion y los que con él estaban guardando á Jesus, viendo el terremoto y las cosas que sucedian, llenos de terror dijeron: Ciertamente este era hijo de Dios (SAN MATEO, c. XXVII, v. 54).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos á algunos pasos de la cruz observando con atencion lo que sucede.

Ciertamente este era un justo, era el hijo de Dios. ¿De quién viene este testimonio? Del centurion idólatra y de los soldados romanos. Alabado sea Dios. El pagano confiesa

á lo menos una verdad que no ha querido publicar el judío. ¡ Ah! sí, el desorden asombroso de la naturaleza en el solemne instante de entregar el Salvador su alma al padre eterno, la voz esforzada y terrible con que estando á punto de espirar ha dado un grito que ha resonado en el cielo, en la tierra y en los infiernos, todo manifiesta que ese cuerpo inanimado no es el de un criminal, sino el de un justo, de un Dios humanado. ¡ Qué consuelo oír esta memorable confesion de boca de un idólatra: *Ciertamente este era hijo de Dios!* Vosotros que asombrados de tantos prodigios y tocados de la divina gracia conocéis al fin y confesais quién es ese Jesus que habeis clavado en la cruz, aprovechaos de esta revelacion: rendíos á la evidencia de la verdad, abandonad el error y sed las dichosas primicias de la gentilidad, que ocupará un dia el lugar de los soberbios hijos de Abraham.

Acabado el funesto espectáculo el pueblo se pone en camino para volver á la ciudad. Pero ¡ qué motivo de asombro para mí! ¿ Qué se ha hecho el cruel regocijo que manifestó mientras presenciaba los tormentos de Jesus? Ahora se leen en el semblante de to-

dos el disgusto y la tristeza, y en lugar de las burlas y sarcasmos no oigo mas que el rumor sordo de conversaciones confusas, pero á media voz y tranquilas. La multitud baja del monte dándose golpes de pecho en la actitud de un hombre que se arrepiente muy tarde de haber hecho un mal irremediable. ¡Qué mudanza! Ese pueblo que hace cuatro horas seguia á Jesus con aire gozoso y de triunfo, se vuelve ahora triste y humillado. ¡Ó judíos, nacion antiguamente escogida por Dios! ¡Ó hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob! ¿Habeis reconocido la enorme prevaricacion que acabais de cometer? ¿Echais de ver que habeis sacrificado á vuestro Salvador, al Mesias esperado tantos siglos? Los prodigios que han sobrevenido os han abierto los ojos; pero ¿por qué no os rendisteis á la voz de otros muchos milagros que obró el mismo Jesus á vuestra vista? Desgraciados, ahora llorais vuestro crimen; pero ¿qué me importan vuestras lágrimas? ¿Podrán restituirme Jesus muerto por vosotros? Antes debisteis abrir los ojos, cuando con una palabra derribó en tierra á la multitud, cuando curó la oreja á Malco, cuando pidió por los que le habian crucificado: en-

tonces tal vez no hubiera muerto Jesús. Salved á lo menos: aprovecharos de vuestro dolor y apresuraos á expiar vuestro deicidio; de lo contrario: ese mismo arrepentimiento se volveria en confusion eterna para vosotros. En efecto ¡desgraciado el hombre que llora el mal que ha cometido, sin volver en sí y mudar de vida!

Ya nos hemos quedado solos; excepto los soldados que custodian á los crucificados. Mantengámonos un poco apartados para considerar lo que va á suceder: ¡Oh! ¡si tuviéramos la dicha de poseer el cuerpo inanimado de nuestro amantísimo Señor! ¿Quién sabe? Tal vez el Dios de misericordia inspirará á algun siervo fiel y poderoso para consolarnos. O Jesús mío, ¡si pudiera yo á lo menos: despues de vuestra muerte estrecharos contra mi corazon y estampar mil y mil ósculos respetuosos en vuestras sacratísimas llagas!

Mas ya diviso otros soldados que se dirigen hácia aqui... están conversando con los de guardia... ya he entendido. Los judios han pedido á Pilato que mande bajar á los crucificados del suplicio despues de quebrantarles las piernas, para que no estén

expuestos el día siguiente que es la fiesta del sábado. ¡Qué hombres tan escrupulosos! han tenido valor para cometer una iniquidad monstruosa, y luego hacen escrúpulo de conciencia de profanar el sábado. Estos son los sacerdotes, los escribas y los fariseos. ¡Ah! ¡Qué bien los caracterizó Jesús cuando dijo: *Apartan los mosquitos y se tragan los camellos!* Señor, alejad de mí ese falso espíritu de religion, que al tiempo que peca con los ojos abiertos, se adhiere escrupulosamente á algunas prácticas exteriores.

Ya se acercan los soldados y dan á los dos ladrones el golpe fatal... ¡Desgraciados! me causan compasion: mueren sin tardanza. Mas ¡cuál es tu dicha, ó ladron convertido y penitente! Ve á gozar de la promesa que te hizo Jesús; ¿no estás contento con seguir al que te ha precedido? ¡Cuán bueno es morir cuando se tiene certeza de disfrutar de una felicidad sin fin! Y tú, ladron impenitente, ¡qué lástima me causas no obstante tu deplorable obstinacion en el mal! Probablemente pasas de la cruz al infierno, de los suplicios temporales á los eternos, del brazo del verdugo á los brazos de Satanás.

O Dios mio, ¡qué terrible destino! ¡que orden misterioso de vuestra providencia! Dos hombres mueren en la cruz al lado de Jesus: el uno se salva y el otro se pierde para toda la eternidad. Adoro, mi Dios, los secretos de vuestra infinita sabiduría, que leyendo en lo íntimo de los corazones premia las intenciones sinceras y los actos virtuosos, y da á cada uno segun las obras que ha hecho en la plenitud de su libertad. ¿Cuál será mi suerte una vez que haya desaparecido el tiempo para mí? Hasta aqui he permanecido al pie de la cruz; pero ¿me basta esto para salvarme? ¡Ah! sostenedme, Dios mio, fortalecedme, y no permitais que se pierda eternamente una alma por la cual acaba Jesus de dar su vida.





CAPITULO XLII.



Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza (S. JOAN, C. XIX., v. 24).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos á algunos pasos de la cruz de Jesus, observando con atencion lo que pasa.

Muertos y bajados de la cruz los dos ladrones, queda solamente Jesus. Dios mio, ¿habrán de quebrantarle tambien á él las piernas? Yo quisiera decirles... pero me falta el valor. No permitais, Señor, que el santísimo cuerpo de vuestro hijo sufra una mutilacion indigna; dadnosle íntegro.

Bien; han visto que Jesus está muerto y

parecen resueltos á no tocarle.. Deteneos...
 ¿A qué viene esa lanzada en el sagrado pe-
 cho del Salvador? ¡O prodigio! manan san-
 gre y agua en abundancia de la ancha he-
 rida: ¿Qué significas, fuente misteriosa? Dios
 lo revelará sin duda á su iglesia en los siglos
 venideros. Entre tanto reconozco y admiro
 uno de los rasgos mas bondadosos de la car-
 ridad de Jesus, que por medio de esta lan-
 za cruel me ha abierto su pecho para que
 pudiese yo ver el corazon que me amó tan
 tiernamente. O preciosa llaga, escondo mi
 alma en tus senos protectores: tú serás pa-
 ra mí el nido de la paloma, la piedra de
 asilo y de defensa. Sí, mi Jesus, yo me
 transporto con todo el ardor de mi espiri-
 tu á ese pecho sobre que se reclinó y des-
 cansó tranquilamente el casto discípulo: des-
 de ahí penetro mas adentro en vuestro co-
 razon, que ardió en tan grande amor hácia
 mí y que se abrasará todavía mas cuando
 sea reanimado por vuestra resurrección.
 Séame dado en aquel dia imbuirme en los
 sentimientos de este corazon, y haced que
 desprendido yo de todo é insensible á todo
 viva en vos, por vos y para vos ahora y
 por toda la eternidad.

¡O dolor! Van á bajar el sagrado cadaver de Jesus; ¿quién sabe dónde le echarán? Bárbaros, guardaos de cometer tal impiedad... Mas si no me equivoco, yo conozco á esos dos hombres. Este es Nicodemus, y aquel Josef. Acércanse á los soldados, conversan un rato con ellos y luego se van. Por fin respiro: ahora Jesus es nuestro. Pero decidme, ¿cómo habeis hecho? Sin duda habeis pedido el sacrosanto cuerpo á Pilato, y tú, Josef, has sido bien despachado por tu empleo de decurion y la nobleza de tu origen. Bendito sea Dios, porque ha suscitado en favor nuestro este hombre poderoso por quien yo suspiraba. ¡Y Pilato no queria creer que hubiese ya muerto Jesus! Crueles, ¿podia vivir todavía despues de los tormentos que le habeis hecho sufrir? Mas al fin Jesus es nuestro. ¡Oh! ¡qué gozo poder tributar los últimos obsequios de la caridad á mi amado dueño! Ya me palpita el corazon, Dios mio.. un sudor frio... pero ánimo: despues de haber hecho tanto ¿iré á desmayar cuando se trata de coronar la obra? Venid, santas mujeres, acerquémonos. Pobre madre, tierna María, venid: justo es que recibais por despedida en vuestros brazos á

ese Jesus á quien estrechasteis la primera vez.

Ya estamos junto á la cruz. Ahora que nos hallamos solos dejadme abrazar este madero santificado con la preciosa sangre de mi redentor adorable; dejadme llegar mis labios para darle mil ósculos. O leño dichoso, poco há afrentoso instrumento de suplicio y ahora objeto querido de veneracion, yo te estrecho contra mi seno y me uno á tí: recibe al discípulo del que está pendiente de tus brazos.

Vamos, Nicodemus y Josef, pongamos manos á la obra. Sin embargo es bien doloroso, Jesus mio, tener que cumplir con vos este piadoso deber en tal circunstancia. Aquí están los clavos... ¡Ah! me estremezco: ¡cómo han desgarrado las manos adorables de mi Salvador! Queridos amigos, hacedlo vosotros, os lo ruego; á mí me falta el valor. ¡Oh! con tiento, demasiado maltratado está ya ese cuerpo sacratisimo enteramente lacerado. Ya está desprendido de la cruz; cuidado para bajarle al suelo. Desventurada María, acercaos, ahí teneis vuestro hijo... ¡O dolor! al hablaros así siento que me abandonan las fuerzas. ¡Ay de mí! ¡en qué

estado os le devuelvo! ¿Llorais, madre desconsolada? ¿Fijais los ojos en ese cuerpo divino?... Ya comprendo vuestro mudo lenguaje. ¿Es ese, me decís, aquel amable rostro de incomparable hermosura, cuya vista sola atraía á sí todos los corazones? ¡Oh! ¿cuán mudado está! ¿qué violentos rastros han dejado los últimos combates! ¿qué horrible enflaquecimiento! Mirad, tierna madre, mirad ese estado en que han puesto unos soldados sus manos sacrílegas. O Dios, ¿qué espectáculo! los azotes han rasgado el santísimo cuerpo. ¿Y la cabeza? ¡Ah! ahora comprendo cuáles debieron ser sus dolores al ponerle la corona de espinas. Ved cómo tiene la cabeza toda taladrada; la piel está arrancada aquí, allá... Basta, dejemos por compasión estas amarguísimas reflexiones. Pero ¿cómo he de dejarlas, si Jesús se ve reducido á este estado por mis ofensas? O mi divino maestro, ¿por qué no ha venido á descargar sobre mí la tempestad de los infinitos tormentos que os han dado la muerte? Yo soy el culpable: así yo debía pagar la pena. Pero ahora ya no es tiempo: habeis dejado de vivir, y yo baño con mis lágrimas vuestro cadáver frío. Jesús, Jesús, echad-

me una mirada de compasion. ¡Cuán insensato soy! mi redentor está muerto. O precioso cadaver de mi amado, donde habitó la hermosa alma que me colmó de tantos bienes, yo te adoro y te venero humildemente y me uno á tí para no separarme jamás, á lo menos en espíritu.





CAPITULO XLIII.



Y le depositó en el sepulcro
(S. MARCOS, c. xv, v. 47).

PRELUDIO. Imaginemos que estamos en compañía de María, de las otras santas mujeres, de Nicodemus y Josef, contemplando el cuerpo inanimado de Jesús con las lágrimas en los ojos.

¡Cuán dulce es desahogar sus afectuosos sentimientos sobre el cuerpo de nuestro amado Señor y bañar sus llagas con nues-

tras lágrimas! Pero el tiempo vuela y el sábado está encima. Si tardamos, ya no podremos cumplir el piadoso oficio. Vamos, Josef, extiende la sábana que has traído, y envolvamos el precioso cadáver de nuestro Jesus. Vosotros, generosos atletas, que despues de haber estado ocultos tantos años habeis tenido valor de mostraros discípulos del Redentor en un momento tan peligroso, bien mereceis llevar esa preciosa carga sobre vuestros hombros. Nosotros os seguiremos de cerca gimiendo y llorando en silencio; ¿á donde iremos? Josef, á pocos pasos de aqui hay en tu huerto un sepulcro recién abierto en la peña: ¿no tendrás á dicha cederle á Jesus? ¡Ah! sin duda. Caminemos pues lentamente y sumergidos en las fiernas reflexiones que nos sugiere este fúnebre espectáculo. O Dios mio, á esto se reducen todos los honores, todo el magnífico aparato con que es llevado al sepulcro el rey del universo. Venid, soberbios monarcas, y examinad la modestia, la humildad y el silencio de los funerales del monarca de los monarcas. Hasta despues de su muerte os enseña y os recomienda Jesus la humildad.

Te abandono, ó Gólgota, monte fatal, pero

Ya está cerrada la losa del sepulcro. Dichosa piedra, ¡cómo te envidio la dicha á tí que tienes la gloria de poseer en tu seno el precioso cadaver de mi Señor! ¡Ah! ¡cómo quisiera yo encerrarme bajo de tus bóvedas con mi Jesús para no separarme jamás de él! Yo te abrazo y te riego con mis lágrimas, marmol sagrado. Cuando haya resucitado Jesús, vendré tambien á visitarte, y de rodillas delante de tí recordaré este instante. O Dios, despues de haber acompañado á mi misericordioso Salvador desde el huerto donde empezó su dolorosa pasion, hasta el monte donde acaba de consumarla; ¿cómo podria yo olvidar las escenas lastimosas que he presenciado? Todo en la naturaleza las representará á mis ojos: uno de esos enfermos á quienes vuestra mano restituia la salud; uno de esos pequenuelos á quienes os complaciais en colmar de caricias en recompensa de su casta inocencia; una cruz que encuentre á la orilla de un camino; el aspecto de una iglesia cuya elevada aguja se divisa á lo lejos; los deberes que haya de cumplir, las injurias que haya de perdonar, y los tormentos que haya de sufrir con vuestra paciencia y resignacion, todo en fin

llevará mis afectuosos recuerdos á la pasion
 cruenta de mi Redentor. No permitais, Dios
 mio, que se borren jamás de mi alma los
 ejemplos y lecciones que he recibido en es-
 tas memorables circunstancias.



